

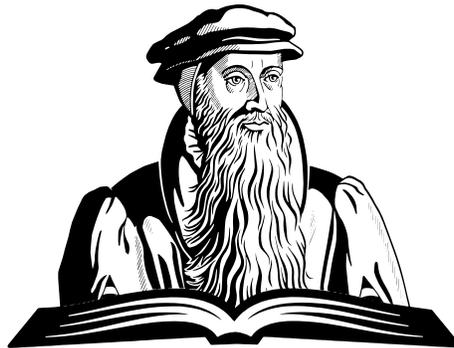
---

# MÓDULO DE VIDEO CONFERENCIA: DIEZ MANDAMIENTOS

---

18 LECCIONES

Ponente: Pastor A.T. Vergunst



**The John Knox Institute**  
of Higher Education

*Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

**Instituto John Knox de Educación Superior**

*Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo*

© 2019 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, comentario o beca, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la Versión Reina Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: [www.johnknoxinstitute.org](http://www.johnknoxinstitute.org)

El Pastor A. T. Vergunst es un ministro del Evangelio y tiene planes de servir la Congregación Reformada de Carterton, New Zealand en junio del 2020. Actualmente sirve en la Congregación Reformada Neerlandesa de Waupun, Wisconsin, USA.

[www.nrcwaupun.org](http://www.nrcwaupun.org)  
[www.rcnz.org](http://www.rcnz.org)

# *Módulo*

---

## **DIEZ MANDAMIENTOS**

**18 LECCIONES**

***PASTOR A.T. VERGUNST***

1. Introducción . . . . .	1
2. El Dios de la Ley . . . . .	5
3. El Paraíso y la Ley . . . . .	11
4. Jesús y la Ley . . . . .	16
5. La Ley y el Pecador . . . . .	20
6. La Ley y el Santo . . . . .	25
7. La Ley en el Monte Sinaí . . . . .	30
8. El Primer Mandamiento . . . . .	35
9. El Segundo Mandamiento . . . . .	40
10. El Tercer Mandamiento . . . . .	45
11. El Cuarto Mandamiento . . . . .	50
12. El Quinto Mandamiento . . . . .	55
13. El Sexto Mandamiento . . . . .	60
14. El Séptimo Mandamiento . . . . .	65
15. El Octavo Mandamiento . . . . .	70
16. El Noveno Mandamiento . . . . .	76
17. El Décimo Mandamiento . . . . .	81
18. La Ley en la Eternidad . . . . .	86



# *Lección 1*

## **INTRODUCCIÓN**

Ver la montaña más alta del mundo es impresionante. Volar sobre un océano casi infinito te hace sentir pequeño. Asomarse al universo de miles de millones de estrellas es deslumbrante. Sin embargo, ¡mucho más inspirador es ver la gloria de Aquel que no solo hizo estas cosas de la nada, sino que también puso todo en movimiento según Sus leyes divinas!

En este primer módulo sobre la Ley de Dios, exploraremos lo que esperamos estudiar en este curso sobre la Ley de Dios. Nuestro propósito completo y final de estos estudios es que podamos hacer eco de la confesión del poeta en el Salmo 119:72: “Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata”.

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 1**

Queridos amigos, espero que les guste viajar, o al menos que tengan un gusto por descubrir algunos aspectos nuevos de la verdad de la Palabra de Dios, porque me propongo llevarlos a un viaje de pensamientos sobre la gloria de Dios en conexión con Su santa Ley. Ha sido un gran placer para mí preparar esta serie de lecciones y descubrir nuevos aspectos de la verdad de la Ley del Señor. Espero poder transmitirles algunas de las bellezas que he descubierto en esta serie de lecciones. Comenzamos hoy con una historia. Conocí, hace un par de años, a una mujer joven de unos 30 años, una exitosa y joven empresaria y, mientras conversábamos, ella compartió su historia conmigo. Creció en una familia muy religiosa. Sus padres eran defensores estrictos a distintas religiones. Entonces, sus palabras para mí fueron: “Ya no quiero tener nada que ver con la religión. Estoy más allá de eso”.

Mientras reflexionaba sobre ese pensamiento, deseaba entablar una conversación más profunda con ella, así que le pregunté: “¿Todavía crees en Dios?” “Sí. Así es”, respondió ella, “pero no quiero tener nada que ver con esas reglas de Dios. Ya tuve suficientes reglas. Quiero vivir mi vida. Quiero tener libertad. Quiero disfrutar mi vida según mis propias reglas”. Entonces, en mi respuesta, traté de simpatizar con ella. Le dije: “Sí, entiendo que no fue fácil para ti crecer con todas estas reglas de ambos padres de diferentes religiones y servir a un Dios que solo es, haz y no hagas, no resulta muy atractivo. Debo estar de acuerdo contigo en eso. Pero déjame pensarlo un poco más contigo. ¿En qué consiste la religión? ¿La religión cumple reglas para complacer de alguna manera a la deidad, para evitar que se enoje o para apaciguarlo? ¿Qué tal si piensas en la religión como una relación? Una relación con tu Dios, tu Creador, tu Hacedor; y que, al perder esa relación, que en esencia hemos perdido, estamos perdiendo la belleza de la vida. Perdemos la alegría y la satisfacción, el placer de vivir, porque estamos separados de nuestro Dios. Permíteme compararlo con una relación matrimonial. Un buen matrimonio no es solo dos personas que viven juntas, cumpliendo las reglas. Un buen matrimonio son dos personas que se aman,

se honran, se respetan, viven en una relación tierna, cercana, íntima, armoniosa y creciente. Sin embargo, para mantener la relación con esa calidad, debemos respetar las reglas de la relación. Hay algunas pautas, algunas reglas, algunas expectativas, algunos ‘haz’ y algunos ‘no hagas’, para mantener la relación saludable y hermosa. Florecerá en ese contexto”.

Ahora, quiero usar esta historia como el punto de partida para nuestra serie de lecciones sobre la Ley de Dios, y mi propósito en este estudio es mostrarte la gloria de nuestro Dios tal como la ha revelado en la Ley que nos ha dado. Considera la lección de hoy como una vista rápida a lo largo de esta serie de lecciones, tal vez como un pequeño aperitivo. Así que, ¿por dónde comenzamos? Permíteme comenzar con esta pregunta: ¿En qué piensas cuando piensas en la gloria de Dios? ¿Qué viene a tu mente? Indudablemente, algunos de ustedes están pensando en la creación, el universo, la majestuosa belleza de todo lo que Dios ha creado. Estoy de acuerdo. Ese es un aspecto hermoso de la gloria de Dios. Tal vez alguien más pensó en el evangelio, esa increíble historia del amor de Dios que no escatimó a Su propio Hijo, sino que lo dio por los rebeldes. Estoy de acuerdo. Es una historia de la gloria de Dios que excede la belleza de la creación.

Sin embargo, permíteme sugerir otra respuesta sobre la Ley, la santa Ley de Dios. Quizás debas admitir que eso no viene de forma natural a nuestra mente cuando pensamos en la gloria de Dios y, sin embargo, la verdad es que la gloria de Dios también se revela maravillosamente, aún con más fuerza, en la Ley que nos ha dado. Antes de la creación era la Ley de Dios. Incluso antes del anuncio del evangelio de Jesucristo era la Ley de Dios. Dios siempre ha sido Dios quien existió en una relación como Padre, Hijo y Espíritu Santo, y en esa relación, fueron gobernados por Su propia Ley de cómo mantener también Su relación en la armonía, en la belleza, en la intimidad, en honrarse, respetarse y amarse el uno al otro. Ahora, amigos, esa es una verdad importante que debemos comprender. A medida que avanzamos en nuestro viaje, sostengámonos de esta declaración básica: que la gloria de Dios se muestra en la Ley. Porque eso nos ayudará a responder, tal vez, la pregunta: “¿La Ley y el evangelio se oponen, o se complementan entre sí?” o, la otra pregunta con la que a menudo los cristianos luchan que es: “¿La Ley del Antiguo Testamento no atañe al espíritu y, por lo tanto, no es relevante para nosotros hoy en el Nuevo Testamento?”

Notarás que algunos cristianos a nuestro alrededor sostienen que la Ley de Dios ya no es importante. Hoy todo se trata de amor, no de derecho. Por lo tanto, rara vez las iglesias enseñan un curso como el que vamos a explorar juntos sobre la Ley de Dios y especialmente sobre los Diez Mandamientos. Esa inclinación a descuidar la Ley de Dios no es saludable ni es bíblica. ¿Por qué no es saludable? Bueno, piensa en tu propio cuerpo. Sin ejercicio y sin una buena dieta, ¿qué nos pasa físicamente? Nos volvemos flácidos, gordos e insalubres. Ahora piensa en esto espiritualmente, si eliminamos la instrucción de la Ley de Dios, las cualidades morales de nuestra vida, nos convertimos en cristianos moralmente flácidos, gordos, poco saludables y aún más, que no somos como Cristo. Tampoco es bíblico eliminar la enseñanza sobre la Ley porque, escucha a Jesús en Juan 13:34, Él dice: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros”. Así que, debemos amar. Pero en Juan 14:15, Él añade: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. Entonces, puedes notar que el Salvador enfatiza el amor y la Ley, los mandamientos, casi en el mismo contexto de esos capítulos.

Así que, comencemos echando un vistazo hacia dónde vamos en estas series acerca de la Ley de Dios. ¿Qué es lo que queremos cubrir? La primera pregunta con la que lidié y que tengo que compartir con ustedes es: “¿Dónde comenzamos? Soy el maestro, por supuesto, en la Ley de Dios, los Diez mandamientos. ¿Dónde empezamos? Parece lógico ir a Éxodo 20 y escuchar el trueno de la voz de Dios en el Monte Sinaí, pero ¿es ese el punto de partida? O, ¿comenzaremos quizás en Génesis 1:1, donde inicia la Biblia? No propongo ninguno de los dos como nuestros puntos de partida. Sugiero que vayamos a Juan 1:1. Déjame leerte eso. “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios”. En estas pocas palabras, Juan dibuja una realidad, amigos, que está más allá de las palabras. Nos señala la relación de Dios. Las palabras “y el Verbo era con Dios” en el griego tienen una connotación de que estaban cara a cara, en comunión, viviendo juntos en esta santa Trinidad desde la eternidad; y Dios habitó todo junto en esta dulce comunión, viviendo según Sus propias reglas santas. Por lo tanto, he elegido comenzar nuestra enseñanza sobre la Ley de Dios primero mirando al Dios de la Ley.

Entonces, antes de analizar la Ley, centremos nuestros pensamientos en el Legislador mismo y luego veamos qué nos está diciendo en Su santa Ley. Pensar en eso quizás nos lleve también a responder algunas de

las preguntas acerca de “¿cuál es realmente la función de la Ley ahora?” Y “¿fue la Ley de Dios un regalo para nosotros, o es la voluntad de Dios hacer que nos comportemos de la manera correcta?” O, “¿la Ley es dada para obstaculizar mi libertad, o es, por otro lado, dada para proteger mi libertad?” Entonces, ahí es donde nos detendremos en primer lugar: el Dios de la Ley.

¿Qué sigue? Bueno, parece lógico, nos vamos a Éxodo 20. Claramente, es ahí donde la Ley de Dios y los Diez Mandamientos se establecen explícitamente. Sin embargo, si saltamos hasta Éxodo 20, nos damos cuenta de que ya nos estamos saltando de 2500 a 3000 años de historia del mundo. Entonces, ¿qué pasa con la Ley de Dios en ese período de tiempo? Por lo tanto, propongo que regresemos al Paraíso y nuestro tema será Adán, el primer Adán y la Ley de Dios. Y así, al pensar en Adán y Eva, ¿qué ley tenían? ¿Sabían los Diez Mandamientos? Y de ser el caso, ¿cómo los sabían? Y si no los sabían, ¿bajo qué ley vivieron? Porque ese será nuestro segundo punto en el que nos detendremos, la Ley en relación con Adán y Eva en el Paraíso.

Después de eso, propongo que tratemos de entender la Ley en relación con el último Adán: Jesucristo. Todos sabemos por la historia del evangelio que Jesucristo honró la Ley como ningún ser humano lo hizo. Él vino no para abolir la Ley, dice, sino para cumplirla (Mateo 5:17). Entonces, esta parece ser la mejor exposición de la Ley de Dios para estudiar brevemente la relación entre Jesucristo, el último Adán y la Ley de Dios. Entonces, pensemos en algunas preguntas. ¿Cómo honró Jesús la Ley? y ¿cuál es esa relación entre Jesús y el evangelio que predicó? Y desde luego, ya llegamos de momento a la pregunta: “Ya que el Salvador tomó la maldición como el Salvador sufriente, ¿canceló también la Ley para Sus seguidores, al tomar la maldición?”

Ahora, permítanme llevarlos a considerar la Ley en relación con nosotros, los pecadores. Jesús trató mucho con los fariseos en Su ministerio en la tierra y ustedes comprenden que los fariseos eran personas que erraban en sus pensamientos sobre cómo ser salvos. Su pensamiento principal era que, al cumplir con la Ley, seremos salvos. Entonces, de cierta manera, pensaban que la relación entre un pecador y Dios se basaba en el cumplimiento de la Ley. Y ese error, por supuesto, todavía está muy presente en nuestro corazón y, por lo tanto, es bueno para todos nosotros que nos detengamos a considerar: “¿Cuál es la relación de la Ley con el pecador?” Y algunas preguntas que intentaré responder en este estudio son: “¿Cómo funciona la Ley de Dios en nuestros corazones por el ministerio del Espíritu Santo en el estado de no regenerados? ¿Cómo usa el Espíritu Santo la Ley para condenarnos y llevarnos al evangelio?”

Seguidamente, abordaremos, desde luego, el error del legalismo. A partir de ese punto, consideremos la Ley en relación con la santidad. Después que alguien es salvo, la Escritura se refiere a él o ella como un santo. Nos encantaría pensar que una vez que una persona ha llegado a la fe y ha experimentado la gracia de Dios, todos los problemas del pecado han terminado, pero sabemos que ese no es el caso. La realidad comprueba que la lucha y el forcejeo contra el pecado siguen siendo una contienda para todos los hijos de Dios. Entonces, imaginemos por un momento que la salvación es ese camino angosto al que Jesús se refiere (Mateo 7:14), pero imaginemos ese camino angosto en una repisa, en una repisa con lados empinados a la izquierda y a la derecha. Podemos caer de cualquier lado mientras intentamos caminar por esa repisa. Podemos caer del lado del legalismo, que consiste en centrarnos en cumplir la Ley como si eso nos ayudara a ser salvos, pero también podemos caer del lado izquierdo. Nos referimos a esto como antinomianismo, y estos son los que dicen: “Ah, no tenemos que preocuparnos en absoluto por la Ley de Dios. Ya no estamos bajo la Ley porque estamos bajo la gracia, como dice Romanos 6:14”. Entonces, la pregunta es: ¿un creyente todavía tiene que preocuparse por cumplir la Ley, o simplemente estamos diciendo como Romanos 13:8 sugiere: “No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la Ley”? Entonces, solo se trata del amor y no ya más de la Ley.

Finalmente, después de esto, iremos al Monte Sinaí. Éxodo 20 registra un evento que no tiene parangón en ninguna parte de las Escrituras. Dios se reveló a Sí mismo con tal majestad que no solo hizo temblar a todo Israel, sino que incluso Moisés dijo: “Estoy espantado y temblando” cuando vio la gloria de la majestad de Dios. Ahora, para comprender Éxodo 20, comienza a leer y meditar en tu mente las siguientes preguntas, incluso antes de llegar allí. Por ejemplo: ¿Cuál es el contexto de Éxodo 20? Hay capítulos anteriores que nos ayudarán a comprender por qué Éxodo 20 está en Éxodo 20, por qué Dios dio la Ley en ese momento en la historia de Israel. Así que, ten eso en mente. Una cierta pregunta que también es importante considerar es: ¿Por qué Dios eligió revelarse en una majestad tan asombrosa? ¿Por qué esta exhibición de poder, truenos y relámpagos cuando revela y habla de la Ley de Dios desde la montaña? ¿Y cuál es el significado de ese preámbulo? “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué

de la tierra de Egipto”. ¿Es eso más que una declaración histórica? ¿Hay más que solo una referencia a lo que había sucedido? Obviamente, vamos a quedarnos en el Monte Sinaí por un tiempo porque examinaremos cada uno de los mandamientos en lecciones separadas, por lo que serán al menos diez lecciones.

Como imagen, piensa en los Diez Mandamientos como un edificio, el edificio de Dios. Cada mandamiento es una parte esencial de este edificio. En otras palabras, los diez están unidos entre sí. No se puede sacar ninguno. Si eliminamos cualquiera de esos diez, eso no solo debilitaría toda la estructura del edificio, sino que también deshonraría al Constructor, como si hubiera agregado demasiado. Además, tampoco se puede agregar ninguno. Eso nuevamente significaría que el Constructor diseñó mal la Ley de Dios y tendría que agregarle algo. Entonces, los diez están unidos.

Hay un par de preguntas que nos guían en cada uno de los mandamientos y las exploraremos más a fondo, son: ¿por qué Dios dijo en casi todos ellos, en nueve de ellos, en forma negativa, “No...”? ¿Por qué? ¿Por qué este punto de partida negativo en cada uno de los mandamientos? En segundo lugar, la pregunta que podemos hacer es esta: David escribe que la Ley es extremadamente amplia; Pablo escribe que la Ley es espiritual. Entonces, ¿hay más de lo que se ve en la superficie de la Ley? Y ya sabemos la respuesta: Jesús mismo expone la Ley en el Sermón del Monte y nos muestra que “No matarás” es mucho más que matar literalmente a tu prójimo. Entonces, tenemos que observar cada mandamiento de una manera espiritual y lo que significa. Y, desde luego, a medida que estudiamos los diez, esperamos hacer muchas aplicaciones a nuestra vida diaria, ya que debemos vivir ante Dios y los hombres.

Y después, antes de terminar nuestro estudio, les pido que se unan a mí, una vez más, para tratar el tema de “la Ley y la eternidad”. Notamos que la Ley no comenzó en el Sinaí. También notamos que la Ley no comenzó en el Paraíso. La Ley de Dios, como verán en nuestra segunda lección, comienza con Dios. Entonces, la pregunta es: “¿cuál será el estatus de la Ley?” En el nuevo mundo que Jesús creará después del juicio final de la tierra, ¿tendrá la Ley de Dios una característica o autoridad permanente en ese nuevo mundo? ¿La humanidad redimida honrará los mismos Diez Mandamientos que se dieron en el Monte Sinaí? Sin lugar a dudas, muchos aspectos del nuevo mundo permanecen ocultos para nosotros, pero tal vez sea posible para nosotros establecer algunas pautas o principios sobre la cuestión de si la Ley de Dios será considerada en la eternidad como la misma Ley que tenemos ahora en las Sagradas Escrituras.

Así que, amigos, es hora de concluir con esta introducción. Ya hemos explorado rápidamente en qué consistirá este viaje y comenzaremos a estudiar estos asuntos en una búsqueda más reflexiva y lenta, tema por tema. Espero que mientras ahondamos más en los detalles de las glorias de Dios, también encuentren que este es un tema que nos llenará cada vez más de admiración y alegría en el Dios de la Ley. Permítanme recordarles que, para finalizar, nuestro principal objetivo aquí no es aumentar el conocimiento. El objetivo principal es aumentar la devoción. Qué maravilloso sería si como resultado final nos uniésemos a David en un nivel más profundo y personal, mientras él dice en el Salmo 19, en la celebración de la Ley de Dios: “La Ley de Jehová es perfecta, que convierte el alma; el testimonio de Jehová es fiel, que hace sabio al sencillo. Los mandamientos de Jehová son rectos, que alegran el corazón; el precepto de Jehová es puro, que alumbrá los ojos. El temor de Jehová es limpio, que permanece para siempre; los juicios de Jehová son verdad, todos justos”. “Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal. Tu siervo es además amonestado con ellos; en guardarlos hay grande galardón”. Entonces, que Dios bendiga estas palabras y nos haga una fuente de bendición para los demás. Gracias.

## *Lección 2*

---

# EL DIOS DE LA LEY

Desde los primeros días de nuestra infancia nos resistimos a la voluntad de otra persona cuando se opone la nuestra. Esta actitud interna no cambia al envejecer, ya que no nos gusta estar sujetos a las leyes de Dios y de los hombres y tampoco podemos estarlo. ¿Aun te sientes de esta manera? ¿Todavía miras la Ley como las listas de cosas que están prohibidas u ordenadas y que obstaculiza tu libertad para elevarte o explorar?

En este segundo módulo seremos retados a evaluar esta visión de la Ley de Dios. Como suele suceder, descubrir nuevos aspectos de una verdad familiar puede conducir a una apreciación y admiración más profunda de lo que es verdaderamente hermoso.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 2

Bienvenidos, queridos amigos, a nuestra segunda lección sobre la Ley de Dios. Siempre es emocionante emprender un nuevo viaje. Hay maneras en las que ustedes y yo aumentemos nuestra emoción por descubrir un nuevo territorio. Imagina a dos personas caminando por el bosque. Uno solo está disfrutando la vista, de los sonidos y el olor. El otro a su lado, también lo está disfrutando, pero cuando escucha el sonido, sabe qué pájaro lo produce y, cuando mira las plantas, sabe qué planta es. Observa las características geológicas y sabe de qué se trata todo aquello. La segunda persona disfrutará mucho más el viaje. Por lo tanto, los animo a que regresen quizás, ocasionalmente, a la primera lección y que piensen en las preguntas que hago sobre cada punto en que nos detendremos al analizar este viaje. Sería bueno si premeditaran estas preguntas para que se preparen un poco para el tema que estamos viendo.

Ahora, un segundo consejo es del libro de Proverbios. Proverbios 12:27 dice: “El indolente ni aun asará lo que ha cazado; pero haber precioso del hombre es la diligencia”. Muchas veces perdemos el gran beneficio de escuchar una lección o un sermón o una lectura personal cuando no hacemos algo con lo que hemos asimilado, así como este proverbio habla de un cazador que no puede asar al animal que cazó. Se pudrirá. No servirá de nada. Entonces, por favor, anímense a tomar la lección un poco más allá de lo que acaban de escuchar y regresen a las Escrituras, mediten, hablen, discutan entre ustedes sobre lo que han escuchado.

Bueno, pasemos a nuestro tema de hoy y comencemos escuchando a David. En varios lugares de los Salmos, dice cosas maravillosas sobre la Ley. En un momento, dice que son “Deseables son más que el oro, y más que mucho oro afinado; y dulces más que miel, y que la que destila del panal” (Salmo 19:10). Tiene una visión muy elevada de la Ley de Dios. Preguntémonos honestamente, ¿eso refleja tus sentimientos y mis sentimientos,

aprecio, admiración, amor por la Ley de Dios? ¿Podemos cantar honestamente, “Oh, cuánto amo yo tu Ley”, como lo hace David en uno de los Salmos (Salmo 119:97)? Tal vez eres como yo, al menos hace muchos años.

Me preguntaba qué me estaba perdiendo. Me preguntaba en dónde me estaba equivocando. ¿Qué hay de delicioso en ‘lo que se debe y no se debe hacer’ de la Ley? ¿Por qué amar una Ley que parece limitar tu libertad? Quiero decir, ¿David no sintió en su corazón ese pinchazo en su conciencia que la Ley siempre le daría a un pecador? ¿No tenía David a veces la sensación de que quería alcanzar lo que estaba prohibido? Bueno, sabemos que lo hizo, sabemos qué sintió y sabemos por los Salmos que tuvo las mismas dificultades que nosotros porque a veces pedía: “Inclina mi corazón a tus testimonios, y no a la avaricia” (Salmo 119:36–37). Entonces sabemos que él también estaba teniendo esas luchas y, sin embargo, dice: “¡Oh, cuánto amo yo tu Ley! Todo el día es ella mi meditación”. ¿Cómo respondemos esto? ¿Por qué David tenía esta estima tan alta de la Ley de Dios? La razón es que David disfrutaba la Ley de Dios porque conocía y amaba al Dios de la Ley.

Amigos, la Ley es mucho más que una lista de lo que se debe y no se debe hacer, una lista de mandamientos y límites. La Ley es acerca de Dios. La Ley me cuenta acerca del Legislador. A menudo pasamos por alto que antes de que haya una Ley, debe haber un Legislador. Ahora, incluso peor, en la situación en que estamos hoy con nuestros ojos cegados espiritualmente en nuestra caída, desde luego, miramos la Ley y al Legislador negativamente. Es por eso que hoy comenzamos esta conferencia mirando primero de cerca al Legislador antes de considerar la Ley. Entonces, seamos honestos. Cuando pensamos en la Ley de Dios, nos sentimos incómodos. Podemos sentir cierto temor o convicción. Es posible que tengamos el temblor que sentimos cuando un hombre con autoridad legal, la policía o un juez nos persigue, o podemos sentir un poder de restricción que nos molesta o que resistimos, o peor, contra el cual nos rebelamos. Y eso se debe a que sentimos que la ley obstaculiza. La ley restringe. ¿Y te das cuenta de lo que pasa después?

Cuando consideramos la ley de esa manera, la relacionamos con el legislador. Debe ser duro. Debe ser injusto. Simplemente debe hacer esto porque le gusta. De alguna forma está en mi contra. Y ya sabes, la razón de que esto sea así, es lo que Pablo resume para nosotros en Romanos 8:7–8. Déjame leer eso. Él dice: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la Ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios”. En nuestro estado caído, tenemos una comprensión completamente retorcida y deformada de la Ley y del Legislador.

Si eres una persona mayor escuchándome hoy, ¿recuerdas cómo solías pensar en tus padres cuando eras joven? ¿Esos toques de queda, esas reglas familiares, esas reglas de la casa, esos límites, esas cosas que nos impusieron? Quizás todos tuvimos un sentimiento algo negativo sobre nuestros padres hasta que crecimos, y ahora lo apreciamos. Ahora miramos hacia atrás y apreciamos las mismas reglas que nos pusieron. ¿Y por qué? Porque ahora entendemos, a medida que crecimos, que detrás de estas reglas familiares, había un amor devocional de una mamá y un papá que querían protegernos, que querían brindarnos un entorno de vida seguro, saludable y alegre. Esa es mi esperanza, que al mirar hoy al Legislador usted y yo también tengamos una comprensión y un aprecio más profundos por la Ley de Dios y que nos unamos a Pablo en Romanos 7:12 cuando dice: “De manera que la Ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno”.

Entonces, los invito a unirse a mí para pensar hoy en tres preguntas. Primero, ¿Quién es nuestro Legislador? Segundo, ¿cuál es la relación de Dios con la Ley? Y, en tercer lugar, ¿cuál es la intención? La primera nos tomará la mayor parte del tiempo. La segunda y la tercera, en realidad, serán mucho más fáciles de responder una vez que hayamos examinado la primera en detalle. Entonces, ¿quién es el Legislador? Tengamos presente cuatro cosas acerca de nuestro Legislador.

La primera es que nuestro Legislador es amor. Fíjense en que no dije nuestro Legislador es el que más ama. Eso también es cierto, sin embargo, dije que “Él es amor”. 1ª Juan 4:16 nos informa que Dios es amor. Sí, es amoroso, pero Él es amor. Alguien que ama puede llegar a odiar, pero con Dios eso no es posible. Su carácter, su ser es amor, inmutable. El amor de Dios no comenzó cuando comenzó a crear el universo. El amor de Dios es eterno. Mucho antes del tiempo, Él existió como Padre, Hijo y Espíritu Santo en una relación amorosa.

En la esencia del amor, comulgaron. Las tres Personas Sagradas se amaban absoluta, pura y exclusivamente. Ellos se dedicaron intensamente el uno al otro, y vivieron en esa dulce comunión entre sí en un amor divino, una relación de amor. Se honraron mutuamente, se sirvieron mutuamente y se glorificaron mutuamente en esa

relación. ¿Y cómo lo sabemos? Bueno, sabemos eso por las Escrituras, porque en las Escrituras cada persona honra y glorifica a las demás. Y lo hacen porque hay amor en la Deidad.

Entonces, reflexiona sobre esto: el amor es el atributo esencial de Dios alrededor del cual todos los demás atributos giran como planetas alrededor del sol. Es una imagen pobre, pero es una imagen que nos sirve para visualizar a Dios en Su esencia: el amor. Algunos de nuestros teólogos de antaño han definido el amor de Dios en Sus otros atributos. Eso significa que Sus otros atributos, especialmente los morales, son una expresión de Su amor. Piénsalo de esta manera. Su omnipotencia es la acción del amor, el poder del amor. Su omnisciencia es el ojo del amor. Su omnipresencia es la presencia del amor. Su justicia es la imparcialidad y la ejecución del amor. La ira de Dios, que a menudo se ve como un atributo negativo, es muy positivo; son los celos de Su amor. La sabiduría es el consejo del amor. La verdad es la fidelidad del amor. Y luego, llegamos a la palabra santidad, y me tomaré un poco más de tiempo para definir eso. La santidad es también una expresión de la gloria esencial del amor de Dios.

Entonces, asumamos esto: nuestro Legislador, quien escribió las leyes, quien nos las reveló, es un Dios de amor esencial. Entonces, escribió leyes no solo porque deseaba escribir leyes solo por el hecho de hacerlo. Más bien, nos dio Sus leyes para que, al observarlas, disfrutemos de la alegría de nuestra relación con Él y entre nosotros, mientras Él disfruta, de manera divina, la relación entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Nuestro Legislador es amor.

El segundo punto es, nuestro Legislador es santo. Ahora, santo es el atributo de la belleza. Adorar a Dios en la hermosura de Su santidad es una frase y una descripción a menudo recurrentes. La santidad es el atributo que brilla como todos los demás atributos. La santidad es la belleza de Dios. ¿Qué es la santidad y cómo se revela eso en la santa Ley de Dios? Ahora, generalmente nos acercamos a la santidad desde un punto de vista negativo. No tiene pecado. No es pecado. Es sin pecado. Y bueno, eso es lo que es. La santidad es la separación total de Dios del pecado, de cualquier imperfección, cualquier defecto que hoy conocemos como criaturas y que tenemos como pecadores. Entonces, en santidad, Dios se mantiene infinitamente separado de todos nosotros e incluso de Su creación. Esa es Su belleza. Esa es Su asombrosa belleza cuando se revela y, obviamente la Ley de Dios involucra la pureza. La Ley de Dios involucra vivir en obediencia de corazón, de mente, de obra y de palabra.

Sin embargo, hay algo más en la santidad que la perfección sin pecado. Los antepasados han descrito la santidad como la intensidad del amor de Dios. La intensidad del amor de Dios es Su santidad. Y para entender eso, déjame llevarte un momento a Isaías 6:1, 2 y 3. Si tienes tu Biblia, encuéntralo y léelo conmigo. En ese pasaje, Isaías tiene una visión de los ángeles, serafines, que rodean el trono del Señor. Se cantan unos a otros: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos”. Isaías recibe una visión de esa escena tan sagrada en los cielos. Ahora, fíjate en cómo esta visión afectó a Isaías.

De repente, este profeta grita: “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habiendo en medio de pueblo que tiene labios inmundos”. ¿Y por qué se siente así? Porque sus ojos han visto al Rey en Su gloria, el Señor de los ejércitos. ¿Por qué se sentía impuro? Por sus labios. ¿Qué hay de sus labios? ¿Cómo interpretas esos labios? Ve a leer el capítulo 5. Él había predicado un sermón y, de repente, se siente impuro al respecto. Aférrate a ese pensamiento por un momento. Miremos a los ángeles.

¿Qué dicen los ángeles cuando están ante la misma presencia de Dios, aún más cerca de lo que Isaías estaba? No gritan “Ay de nosotros”. Obviamente no, porque no son pecaminosos. Son seres perfectos. Pero, aun así, ¿qué hacen? Se cubren en la presencia de Dios con dos de sus alas. Ahora, ¿con qué propósito se cubren? Quizás están avergonzados. Quizás lo que ven es demasiado intenso. ¿Que vieron? Bueno, escuchemos lo que dicen: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos”. Y luego dicen: “Toda la tierra está llena de Su gloria.”, toda la tierra.

¿Cómo era la tierra de Isaías en ese momento? Era una escena repugnante, un mundo de rebelión, un mundo de violencia, odio, desdén e ingratitud, y ese no era solo el mundo alrededor de Israel. ¿Era Israel también! ¿Y qué vieron los ángeles? ¿Qué estaba haciendo Dios? Se estaba dedicando a este mundo. Toda la tierra está llena de la gloria del Señor. ¿Qué gloria? La gloria del amor, la devoción. Él está manteniendo el lugar, y está demostrando, ¿qué? La devoción de Su amor. Y el libro de Isaías nos presenta cuán lejos llega esa devoción cuando el siervo del Señor sale de las páginas del libro, el mismo Jehová viene a esta tierra. ¿Qué gloria!

Recuerda que Isaías se sintió impuro respecto a su predicación. ¿Por qué? Bueno, leíste el capítulo 5. Acababa de predicar seis veces “¡Ay!” al pueblo de Israel. Tal vez no lo hizo con la devoción de amor que debía haber

tenido. Tal vez había más ira en su mensaje que amor motivándolo. Ahora se siente impuro. Cuando ve este amor devocional de Dios, se siente impuro. La santidad, amigos, es la devoción del amor de Dios y esta descripción de la santidad como la intensidad del amor de Dios está respaldada por las palabras de Jesús en Mateo 22:35–40. Él responde a un abogado que lo reta a darle el mayor mandamiento.

Jesús, de hecho, responde que no hay ninguno mayor que otro. Todos son importantes. Todos son iguales. Todo el resumen de la santa Ley es el amor. Es amar a Dios y amar a tu prójimo. No, no solo amar a Dios. Amar a Dios con toda intensidad devocional, con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente. No solo ames a tu prójimo. Ama a tu prójimo con toda la intensidad, y ámalo como te amas a ti mismo.

En Juan 13:34–35, Jesús profundiza un paso más. Escucha cómo dijo: “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros”. ¿Es tan nuevo? ¿No era eso el Antiguo Testamento? Sí, pero la parte nueva de esto es esta, “como yo os he amado, que también os améis unos a otros”. Eso es nuevo. Ese grado, ese nivel de devoción, esa intensidad de amor, ahora bien, eso es santidad, la devoción, la devoción intensa, del amor de Dios. ¿No es hermoso? ¿No arroja esto una visión totalmente diferente de la Ley de Dios? Permítanme pasar a un tercer aspecto del Legislador.

Nuestro Legislador es soberano. Muchos de nosotros tenemos mal gusto sobre la palabra soberanía. Es uno de los atributos con los que nosotros, el hombre caído, tenemos más dificultades. Creemos que aceptar y someterse a la soberanía de Dios es duro o tal vez egoísta, o creemos que puede ser dictatorial. Pero esa es una presentación totalmente indigna de la soberanía de Dios. Por cierto, la soberanía de Dios significa que Él tiene toda la autoridad para mandar lo que quiera. Él tiene el derecho divino de legislar lo que sirva a Su interés y lo que sea que lleve a cabo Su decreto. Él tiene el derecho totalmente divino de requerir una sumisión total de nosotros a Él.

Sin embargo, amigos, nunca interpreten la soberanía del Legislador aisladamente de Sus otros atributos. Eso sería terrible. Cuando leemos la historia de nuestro mundo, sabemos que hemos tenido muchas personas que eran soberanas, que tenían un supuesto derecho divino, que abusaron de su autoridad y que usaron su poder soberano para servirse a expensas de sus súbditos. Eso es verdad y es horrible, pero no es así como ha sido nuestro Legislador soberano. Nunca debes separar la soberanía de nuestro Legislador de Sus otros atributos: bondad, justicia, amor, santidad. Siempre están juntos y, por lo tanto, este Legislador soberano no hizo Sus leyes solo porque Le encanta hacer leyes.

En Su soberanía, estableció leyes soberanas para hacer que nuestro entorno de vida se pareciera mucho al suyo: ordenado, bello, relacional, santo, amoroso. Al pensar en las leyes soberanas en la naturaleza, la gravedad, el magnetismo, la migración de las aves, los cambios estacionales, la rotación y traslación de la tierra, esas son leyes soberanas que Él puso en la naturaleza para hacer de este un hermoso lugar viviente. Así que, observa como las leyes morales de Dios fueron puestas en marcha para hacer que nuestro entorno de vida sea tan feliz y hermoso como el Suyo. Eso me lleva a mi último punto sobre el Legislador.

Nuestro Legislador es justo, recto e imparcial. Sus leyes son leyes justas y buenas. Nuevamente, este atributo generalmente se observa como un atributo negativo debido, por supuesto, a nuestro pecado innato. Somos pecadores que debemos enfrentar a un Dios justo, y eso crea una cierta sensación de inquietud y condena. Pero, ¿es negativa la justicia de Dios? No. Es un atributo gloriosamente positivo. La justicia de Dios es un atributo reconfortante. Lee los Salmos. Toma esta vez el Salmo 18, léelo y observa cómo David encontró consuelo en la justicia que Dios haría con rectitud. Es perseguido por Saúl, acusado y calumniado por cosas que nunca ha hecho. No tiene poder para defenderse o para reivindicarse, pero se lo confía al Dios justo que juzgará con rectitud. Él sabe que puede contar con Dios.

En mi ministerio pastoral, amigos, a menudo puedo guiar a aquellos que han estado sufriendo, oprimidos, que han sido tratados falsamente al consuelo de la justicia de Dios, que llegará el día en que el Juez del cielo y la tierra hará justicia cuando arregle todas las cosas. Podemos contar con Dios. Él guarda Sus leyes. Él no está por encima de Sus leyes. Él vive, gobierna y reina según Sus propias leyes. Escucha 2ª Crónicas 19:7, “Con Jehová nuestro Dios no hay injusticia, ni acepción de personas, ni admisión de cohecho”. No se Le puede sobornar. No muestra favoritismo. Siempre se apega a las leyes que hizo.

Ahora, el ejemplo más claro de eso lo tenemos al pensar en el Gólgota, donde Jesucristo, Su único Hijo amado, cuelga en sufrimiento bajo la ira de Dios. No le retuvo ni una gota. Así de justo, qué inflexible, qué

imparcial es Su justicia. ¿Qué tan bueno es nuestro Legislador? ¿Muy amoroso? No. Él es amor. Es santo, soberano y justo. Y si estás de acuerdo conmigo en que esa es la gran gloria de nuestro Legislador, si consideramos que Su ley es negativa, limitante o prohibitiva, entonces el problema es con nosotros, no con el Legislador ni con Su ley. Su ley es justa, buena y poderosa.

Ahora eso me lleva a la segunda pregunta. ¿Cuál es la relación de Dios con la Ley? No tenemos que invertir demasiado tiempo en esto. La ley es el espejo, o el reflejo, de Dios mismo. Todos estamos familiarizados con ese pensamiento cuando pensamos en la creación. La creación refleja y muestra la gloria de Dios de una manera física y material. Vemos Su sabiduría, Su poder y Su bondad en la tierra que nos rodea y en cada detalle del universo en el que vivimos. Piensa en las palabras de Pablo en Romanos 1:20: “Porque las cosas invisibles de él, su eterno poder y deidad, se hacen claramente visibles desde la creación del mundo, siendo entendidas por medio de las cosas hechas, de modo que no tienen excusa”. Entonces vemos la gloria de Dios reflejada material y físicamente en la creación. Así es con la Ley.

La Ley refleja la gloria de nuestro Creador de una manera moral y ética. Es el espejo de quién es Él. Refleja el amor, la santidad, la bondad, y la justicia de Dios en la reflexión moral y ética que vemos en la Ley de Dios. Por lo tanto, podemos pensar en la Ley como la transcripción de Su mismo ser, el espejo de Su Ser glorioso y, de hecho, David lo vio cuando escribe en el Salmo 19 sobre la Ley del Señor. Observa las palabras que usa: perfecta, puro, fiel, recto, verdad, justos. Todos son descriptivos de la gloria de Dios y, dado que el amor es la gloria esencial de Dios, por lo tanto, toda la Ley se resume en amor. Como Pablo escribe en Romanos 13:10: “El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la Ley es el amor”. Sin embargo, un espejo tiene límites.

Imagínate que me observas parándote a mi lado, y ambos nos miramos al espejo. Te ves a ti mismo y me ves a mí. Lo que no ves de mí es mi interior, mis motivos, mis pensamientos, lo que hay detrás de la apariencia externa. Entonces, el espejo es un reflejo limitado. Así también es con la Ley de Dios. Dios tiene infinitamente más de lo que nos ha revelado en la Ley de los Diez Mandamientos. Ese ‘infinitamente más’ se nos revela en el Señor Jesucristo. Escuchemos la observación de Juan en Juan 1:18: “A Dios nadie le vio jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él le ha dado a conocer”. Así que solo cuando veamos la plenitud de Cristo, la vida, el andar y las palabras visibles en la persona de Jesucristo, veremos la plenitud de Dios.

Y eso responde a la pregunta que hicimos en nuestra primera lección. ¿Son opuestas la Ley y el evangelio? No son opuestas. Se complementan. El evangelio no quita la Ley. Es mejor decir que el evangelio expone la Ley en una profundidad que yo jamás hubiera conocido. Escucha cómo lo expresa Pablo: “Ciertamente, apenas morirá alguno por un justo; con todo, pudiera ser que alguno osara morir por el bueno. Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:7-8). O Juan 3:16: “Porque de tal manera amó Dios al mundo”. Esa palabra que resume toda la plenitud de Dios es la más pequeña de la Biblia y tan amada. La Ley se expone en el evangelio. ¿Hasta dónde llegó el amor devocional de este Dios santo? Que no escatimó a Su Hijo unigénito. Ese es el Legislador. Ahora, la Ley también es la revelación de Dios de Su voluntad para con nosotros.

Además del espejo, pensemos en la imagen de la norma. Dios dicta en la Ley Su voluntad para con nosotros. El Legislador y Dador de la Ley no solo ha determinado las leyes físicas del mundo por el cual debemos vivir (y si no las honramos nos enfermamos, nos lastimamos y tenemos accidentes), sino que también ha determinado las leyes morales de nuestros entornos de vida como la norma para que vivamos. Y nuevamente, el derecho absoluto como Gobernador moral del cielo y la tierra no debe ser discutido. Dios dice en Deuteronomio 10:14: “He aquí, de Jehová tu Dios son los cielos, y los cielos de los cielos, la tierra, y todas las cosas que hay en ella”. En Génesis 17:1, Dios habla a Abram. Él dice: “Yo soy el Dios Todopoderoso; anda delante de mí y sé perfecto”. Entonces, amigos, ninguno de nosotros podemos discutir que las leyes naturales han cambiado desde el comienzo del mundo. Dios no cambia ninguna de esas leyes naturales que gobiernan la creación. ¿Sería diferente con las leyes morales de Dios?

Las leyes que estipulan para nosotros la voluntad, Su voluntad, de cómo debemos vivir, ¿habrán cambiado con el tiempo? ¿Han cambiado las leyes que hablan sobre nuestra relación con Él o la relación entre nosotros mismos? No. Sabemos que la Ley moral de Dios fue grabada en piedra con Su propio dedo. Sabes que esa es la única porción de la Escritura que Dios no permitió que nadie más escribiera primero. Lo escribió con Su propio dedo en piedra. ¿Cuál sería el significado de eso? Eso significa, de hecho, que este es un acto simbólico por el

cual Dios ha dicho: “Estos no cambian”. Y ahora sabes por qué no cambiarán. Si la Ley es un reflejo de nuestro Legislador y, si las leyes cambian, nuestro Legislador debe cambiar. Pero Él es eterno, inmutable. Su Ley, por lo tanto, siempre es inmutable.

Tengo que admitir que antes veía a Dios como negativo, restrictivo y prohibitivo. Ahora lo veo como un reflejo de Sí mismo, y este es un hermoso pensamiento para que tú y yo meditemos más adelante. ¿Sabes que Dios no requiere de nosotros nada diferente de lo que está de acuerdo con Su propio carácter? Él vive según Sus propios estándares de amor. Él vive por Su propio amor devocional. Entonces, lo que Él nos ordena es simplemente un reflejo de lo que Él mismo hace. Piensa en eso. Dios requiere que amemos a nuestros enemigos. ¿Por qué? Si lo haces, lo reflejas porque Él ama a Sus enemigos. Dios nos exige vencer el mal con el bien, ¿por qué? Porque Él vence el mal con el bien. Debemos reflejarlo a medida que vivimos la gloria de Su Ley. Y la enseñanza de Jesús sostiene: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mateo 5:48). O, Lucas 6: “Sed, pues, misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso” (versículo 36). Eso me lleva a mi última pregunta. ¿Por qué Dios nos dio Su Ley?

Yo no creo que esta pregunta sea difícil de responder. Después de haber mirado al Legislador, haber visto el reflejo de la Ley como el reflejo de Dios, entonces la respuesta a esta tercera pregunta es simple. Publicó la Ley para promover y proteger nuestra felicidad. Sus leyes no son reglas arbitrarias por las cuales Él dice: “Vive así porque yo lo digo”. Como el gran Padre del universo, Dios establece Sus leyes para protegernos y proporcionarnos el mejor ambiente de vida posible. Él no dio esas leyes para protegerse a Sí mismo, amigos. Dios no tiene que asegurar Su posición con la emisión de leyes como lo tienen que hacer otros gobernantes, quizás terrenales. Él como el Todopoderoso está sentado en el trono. Nadie le causa estrés o miedo, cosa que los gobernantes terrenales sí tendrán y, por ende, tal vez publiquen varias leyes. Nadie puede invadir o destruir a Dios y Su reino divino de gobierno. No, en cambio, ha puesto las leyes en piedra para proteger los regalos que nos ha dado.

Considera las leyes como los límites de Dios. Considera la Ley de Dios como la valla amorosa que una mamá y un papá ponen alrededor del patio para proteger a los niños que juegan en el patio, para protegerlos de los extraños que están afuera y para evitar que se expongan al peligro. Esas cercas son Su protección. Están destinadas a aumentar nuestra felicidad. Así como esos niños pequeños entenderán y sentirán esa ley como limitante, esa cerca como restrictiva, y considerarán que ella les prohíbe ir más allá, así pensamos en la Ley. Pero, desecha ese pensamiento. Comienza a pensar en la Ley de Dios positivamente, es Su manera de protegernos, mantenernos y mantener la calidad de nuestra relación con Él, nuestra relación con los demás y nuestra relación con el mundo que nos rodea.

Todo eso se resume muy bien en un versículo de Proverbios. Proverbios 13:14 dice: “La ley del sabio es manantial de vida para apartarse de los lazos de la muerte”. Así que la Ley de Dios, la Torá de Dios, la instrucción de Dios, es la ley de la sabiduría que termina siendo una fuente de vida para que nos apartemos de las trampas de la muerte. Y cuán bellamente se puede ver esto, por ejemplo, en los primeros libros de Moisés. Estoy seguro de que las personas en los días de Moisés no entendían por qué no podían comer esos animales, sino solo los limpios, por qué tenían que lavar su ropa, por qué no podían comer la comida que se encontraban, un ratón muerto o una rata muerta y, por qué podían usar la semilla para sembrar, pero no para hornear pan. Probablemente no entendieron muchas de esas leyes, pero las entendemos hoy. ¿Por qué? Bueno, porque hoy sabemos que hay bacterias y virus. No lo descubrimos hasta hace unos 300 años. Ellos no lo sabían, pero el Legislador sí, y por eso creó todas estas leyes para proteger a Su pueblo. El amor, el amor devocional se expresa en la Ley.

Nuestro Legislador es grande. Comenzamos a ver por qué David dice: “Mejor me es la ley de tu boca que millares de oro y plata” (Salmo 119:72). Todo el oro y la plata no pueden comprarte la felicidad, ni pueden abrir la puerta al corazón de Dios. Pero eso es posible solo cuando honramos la Ley de Dios. Lamentablemente, no lo hicimos. Pero ahí es donde vamos a retomar la historia de la Ley la próxima semana, si Dios quiere. Gracias.

## *Lección 3*

---

# **EL PARAÍSO Y LA LEY**

No hay palabras que puedan describir la belleza y la alegría que Adán y Eva experimentaron en el Paraíso. Pero del mismo modo, no hay palabras que puedan describir la destrucción causada por la rebelión de Adán y Eva contra Dios. Se ha roto el núcleo de nuestro ser y se ha distorsionado cada punto de vista acerca de Dios y de nosotros mismos, así como de la Ley de Dios. Esta caída de la humanidad no fue un desliz accidental. Fue el rechazo consciente y perverso de la santa y perfecta Ley de Dios. Pero ¿entonces Adán y Eva conocieron los Diez Mandamientos como los tenemos ahora? ¿Cómo conocieron la Ley de Dios? Estas preguntas serán exploradas en este tercer módulo sobre la Ley de Dios.

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 3**

Queridos amigos, ¿qué piensan de esta declaración? Pecar es darle a Dios una bofetada en la cara. Cuando era joven y escuché esa afirmación, sentí que era una expresión bastante fuerte para definir el pecado. Sin embargo, eso ha cambiado después de haber inquirido acerca de la relación entre Dios y la Ley y hemos visto que son inseparables. La Ley de Dios es el reflejo de Su propia personalidad, de quién es Él y, por lo tanto, cualquier transgresión de Su Ley es un acto de arrogancia y de deshonra hacia Su persona. Por lo tanto, piénsala de nuevo. Esa declaración en sí misma, aunque es muy sencilla, tiene una muy buena definición. Por lo tanto, todo pecado es serio. Todo pecado es ofensivo y grave porque deshonra a nuestro gran y majestuoso Legislador en quien es Él esencialmente. Por lo tanto, no hay pecado que se pueda definir como un pecado pequeño, y Jesús lo pone de manifiesto muy claramente en el Sermón del Monte cuando especifica los mandamientos en un grado tal que sorprendió a Sus oyentes. “No matarás” no es solo “no asesinarás”, sino que “no matarás” también significa no menospreciar a alguien, aplastando su espíritu y escupiendo palabras de enojo que destruyen la mentalidad de la persona. Entonces, lo contrario también es cierto.

Lo contrario es que los actos más pequeños de amor devocional glorifican a Dios. Si tomas un barrendero en una gran ciudad que diariamente, alegre y fielmente, hace su tarea de barrer las calles y él o ella lo hace en una devoción por el bien de su prójimo, con un corazón lleno de amor, entonces él está glorificando a Dios en ese simple acto porque está honrando a la persona que nos ha dado la Ley. Dios mira el corazón. Él mira el motivo. Él mira el propósito que mueve la mano o que activa la lengua. Eso es para Él lo esencial del cumplimiento de la Ley.

Hoy, llevaremos nuestros pensamientos a la Ley en el contexto del Paraíso, la Ley en relación con Adán y Eva. Entonces, al analizar este tema, hay un par de preguntas que podríamos hacer. ¿Cuál es el conocimiento de la Ley que tenían Adán y Eva tal como la conocemos? ¿En qué nivel o en qué medida, conocían los Diez Mandamientos como los conocemos nosotros? O, ¿la Ley para ellos estaba limitada a, bueno, sean fructíferos y multiplíquense,

cuiden el jardín; labren la tierra; sométanla, manténgala y desarróllenla; o no coman del árbol del conocimiento del bien y del mal? O, ¿había más conocimiento de Lu Ley que esos pocos mandamientos directos que habían recibido? ¿Estaba la Ley de Dios escrita en sus corazones?

Ahora, para explorar esa pregunta, hagamos un rápido viaje mental a Atenas, en el Areópago. Hoy en ese lugar todavía se pueden ver los magníficos restos del templo al lado de donde Pablo se paró cuando predicó un sermón, el Areópago. Desde un punto de vista arquitectónico, este edificio del templo fue un logro magnífico. Hoy es una ruina. ¿Por qué ese contraste? Desde las ruinas de hoy, podemos ver algo de la gloria del pasado. Eso es con ese templo. Eso también es contigo y conmigo. Apliquemos ese principio a la pregunta sobre Adán y Eva y la Ley de Dios.

Cuando miramos a los hombres hoy, vemos la ruina de lo que una vez fuimos. Todos sabemos que no vivimos en el Paraíso. Abre un periódico o un sitio web de noticias, todos los días escuchamos el informe de las evidencias de lo que salió mal en Génesis 3 cuando la humanidad se rebeló contra la Ley de Dios. Los hombres matan, roban, rompen promesas, cometen adulterio, maldicen a Dios y mueren todos los días. Sin embargo, aunque este mundo está en una condición terrible, todavía no es el infierno. Todavía hay muchas personas buenas y amables en este mundo que hacen cosas bonitas y hermosas, incluso no cristianos, aún aquellos que no conocen la Biblia. Hasta los que no tienen ninguna relación con Dios y viven a menudo por el debo o el yo debería hacer, o también, hasta cierto punto, Quiero hacer lo bueno. ¿De donde viene eso?

Cuando escuchamos al apóstol Pablo en Romanos 2:14–15, observamos que él también se dio cuenta de que los no cristianos, que no conocen la Ley de Dios, nunca escucharon parte alguna de la voluntad revelada de Dios, pero, aun así, viven con un sentido del bien y el mal, honor y deshonra. Tienen una conciencia que los acusa o los excusa. Claro, está distorsionada y es inconsistente. Sin embargo, las ruinas de hoy son una pequeña pista acerca de la gloriosa belleza del pasado. Entonces, ¿cuál fue el punto en nuestra historia humana en que no éramos ruinas, en que teníamos un conocimiento perfecto y reflejábamos la Ley de Dios en perfección, sin defecto?

Ahora claramente, en tu Biblia, antes del capítulo 3 de Génesis, miramos Génesis 1 y 2, la imagen que Dios pinta de Adán y Eva en el Paraíso. Pasemos a Génesis 1:26–27. El autor de Génesis nos describe como hechos a semejanza o imagen de Dios. Permítanme leerlo: “Entonces dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza: ...Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó; hombres y mujeres los crearon”. Somos la corona de la obra divina de la creación. Somos únicos. Fuimos precedidos por el consejo divino y, nosotros, de toda la creación, somos el reflejo de la imagen de Dios.

Entonces, ¿qué significa eso de que somos creados a Su imagen y semejanza? Eso significa que estamos divinamente diseñados para reflejar algo de nuestro Creador. Como Dios es un Espíritu, no es nuestro ser físico el que en sí mismo refleja la gloria de Dios como Creador. Eso también está claro por el hecho de que tanto hombres como mujeres están hechos a la misma imagen de Dios y, aunque somos distintos físicamente, tenemos la misma imagen. Entonces, ¿cuál es esa imagen? ¿Cuál es esa semejanza de Dios en nosotros? Simplemente, amigos, reflejamos el carácter de Dios, Su naturaleza. En cada aspecto de nuestra personalidad, reflejamos Su Ley.

Ese es un pensamiento profundo que necesitamos comprender. Adán y Eva fueron creados a imagen de Dios. Nuestra espiritualidad, nuestra moralidad, nuestra racionalidad, nuestra creatividad y capacidad de relacionarnos con Dios y con los demás reflejaban el amor devocional en una perfección hermosa. Entonces, ¿cómo eran Adán y Eva específicamente antes de caer moral y éticamente? Ese es el único aspecto que quiero destacar en esta lección sobre la Ley.

Ahora, puedo aprender más detalles acerca de Adán y Eva en el Nuevo Testamento, en el que la nueva criatura se define en los escritos del apóstol Pablo a los efesios y colosenses. Permítanme citar de Efesios 4:24 y Colosenses 3:10. “Y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24). “Y revestido del nuevo, el cual conforme a la imagen del que lo creó se va renovando hasta el conocimiento pleno” (Col. 3:10). Ahora, ¿te diste cuenta de los tres aspectos? El conocimiento, la justicia y la santidad. Las tres palabras se relacionan con la Ley de Dios. Estos tres aspectos son el enfoque de la obra recreadora de Dios para la restauración. Eso es lo que originalmente era. Entonces, exploremos estas tres palabras por un momento: el conocimiento, la justicia y la santidad.

Dios nos creó con la capacidad de conocerlo a Él y Su voluntad: el conocimiento. Dios nos creó con la capacidad de servir en todo lo que nos proponemos, pensamos y hacemos: esa es la palabra justicia. En tercer

lugar, Dios nos creó con la habilidad de amar con una intensidad devocional: esa es la santidad. Entonces, para resumir, fuimos diseñados para reflejar a nuestro Creador en nuestro ser y en nuestro hacer: ser quienes éramos, haciendo lo que Él nos pidió que hiciéramos. Estábamos equipados y adornados y estábamos habilitados para ser la comunicación, o el canal, a toda la creación del amor y la devoción y la bondad del Creador según la Ley de Dios. Éramos, puedo decir simplemente, las manos y los pies de la Ley de Dios, y debíamos compartir eso, o representarlo y vivirlo, en la creación como Sus representantes.

Entonces, ¿cómo conocen esta Ley? No hay registro en Génesis 1 y 2 de que Dios les diera una lección sobre los Diez Mandamientos, ¿verdad? No. Debemos concluir que Dios había escrito en sus corazones la Ley de Dios, ya que promete hacerlo nuevamente en la obra regeneradora que hace espiritualmente en Su pueblo. Entonces, si la Ley fue escrita en sus corazones, ¿qué ley escribió?

Escuchemos nuevamente las palabras del Señor Jesús en Mateo 22:37–40 cuando el intérprete de la Ley lo confronta y le pide que diga cuál es el mayor mandamiento. Aquí está Su respuesta. Él dice: “El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es.” Esa es una confesión. “Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Y luego concluye: “No hay otro mandamiento mayor que estos”. Ahora, fíjate en cómo Jesús le responde al intérprete de la Ley acerca de cuál es el mayor mandamiento.

Algunas personas podrían decir que Jesús expresó en Mateo 22 (y en Marcos 12) el resumen de los Diez Mandamientos. Tal vez tú también lo pensaste. Yo también solía creer lo mismo: es una versión corta de Éxodo 20. Eso no es correcto. Lo que Jesús verbalizó fue la Ley original que le fue dada a Adán y Eva en el Paraíso. Los Diez Mandamientos, amigos, son una breve exposición de la Ley original: amarás al Señor y amarás a tu prójimo. La Ley que recibieron Adán y Eva en el Paraíso se expone brevemente en los Diez Mandamientos.

Ahora, el Señor Jesús terminó esta notable declaración y respuesta acerca de la Ley de Dios al intérprete de la Ley con estas palabras: “De estos dos mandamientos depende toda la Ley y los profetas” (Mateo 22:40). Hoy incluiríamos también todo el Nuevo Testamento, pero en el momento que Jesús dijo eso obviamente solo existía el Antiguo Testamento. Entonces, ¿qué significa esa afirmación? Eso significa esto: todo en la Escritura, desde la Ley de Moisés hasta las secciones proféticas del Nuevo Testamento, se basa y está anclado en la Ley original de Dios que Dios dio a Adán y Eva, escrita en sus corazones, en el Paraíso. Los judíos tienen un viejo dicho que afirma que todos los profetas se pararon en el Monte Sinaí y que todas sus profecías están ancladas en esa Ley del monte Sinaí. Quizás podamos expandir esa afirmación y decir que toda la humanidad estuvo una vez en el Paraíso, en Adán, conociendo la Ley original de nuestro Creador.

Volvamos al Paraíso. ¿Cómo funcionaba esta Ley en la vida de Adán y Eva? Bueno, cuando lees los primeros capítulos de Génesis, vemos que trajo alegría perfecta, armonía y paz. ¿Por qué? ¿Por qué se definió el carácter del Paraíso en estas tres palabras? Porque vivieron en una obediencia total a la Ley de Dios. Cada fibra de su ser estaba dedicada a amar a Dios. Cada imaginación de esas mentes creativas y genio era amar a Dios. Cada parte de sus fuerzas físicas se dedicaba a amar a Dios. Cada minuto de sus horas de vigilia se dedicaba a amar a Dios sobre todo lo demás. Desde luego, eso transfirió a la relación que tenían entre sí. Se amaban naturalmente con abnegación. Se servían unos a otros día y noche, disfrutaban de la belleza de su relación de una manera espiritual, social, emocional, física y sexual. Todo eso dio expresión a “amarás a tu prójimo como a ti mismo”. Al hacer esto y al ser así, permanecían en el amor de Dios, como lo revela Jesús en Juan 15:10.

Meditemos por un momento sobre estas palabras de Jesús. Él dice: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor”. Fíjate que Jesús permanece en el amor de Su Padre al guardar Sus mandamientos. Estos dos siempre están relacionados, conectados, de principio a fin en las Sagradas Escrituras. Ser amoroso y amar es vivir la Ley de Dios. Entonces podríamos hacer una pregunta rápida: “Pero ¿qué pasa con el mandamiento de prueba en Génesis 2: 16–17 de no comer del árbol?”. Este mandamiento, así como los otros mandamientos que se dan en el contexto de Génesis 1 y 2 acerca de ser fructíferos y multiplicarse, cuidar del jardín, administrar y expandirse y desarrollar la tierra, fueron de hecho mandamientos específicos, pero no debemos separarlos de la Ley original de Dios de amarlos a Él y a nuestro prójimo.

El mandamiento de “no comerás del árbol” (tomemos ese específicamente) fue diseñado especialmente como un recordatorio simbólico para Adán y Eva de que estaban atados a la Ley de Dios. Era para recordarles que su autoridad estaba sujeta a la autoridad de Dios y que su libertad también estaba sujeta a la Ley de Dios. Cuando Satanás entra en escena, los tienta. La esencia de la tentación es ‘si comes del árbol, serás como Dios; tendrás la autoridad y la libertad suprema; ya no estás limitado por ningún mandamiento de la autoridad de Dios’. Y, de hecho, lo hicieron. En el acto de comer, buscan más poder y libertad de lo que Dios les había dado. Intentaron, en esencia, reescribir la Ley de acuerdo con su propia autoridad. Y al hacer eso, intentaron destronar al Dios del cielo y de la tierra.

Sin embargo, podemos ir un paso más allá. Su desobediencia a este mandamiento simbólico de no comer del árbol del conocimiento del bien y del mal fue, en esencia, el quebrantamiento de todo el espíritu de la Ley original de Dios. Adán y Eva quebrantaron, con ese hecho, los Diez Mandamientos de la Ley que se dieron en el monte Sinaí.

Permítanme ilustrarlo brevemente en una conclusión. Quebrantaron el primero en elegir confiar y honrar a un dios falso sobre el Señor Dios, su propio Creador. El segundo mandamiento. Quebrantaron el segundo mandamiento al honrar la tergiversación de Satanás al mostrar a Dios como desconfiado y poco dispuesto a hacerlos extremadamente felices y de adorarlo como Él les había ordenado. Quebrantaron el tercero al violar el voto del pacto con Dios, y al hacerlo, profanaron Su santo nombre y Su imagen conforme a la cual fueron creados. Rompieron el cuarto cuando quebrantaron el descanso del día de reposo, o el descanso simbolizado en el día de reposo que existía en la relación entre Dios y ellos. Quebrantaron el quinto cuando deshonraron a Su Padre celestial al deshacerse de Su autoridad. ¿Y cuál fue el resultado? Sus días no fueron prolongados en la tierra de los vivos. Quebrantaron el sexto al masacrar a toda la raza humana, cuando Adán, como representante de todos nosotros, actuó en rebelión. Además, se suicidaron espiritualmente. Quebrantaron el séptimo al cometer adulterio espiritual con el adversario de Dios y al destruir la belleza de su propia relación como esposo y esposa, como se puede ver claramente en Génesis 3. Quebrantaron el octavo robando del árbol del que Dios les había prohibido comer. Quebrantaron el noveno indirectamente dando falso testimonio contra Dios, ya que creían que la mentira del diablo era la verdad por encima de la palabra de Dios. Y claramente, quebrantaron el décimo cuando codiciaron una nueva posición para ser como Dios, en lugar de estar satisfechos y contentos con la posición que Dios les había dado como cabeza de la creación y mayordomos de la tierra.

Entonces, reflexionemos un poco más con una mirada retrospectiva a este hermoso y glorioso comienzo. La belleza principal de Adán y Eva, queridos amigos, era su belleza de santidad. Sus vidas brillaban con la gloria del amor en todo lo que hacían, cada acto, cada palabra, cada motivo era un rayo del glorioso amor de Dios que brillaba a través de sus propios seres. No había impureza de pensamiento. No hubo palabras deshonestas. Nunca hubo una falta de comunicación que causara fricción. No había tensión en su relación debido al egoísmo o la ira pecaminosa, el orgullo o la falta de voluntad. Era una felicidad suprema. Su experiencia con Dios y con los demás fue hermosa más allá de toda descripción. ¿Por qué? Porque vivieron como humanos santos, devotos y obedientes en relación con Dios y entre ellos mismos.

El llamado a honrar a Dios no fue una tarea pesada para Adán y Eva. Su conciencia no tenía nada que hacer sino aprobar cada acto que hacían y deleitarse con su obediencia a la Ley de Dios. No conocían la vergüenza. No conocían el miedo. No conocían la pena. No necesitaban sonrojarse. Vivieron una vida de puro deleite y placer inmaculado en el contexto de la santa belleza de amar a Dios y amarse unos a otros. Su mayor placer no era el Paraíso circundante. El mayor placer de esta pareja original de la humanidad era que caminaban con Dios y con los demás en la belleza total de la armonía, la relación de amor. Necesitamos reflexionar profundamente sobre el comienzo majestuoso de nosotros los hombres.

Si comparamos ese brillante comienzo con las ruinas de hoy, deberíamos sonrojarnos. Eso debería humillarnos. Debería avergonzarnos de lo que hemos hecho con el glorioso comienzo de Dios. Los hechos son incontrastables. Causamos nuestra propia ruina. No hubo ningún defecto de diseño en nosotros que nos condujera a nuestra caída. Un hecho es un hecho. Además, lo que arruinamos, no podemos repararlo. Sin embargo, no hagamos una conclusión incorrecta. Aunque hoy nos hemos vuelto incapaces de obedecer la Ley de Dios a la perfección, eso no significa que Dios haya cancelado la Ley. No ha quitado esa Ley. Perdura para siempre y, si la Biblia terminara aquí, donde estamos hoy, sería una realidad desesperada.

Pero, alabado sea Dios, nuestra caída se convirtió en la oportunidad para que Dios manifestara más de Su grandeza a medida que revela el mensaje del evangelio en Jesucristo, el postrer Adán. Seguidamente, propongo que en la próxima lección veamos primero a este postrer Adán y Su relación con la Ley de Dios. Gracias.

## *Lección 4*

# JESÚS Y LA LEY

Jesús dijo: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir”. Esta declaración del Señor es una clave importante para que entendamos la intención y la belleza de la ley eterna de Dios. A menudo asociamos la Persona y la obra de Jesucristo con la palabra ‘Evangelio’ y con razón. Pero también debería y debe asociarse con la “Ley de Dios”.

Por lo tanto, en este módulo examinaremos por qué el al Señor Jesús se Le llama el ‘último Adán’ y cómo se relaciona eso con Su anuncio de que no vino a abrogar la Ley de Dios.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 4

Queridos amigos, siempre es un gozo estudiar las Escrituras y encontrar nuevas verdades que quizá, de alguna manera, se han explorado poco. Lo que he hecho en las lecciones pasadas, y hemos estado estudiando la Ley de Dios, es intentar dar una perspectiva diferente de la Ley. Comenzamos viendo al Dador de la Ley, y Él es un Dios asombroso: un Dios que es amor; que se refleja a Sí mismo en el mandamiento del amor; un Dios que es santo y está separado de nosotros, los pecadores, pero que también es intensamente devocional y puro. Esto se refleja en la Ley de Dios. [Él] es soberano, [un Dios] que nos ha dado las leyes según Su buena y divina voluntad, un Dios justo. Él no está por encima de la Ley. Así que, esperemos que al ver la Ley de Dios desde esa perspectiva tengamos una apreciación más profunda de qué se trata la Ley. Ahora bien, la segunda perla de oro es que hemos visto la Ley en el Paraíso, cómo Adán y Eva se relacionaban con Dios y el uno con el otro, reflejando así la imagen de Dios en su vida de obediencia, amor a Dios y de amor entre sí. La Ley estaba escrita en el corazón, y su gozo era obedecer a Dios en amor y amar a Dios al obedecer.

Ahora, en esta lección, quiero llevarte al postrer Adán. Él se contrasta con el primer Adán. Hay una razón por la cual Dios lo llama el postrer Adán. Hay una similitud entre el primero y el postrero. Ambos, tanto Adán antes de la caída como el Señor Jesús, eran perfectos, sin pecado y santos. Así que, cuando se señala al Señor Jesús en el anuncio del ángel a María, considera lo que dice el ángel: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo Ser que nacerá”, ese Santo Ser, “será llamado Hijo de Dios” (Lucas 1:35). Así que, cuando Jesucristo nace, lo hace, como dice Pablo, “en semejanza de carne de pecado” (Romanos 8:3) pero no en pecado. Él es como era Adán en su creación inicial. Él también es el postrer Adán. Muchos de nosotros lo llamamos equivocadamente el “segundo Adán”. Yo soy culpable de eso, pero las Escrituras lo llaman el “postrer Adán” por un motivo: no hay otro necesario. Él cumplió la Ley, y eso es lo que veremos juntos en este día.

Nuestros pensamientos nos llevarán a Mateo capítulo 5, el Sermón del Monte. Este sermón comienza con una descripción magnífica de quienes son las personas del reino de Jesús. Las siete bienaventuranzas describen, en un bosquejo, las características de un alma que ha nacido de nuevo, y a esas siete le siguen dos que describen la reacción del mundo a estas personas. Luego, Jesús da una breve descripción del llamado a los ciudadanos a ser sal y luz. En seguida, viene una porción muy importante para nuestro estudio sobre la Ley de Dios. Permíteme leer el versículo 17. Dice: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir”. Detengamos nuestros pensamientos aquí por un momento, y primero hagámonos la pregunta: ‘¿Por qué Jesús enseñó esto? ¿Cuál es el trasfondo? ¿Cuál es la motivación detrás de esto?’ Y observa que comienza diciendo: “No penséis que he venido”. Obviamente lo estaba uniendo a lo que las personas pensaban.

Y ¿qué pensaban? Bueno, la primera razón para pronunciar estas palabras era la defensa de Su propio ministerio. Había personas allí pensando que Jesucristo estaba abrogando la Ley de Dios de la misma forma que estaba desmontando muchas tradiciones y muchos mandamientos que habían sido añadidos. Pensaron: ‘Está derogando la Ley de Dios’. Cristo deja muy claro que no había venido a abrogar la Ley o los profetas. Quiere dejar en claro que desea corregir lo que las personas pensaban de la Ley. Si lees el resto de Mateo 5, te darás cuenta de que el Señor Jesús está corrigiendo cuidadosamente las malas interpretaciones de la Ley. Como dice: “Oísteis que fue dicho a los antiguos” (versículo 21). Eso era lo que pensaban. ‘Pero yo os digo [que estos son] los pensamientos de Dios. Esto es lo que la Ley original era’. Por lo tanto, Cristo está defendiendo Su propio ministerio y corrigiendo lo que las personas pensaban a partir de sus malas interpretaciones.

La segunda razón por la cual habla así es para evitar una corrupción de Su enseñanza o una perversión de las doctrinas de la gracia que vino a traer en Su ministerio de enseñanza. Hay muchos que tomaron las enseñanzas de Jesús, como la de que ‘somos salvos solo por gracia’, en una dirección en la cual su significado llegó a ser: ‘La obediencia no importa; solo somos salvos por gracia; ya no estamos bajo la Ley’. [Este] es un aspecto muy importante que discutiremos en un estudio más adelante. Pero, todo en el ministerio de Jesús se opone a esta perspectiva de que la obediencia no importa.

Ahora bien, la tercera razón por la que Jesús pronuncia estas palabras desde los versículos 17 al 20 tiene que ver con lo que dice en el versículo 20. Nuevamente, aquí está corrigiendo una enseñanza muy falsa y fatal de los fariseos. Permítanme leer el versículo 20: “Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”. Esta enseñanza de Cristo causó un pequeño maremoto en las personas cuando lo oyeron. Literalmente puso de cabeza al mundo religioso de aquellos días con este versículo: “...si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos”.

Ahora bien, lo que Jesús no enseñó aquí es: ‘Pueblo, necesitan tener más buenas obras, excedan las buenas obras que los escribas y fariseos han estado intentando enseñarles y hacer, para que puedan entrar en el reino de los cielos’. No, la palabra mayor no se refiere a niveles superiores. La palabra mayor se refiere a [ir en] la dirección opuesta. Si no es más profunda que la obediencia exterior que los escribas y fariseos están enseñando, de ninguna manera entrarán en el reino de los cielos. Él va al corazón, y realmente con este versículo 20 el Señor Jesucristo subraya la necesidad absoluta de Él. Pues, no hay justicia en nuestros corazones y, si tiene que venir de allí, no está allí. Así que ciertamente, en un sentido, el versículo 20 tiene como objetivo dirigirnos al Señor Jesucristo.

Ahora volvamos al versículo 17. Este es un versículo fundamental en nuestro estudio de la Ley de Dios: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir”. En primer lugar, ¿te diste cuenta de que Jesús deja claro que Él valora la Ley de Dios? Él dice: ‘No estoy aquí para abrogar nada de la Ley o de los profetas’. Este es un pilar de verdad y vital para nuestra comprensión de cómo funciona la Ley, también hoy en día, en la iglesia del Nuevo Testamento y si tiene relevancia para nosotros en la actualidad. El ministerio de Jesús es recuperar y restaurar, no reescribir o sobrescribir la Ley de Dios. Él está volviendo al original, donde comenzó, donde siempre ha estado y donde debería estar.

Ahora, entendamos bien. Él dice: ‘No he venido a abrogar la Ley o los profetas, sino a cumplir’. Es fácil ver cómo Jesús cumplió los profetas. Nació en Belén. Miqueas dijo eso. Nació de la virgen María. Isaías profetizó eso. Así mismo, literalmente cumplió los detalles de cientos de profetas en el Antiguo Testamento, pero ahora tomemos la palabra Ley: ‘No he venido para abrogar la Ley, sino para cumplir la Ley’. Lo que se refiere a Ley en este contexto debe determinarse por el resto del capítulo. Algunos dicen que aquí la Ley se refiere a la Ley ceremonial, la Ley que trata con los sacrificios, la que trata con la adoración en el templo. Es verdad. El Señor Jesús es

el cumplimiento definitivo de la Ley de las ceremonias. Pero en el contexto de este capítulo, Él no está hablando de eso.

Notarás que está hablando de mandamientos morales: No matarás, no cometerás adulterio, amarás a tus enemigos. Esos son asuntos morales. Así que, solo es justo concluir que aquí Jesús está pensando en la Ley moral en el versículo 17: No he venido para abrogar, reescribir o remover la Ley moral. No he venido para ajustarla a un contexto del Nuevo Testamento. No estoy aquí para hacer eso. Estoy aquí para cumplir la Ley. Y la palabra cumplir tiene un significado hermoso. Quiere decir ‘sacar su plenitud’. Quiere decir ‘mostrar la gloria y el cumplimiento de la Ley y de todo lo que significa’. Si ves la vida de Jesús, y eso es lo que quiero hacer contigo brevemente en esta sección, notarás que Jesucristo es la Ley de Dios hecha visible en Sus actos, en Sus acciones y en cómo se relaciona, reacciona y ama. Su vida entera tiene una misión: Cumplir la Ley de Dios en una vida que está dedicada a Dios y a Su nombre. Donde el primer Adán falló, el postrer Adán tuvo éxito.

Así que, ¿cómo cumplió Jesús la Ley de Dios? De tres maneras. En primer lugar, la cumplió de la forma en que la vivió. Así como cumplió las profecías de la forma en que las vivió, así mismo cumplió la Ley de la forma en que la vivió. Hizo la Ley original de Dios visible a nosotros en la forma en la que vivió los detalles de Su vida. Desde la terrible rebelión de Adán, nadie ha vivido una vida de santidad y una vida de amor devocional como lo hizo el Señor Jesucristo, el postrer Adán. Por lo tanto, amigos, Jesucristo es la exposición de la Ley de Dios como fue creada y revelada originalmente. La honró. La magnificó en la gloria de Su vida, en Su hablar y en Sus acciones. Así que, te daré solo dos pensamientos para que reflexiones en eso.

La primera parte de la Ley es amar a Dios sobre todas las cosas, con todo lo que eres. Jesús hizo eso. Al vivir Su vida como el postrer Adán, enfrentó un mandamiento opuesto al que el primer Adán recibió. Al primer Adán se le dijo: “No comerás”. Al postrer Adán se le dijo: “Beberás de la copa, la copa de maldición”. Esa fue la misión de Jesús: honrar y obedecer a Su Padre hasta lo sumo. Sabemos que el primer Adán falló. Sabemos que este postrer Adán luchó. Mientras Lo miramos en el Getsemaní, vemos Sus sentimientos de temor, luchando intensamente para beber de la copa que Su Padre sostiene frente a Él. Lucha al concebir estar abandonado, al intuir Su descenso a la realidad del infierno, abandonado por Dios y por Su iglesia. Conocemos la historia: “Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; pero no sea como yo quiero, sino como tú” (Mateo 26:39). Eventualmente, Jesús rechazó Sus propias emociones. Amó la voluntad del Padre por encima de la Suya y amó a Su pueblo hasta el fin pagando el precio más alto.

¿Puedes ver el amor de Dios ilustrado en este aspecto glorioso? Considera Su amor a Su prójimo, cualquier prójimo que cruzaba Su camino. Amó de forma devocional. Amó de forma sacrificial. Los amó de forma genuina y hermosa, fueran amigos o enemigos. Por tres años caminó con un hombre que Lo iba a traicionar e iba a hacer que Lo mataran. Caminó con Judas Iscariote. Le mostró amor genuino hasta el último momento, estaba dedicado a él. No tenía miedo de sacrificar Su reputación, defender a las mujeres, defender a los publicanos y pecadores ante la élite religiosa. ¿Por qué? Porque los amaba como si fueran Suyos. Incluso amó de forma devocional a los fariseos y a los escribas al ministrarlos, predicarles y alcanzarlos. Oró por Sus enemigos que Lo crucificaron. Perdonó a un pecador arrepentido que apeló a Él en la cruz. Todo demuestra cómo cumplió la Ley de Dios.

No hay otro lugar en el que veamos una mejor exposición de la Ley moral que en la vida de Jesús. Esa es la primera manera en la que cumplió la Ley. La segunda manera en la que Jesús cumplió la Ley, desde luego, tiene que ver con Su obediencia en la cruz. Él llevó el castigo. Soportó el castigo por el pecado en nombre de Su iglesia. Puesto que eso está fuera del alcance de esta lección sobre la Ley de Dios, no tocaré ese tema por ahora.

El tercer significado del cumplimiento de la Ley tiene que ver con la obra de Jesús de escribir la Ley en los corazones y las vidas de Su pueblo. Así como la Ley en el monte Sinaí fue escrita en piedra por el dedo de Dios, de la misma forma el Espíritu de Jesús escribe la Ley en el corazón de los pecadores. En ese sentido, también está cumpliendo la Ley de Dios. Esta es una enseñanza importante y crucial, amigos míos. En Juan 3, Jesús enseñó acerca del nuevo nacimiento: “El que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (versículos 3-5). Considera las palabras no puede; no es no debe. Debe, habla de permiso. No puede, habla de condición. Él dice: “En esta condición caída no puede entrar en el reino de los cielos. [Esta es] la Ley del reino. Necesitas nacer de nuevo”. Necesitamos ser cambiados radicalmente por el Espíritu de Dios. Esa Ley tiene que estar escrita en nosotros y, por lo tanto, Pablo habla de eso en Romanos 8:4. Y la palabra cumplierse está en ese texto. Él dice de la obra de la gracia: “Para que la justicia de la ley se cumplierse en nosotros”. Ahora bien, la salvación no es solo estar separados

del pecado, sino que la salvación también consiste en ser conformados a la imagen de Jesucristo. ¡Qué hermoso prospecto! Por último, la humanidad redimida brillará resplandeciente con la imagen de Dios en la cual todos cumpliremos la Ley, como lo hizo Jesús en Su vida, en un cielo nuevo y una tierra nueva.

Ahora avancemos un poco más, volviendo a Mateo 5:18-19 brevemente. Verás que Jesús subraya la permanencia de la Ley. Hace mucho énfasis en el versículo 18: “Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”. Una jota o una tilde son signos tan diminutos en el idioma que son casi insignificantes, como nuestras comas y apóstrofes hoy en día, por así decirlo. Jesús dice: ‘Nada en la Ley será quitado. Ni siquiera permitiré que alguien haga el cambio más pequeño’. Luego, en el versículo 19, concluye con una fuerte advertencia que dice: “...cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos”.

Ahora bien, a partir de lo que hemos aprendido se puede concluir que aquí el Señor nos da una terrible advertencia sobre reescribir, ignorar o anular cualquier parte de la Ley de los Diez Mandamientos. Eso tiene sentido a partir de lo que aprendimos en las lecciones anteriores sobre la Ley como el reflejo del Legislador. Por lo tanto, la Ley no puede cambiar si el Legislador no cambia y el Legislador no cambia; Él es el mismo por la eternidad. Su carácter no cambia; por lo tanto, Su Ley no cambiará. Los Diez Mandamientos de Dios son perpetuos; preceden la creación de los ángeles y los hombres y durarán más que este mundo, para siempre en el nuevo mundo, donde hay justicia. Pablo entendió lo que eso significaba, así que, después de enseñar el evangelio maravilloso de la justificación por fe, concluyó en Romanos 3 diciendo: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley”.

Así que cerremos esta lección. El evangelio son las buenas noticias de que Dios vino a salvar a los pecadores por medio de Jesucristo, quien cumplió la Ley y murió, pagando así la condena de la Ley. En otras palabras, amigos míos, Jesús honró y obedeció la Ley tanto en su exigencia de obediencia como en su condena por la desobediencia. Donde el primer Adán falló, el postrer Adán tuvo éxito. En base a Sus propias Palabras como el que guarda la Ley, ahora Jesús dice: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar” (Mateo 11:28).

Quizá al estudiar la Ley aumenta un sentido de incomodidad en ti y en mí, a medida que vemos la imagen de lo que deberíamos ser y de cómo debería verse el amor y de cómo son los detalles de la obediencia y el honrar a Dios. Tendremos un sentido de incomodidad y de convicción de pecado. Quizá ver la santidad de Dios nos pondrá un poco incómodos. Luego, escucharemos el mensaje del Salvador: ‘Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados con culpa, inhabilidad, luchas, con su pasado, con su presente, venid a mí y yo os haré descansar’.

El descanso que Cristo da es que Él cumplió la Ley. Es decir, guardó la Ley y por medio de eso también se hizo un sustituto por los pecadores. Ahí está el descanso del perdón en base a Su sangre. Ahí está el descanso de la aceptación en base a Sus méritos, pero no hay descanso en relajarnos en la obediencia, como concluye el mismo Señor Jesús en ese versículo: “Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí...mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mateo 11:29-30). El Señor Jesús enseña más adelante en Juan 14:15, “Si me amáis, guardad mis mandamientos,” y esos mandamientos no son para nada diferentes a los que nos dio en los Diez Mandamientos en el monte Sinaí.

Así que, en las próximas dos lecciones veremos nuevamente la Ley en relación al santo y al pecador antes de entrar en el estudio de los Diez Mandamientos. Otra vez, gracias y que Dios bendiga estas palabras para ti y para mí.

## *Lección 5*

---

# LA LEY Y EL PECADOR

Desde nuestra caída, hemos perdido la habilidad en nosotros mismos de obedecer la Ley de Dios. Pero no todos perciben esa realidad. De hecho, ninguno de nosotros ve esta realidad a menos que la gracia nos despierte. Solo en ese momento, aprendemos a ver que todos estamos incluidos en la declaración de Pablo, no hay justo ni aún uno. En este módulo vamos a considerar cómo Dios trae a los pecadores a esta conciencia de sí mismos y de la necesidad del Señor Jesucristo y la salvación. A medida que lo hacemos, descubrimos que Su Ley juega un papel indispensable en esa travesía de aprendizaje.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 5

Bienvenido a nuestra quinta lección sobre la Ley de Dios. La lección de hoy se titula La Ley y el pecador y el versículo de las Escrituras que esperamos explicar y en el cual queremos reflexionar viene de Romanos 3:20, donde dice: "...por medio de la ley es el conocimiento del pecado". Aunque estudiamos en nuestras lecciones pasadas que la Ley es buena, santa y justa porque refleja a nuestro Legislador, aun así, para la mayoría de nosotros es sabido que la Ley causa incomodidad. Causa angustia en nosotros, incluso resistencia, nos hace retroceder. ¿Cuál es la razón? Desde luego, tiene que ver con la condición en la que estamos hoy como pecadores.

Desde la caída en el Paraíso nuestra relación con la Ley cambió. Ya no hay una relación amistosa entre nosotros y la Ley porque violamos la Ley. Así que, estamos en un conflicto con Dios y con el reflejo de Dios como se nos revela en Su santa Ley. Sí, la Ley solo puede hacernos una sola cosa como pecadores en este estado. Solo puede acusarnos, enjuiciarnos y exigir condenación, y todos sentimos eso intuitivamente cuando pensamos en la Ley de Dios. Así que, por la consecuencia de nuestra condición, ahora tenemos odio contra Dios y Su santa Ley.

Se habla de eso intencionadamente en Romanos 8. Consideraremos ese versículo, y Pablo habla de cómo estamos en enemistad con Dios y de cómo no podemos sujetarnos a la Ley de Dios en la condición en la que estamos hoy (Romanos 8:7). Seamos claros en que esto no es un reflejo de la Ley de Dios. No hay imperfecciones en la Ley. En Romanos 7, el apóstol Pablo comparte con nosotros su conflicto con la Ley de Dios cuando el Señor lo convirtió de verdad. Antes de su conversión, resistía la Ley de Dios. Pero después de su conversión, la resistió más cuando sintió la obstinación de su corazón dirigirse contra la Ley de Dios cuando ella lo confrontaba, particularmente en el décimo mandamiento: "No codiciarás".

Pero, en última instancia, el apóstol Pablo reasegura a sus creyentes que no hay nada malo con la Ley. La Ley es buena, santa y justa. Es nuestra pecaminosidad la que reacciona contra la santidad y la justicia de la Ley de Dios. Así que, la pregunta es: ¿Cómo puede cambiar esta condición? ¿Cómo podemos llegar a amar la Ley de

Dios como lo expresó David en su libro devocional, los Salmos?’ La respuesta breve es: ‘Esa es la obra salvadora de Dios. Él es el Único que puede cambiar nuestra condición’.

En esta lección, me gustaría explorar contigo cómo Dios usa Su propia Ley para salvar a un pecador. Permíteme precisar a qué me refiero con pecador. Un pecador es una persona muerta espiritualmente, no regenerada, no arrepentida e incrédula, como lo definen las Escrituras (por ejemplo, en Efesios 2, en los tres primeros versículos, Pablo describe a los efesios como muertos en delitos y pecados). Así que propongo considerar el uso de la Ley que Dios emplea en nuestra salvación. En primer lugar, consideremos por un momento lo que no es la Ley en nuestra salvación. Y, en segundo lugar, veamos cómo Dios usa la Ley para traernos al conocimiento de la salvación.

Así que, el propósito de la Ley en la vida de un pecador no es instruirnos en cómo ser salvos de nuestro pecado y nuestra culpa. Antes que Adán y Eva rompieran su pacto con Dios, guardar la Ley o la obediencia por obras era el camino a la vida. Dios les prometió la vida eterna, la calidad de vida y una relación con Él más profunda, al obedecer. Ese era el propósito original de la Ley, el camino a la vida. “Haz esto y vivirás”, vivirás en una relación con Dios cada vez más profunda, a la cual se le llama la vida eterna, en el Nuevo Testamento, la mayoría de las veces. Pero, ya no estamos en esta condición espiritual del Paraíso. Como ves, aquí es donde erraron los judíos fariseos. En esencia, aquí es donde yerra toda religión que no sea cristianismo puro.

Los fariseos vieron la obediencia a la Ley como el camino a la vida. No vieron la diferencia en el contexto de la Ley en el Paraíso y la Ley en el Sinaí, pero el contexto había cambiado radicalmente. Incluso aunque la Ley sea la misma, es decir, aunque la Ley original del Paraíso y la exposición de esa Ley original en el monte Sinaí sea la misma, el contexto en el que Dios la da no es el mismo. Recuerda que el Paraíso era el contexto del pacto de obras. La Ley estaba dirigida a estos padres originales: ‘Anda, haz y vivirás’. ¿Cuál era el contexto del monte Sinaí? Ya no es el pacto de las obras; ese es el contexto del pacto de la gracia.

A medida que veamos los Diez Mandamientos especialmente, te darás cuenta de que la declaración de apertura, comúnmente conocida como el preámbulo, habla de libertad, habla de gracia: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”. Te das cuenta de que Dios les recordó la relación “Yo soy Jehová tu Dios”, una relación de gracia. Es importante entender esto, pues aquí los fariseos no podían entender incluso el ministerio de Jesús. Pablo necesita, tristemente, compartir cómo veía a los romanos como sus hermanos en la carne, por así decirlo. Describe en Romanos 10 el error fatal, en cuanto a la salvación, al que los judíos se aferran. Escucha esto, dice en Romanos 10:2-3: “Porque yo les doy testimonio de que tienen celo de Dios”, son celosos, son sinceramente celosos, pero no según el conocimiento, “porque ignorando la justicia de Dios” u obediencia a la Ley de Dios, “y procurando establecer la suya propia”, en su propia obediencia a la Ley, “no se han sujetado a la justicia de Dios”, que es la justicia que Él proveyó en los hechos y la muerte de Su Hijo Jesucristo.

Así que, es esencial que entendamos que la Ley en relación con nosotros los pecadores no ha sido dada como el camino a la vida. Entonces, ¿cuál es el propósito de la Ley en relación con nosotros como pecadores? En primer lugar, es la herramienta de diagnóstico de Dios para convencernos de nuestro pecado, para confrontarnos con la desesperanza e incapacidad de nuestra condición. Recuerda que Romanos 3:20 dice: “...por medio de la ley es el conocimiento del pecado”. En Romanos 7:7 el apóstol de alguna manera explica esto un poco más cuando dice: “¿Qué diremos, pues? ¿La ley es pecado?” ¡Para nada! “Pero yo no conocí el pecado sino por la ley; porque tampoco conociera la codicia, si la ley no dijera: No codiciarás”. Notarás cómo comparte que su conocimiento de su propio pecado vino por la herramienta de diagnóstico que Dios usó en la Ley. “Por medio de la ley es el conocimiento del pecado”. Eso quiere decir que Dios usa Su Ley para que entendamos el diagnóstico de lo que ahora somos ante Su santa mirada. Dios usa Su Ley como un espejo puesto delante de nosotros, ¡cuán lejos estamos de la marca, qué feos somos! Incluso si nos cubriéramos con las hojas de higuera de las cosas religiosas y las buenas obras, aún estamos desnudos, por así decirlo, delante de Sus ojos, avergonzados y pecaminosos.

Ahora bien, la Ley se emplea para enseñarnos eso. Estamos ciegos por esta condición. Como se resume en Efesios 2 y 3, estamos ciegos a la condición en la que estamos. No sentimos el pecado como pecado. No nos damos cuenta de cuán malo es el pecado hasta que Dios viene con Su Ley para hacernos sentir y ver lo que significa ser un pecador. No importa cuánto escuchemos el evangelio, amigos míos, simplemente no estaremos interesados en

el mensaje hasta que sintamos el dolor, hasta que sintamos el cáncer espiritual, hasta que tengamos conocimiento del pecado.

Permíteme poner un ejemplo. Una vez, tuvimos un gran cirujano en nuestra ciudad en la que ya he vivido por muchos años. Trata a muchas personas cada semana. Reemplaza rodillas, cinco o seis cada semana, y ha hecho esto por 15 años. Puede que yo haya oído de él alguna vez, pero no le presté ninguna atención. No sabía de él. No lo necesitaba hasta que me empezó a doler tanto la rodilla que no podía dormir o sentarme, era muy doloroso. Entonces, fui a buscar al cirujano, no antes, y recuerdo que al ir a él le dije: “No me hace falta una gran cirugía. Yo sé lo que necesito. Me hace falta una pequeña reparación”. Él dijo: “Amigo, hagamos una radiografía. Veamos cuál es el problema”. Vi el problema. Sentí el problema y me sometí a una cirugía de reemplazo de rodilla en mi propio cuerpo. Ahora bien, esa ilustración solo es para [mostrar] un uso [de la Ley]. Así es como Dios usa la Ley. Este es el caso con todos nosotros.

No es sino hasta que sentimos el dolor del pecado, no es sino hasta que tenemos un sentido de la carga del pecado (o si vemos o probamos la amargura del mal del pecado y nos damos cuenta de la relegación de Dios que hemos causado por nuestros pecados cuando nos sacó del Paraíso, es decir, fuera de Su comunión), no es sino hasta que sentimos esas cosas que nos tomamos en serio el mensaje del evangelio de Jesucristo. Así que, para tomárnoslo en serio, Dios usa la Ley para traernos convicción de pecado, para hacernos sentir la necesidad de un Salvador más grande que nosotros mismos. Él usa la Ley como un martillo para humillarnos, para moler ese orgullo, esa resistencia que vive dentro de nosotros que Pablo describió en Romanos 7.

Ahora bien, estoy de acuerdo con que ese despertar es una dura realidad. Si súbitamente recibiera el mensaje de que tengo un cáncer incurable, mi vida se desmoronaría como un castillo de naipes. Bueno, del mismo modo es espiritualmente. Cuando Dios usa Su Ley para hacernos entender la condición en la que estamos, [entonces] sí, sentimos miedo. Nos hace vulnerables [y] nos avergüenza, pero cuán necesario es esto para abrir nuestros corazones al Señor en Su salvación. Esa no es nuestra reacción típicamente. Nuestra primera reacción es: ‘Vamos a cambiar. Vamos a mejorar. Déjame hacer algo’. Ahora bien, esa es una acción inútil, pues no importa lo que hagamos, todo lo que hacemos no alcanza el estándar de perfección de Dios. Incluso nuestras mejores obras, escribe el profeta en Isaías 64, “son como trapos de inmundicia” (versículo 6).

Explorar nuestra condición espiritual en más detalle está fuera del alcance de esta lección. Te insto a reflexionar en tu propio diagnóstico como lo describen las Escrituras. Echa un vistazo a Romanos 3:10-18, o mira lo que dice Marcos 7:20-23 para estudiar el diagnóstico que Dios da de nosotros, los humanos, en Su Palabra. Y ¿por qué es necesario eso? Para que toda boca deje de excusarse, de minimizar, de negar, de objetar ante la Ley de Dios. Para que todos seamos culpables delante de Dios. Así lo pone Romanos 3. Eso nos hace dispuestos a escuchar el mensaje del evangelio y ese es, consiguientemente, el segundo gran uso en el que Dios emplea la Ley. Él emplea la Ley para llevarnos, a nosotros los pecadores, a Jesucristo.

Vayamos a Gálatas 3:24, donde Pablo declaró este uso de la Ley con estas palabras. Él dice: “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe”. Esa última parte es el evangelio: justificados por la fe. Entendamos lo que significa la palabra ayo. En la cultura griega, un ayo era alguien que buscaba a los niños y los llevaba a la escuela para que fueran enseñados por un maestro. En nuestra cultura podríamos llamar “ayo” al conductor del autobús escolar. Eso era todo lo que era. No era un maestro. Era el medio o la persona que guiaba a los niños a la escuela para que fueran enseñados. Cada día hacía lo mismo. Cada día daba vueltas y buscaba a los niños para traerlos a la escuela.

Ahora, Pablo usa esa idea cultural del ayo para comparar cómo Dios usa la Ley para traernos al Señor Jesucristo. La Ley no nos salva. La Ley no tiene habilidad para salvarnos. Solo puede acusar al pecador, pero Dios la usa en Su ministerio del Espíritu para traernos al Salvador. Así que es extremadamente importante que entendamos bien esta relación entre la Ley y el evangelio y que nunca los mezclemos o eliminemos uno de ellos.

Por lo tanto, déjame unir estas cosas por un momento: Cómo funcionan juntos la Ley y el evangelio para el ministerio salvador de Dios. Piensa en la Ley como el sirviente de la corte que nos trae delante del trono de la gracia. Ahí es donde Él quiere que vayamos. Por eso envió la Ley como el sirviente de la corte que convence de pecado, se hace de nosotros y nos intranquiliza para llevarnos a Cristo. La Ley dice: “Haz”, y entonces comenzamos a darnos cuenta de que no podemos hacerlo y que hicimos lo incorrecto y somos culpables. Y Dios usa

la exigencia que no podemos cumplir para traernos al evangelio de Jesucristo, y el evangelio de Jesucristo dice: “Está hecho”. Así que, Él usa el “haz” para traernos al “está hecho” de la obra de Cristo.

Otro ejemplo: Dios usa la Ley como la jeringa en la mano del doctor. Tiene esta jeringa y esta inyección con una medicina y quiere poner esa medicina bajo nuestra piel. ¿Qué hace? Pincha la piel con la jeringa. Eso duele. No sana. No, la Ley no sana. La Ley pincha. Pero esa es la forma en la que esa jeringa se mete en nuestra piel para que Él administre la medicina en el cuerpo. Y así, Dios usa la Ley otra vez en Su ministerio para traernos al evangelio.

Aprendimos anteriormente que el ayo hace esta obra cada día, no solo una vez, sino cada día. Eso también es verdad en la vida espiritual. A medida que la Ley nos perturba, inicialmente para que busquemos al Señor Jesucristo, así continúa siendo una fuente de convicción de pecado, incluso en la vida de los santos de Dios. [Esto es] especialmente [verdad] más y más a medida que miramos a la persona de Jesucristo, como lo vimos en nuestra lección anterior, y observamos en Él el cumplimiento de la Ley en la manera en la que vivió, en la manera como se condujo, en la manera en la que nos alcanzó, en la manera en la que se negó a Sí mismo, cómo amó a Su Padre [y] amó a otros.

Amigos míos, mientras más vemos esa imagen de la Ley, también en la vida de la gracia, más convicción de pecado y más necesidad de Cristo experimentaremos. Así que, los santos de Dios, aunque están plenamente justificados por la fe, aún no están plenamente santificados hasta que sean glorificados. El apóstol Pablo confesó eso en Romanos 7:14. Hace una declaración sorprendente: “...mas yo soy carnal, vendido al pecado”. Siendo regenerado, todavía dice: “veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley del amor a Dios. Veo su guerra dentro de mí” (Romanos 7:21-23).

¿Eso por qué? Esto es lo que Pablo escribe en Romanos 8:7. Dice: “Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden”. Los designios de la carne, la enemistad, no pueden sujetarse a la Ley de Dios. Verás, cuando Dios salva a una persona, no convierte al viejo hombre carnal. Hace que muera de hambre y lo somete, y al final, en el día de nuestro deceso, Él nos redimirá del cuerpo de muerte que arrastramos. De esta manera, la Ley continúa siendo una fuente de convicción de pecado, también en la vida de los santos de Dios, o por así decirlo, continúa siendo un ayo para traernos al Señor Jesús.

Así que, ahora que concluimos juntos, te animo a tener algunas reflexiones personales sobre tu travesía espiritual y tu relación con la Ley de Dios como pecador, pues los fariseos de los días de Jesús no están extintos en nuestros días. Es fácil para nosotros caer otra vez en su error, lo cual, oficialmente, se llama legalismo o salvación por obras. Examina eso en ti mismo, cuán fácil es para nosotros pensar de esa manera. Esta forma de pensar nos es conocida. Seamos honestos.

Actuamos en ese nivel cada día en nuestra vida diaria natural. Sabes que trabajas duro para salir adelante. Sé bueno y serás ascendido. Complace al jefe y puede que te dé un aumento. Así es como actuamos. Pensamos que la obediencia en base a las obras, en base al mérito, trae bendición y esta forma de pensar se siente muy natural para nosotros porque también nos relacionamos una vez así con nuestro Creador, cuando estábamos en el Paraíso. Siempre estuvimos actuando en base a eso, [nuestra obediencia a la Ley], para merecernos una comunión más cercana con el Señor. Sabíamos que, en ese momento, la obediencia era el camino a la vida; pero ese ya no es el camino.

Hoy, Jesús es el camino a la vida. “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6), dice el Señor Jesús. Eso quiere decir, a través de Él quien, en Sus hechos y Su muerte, se convirtió en nuestro camino a la vida otra vez. Y puesto que pensar en términos de la gracia es tan poco natural para nosotros, Pablo llama el evangelio en Jesucristo la sabiduría oculta de Dios. Si tomas un momento para leer 1ª de Corintios 2, verás eso bellamente desarrollado por el apóstol. Viene con esta declaración: “Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre” (versículo 9). Ahora bien, a menudo relacionamos ese versículo con el cielo, pero en el contexto, está relacionado con la sabiduría de Dios, como se revela en la persona y la obra de Jesucristo. Nunca pudiéramos haber pensado el camino de la gracia. No está en nosotros. Necesita venir desde afuera de nosotros. Así que, amigos míos, la pregunta que todos tenemos que enfrentar es la pregunta que está en el versículo con el que comenzamos: ¿Ha usado Dios la Ley para traernos al conocimiento de pecado, que a su vez también puede ser usado como el ayo que nos trae al Señor Jesucristo?

Entonces, permíteme concluir haciéndote algunas preguntas para que las consideres en tu reflexión personal. ¿Amas a Dios con toda la intensidad de tu corazón como Jesús lo hizo? ¿Todo el tiempo? ¿Sin hacer compromisos? ¿Dedicándote desde la mañana hasta la noche a hacer todas las cosas solo para Su gloria, incluso cuando es muy costoso para ti? ¿Incluso cuando era inconveniente para ti? ¿Incluso si traería las burlas del mundo? ¿Incluso si nos pide que paguemos el precio más alto? Por medio de la Ley, este espejo lleno de todo lo que pudimos ver perfectamente en Jesucristo, es el conocimiento del pecado.

Preguntemos sobre la segunda parte de la Ley. ¿Amas a tu prójimo como a ti mismo? ¿Pasamos tanto tiempo consolando a nuestro prójimo como lo pasamos consolándonos a nosotros mismos? Es un estándar alto, ¿no es así? ¿Estamos dispuestos a sacrificar algo que queramos mucho para amar a otros como nos amamos a nosotros mismos? Y no solo por nuestros amigos y familia. Preguntemos sobre nuestros enemigos: Los que nos odian, los que nos maldicen. ¿Amamos a nuestros enemigos como Jesús amó, que estando en la cruz y en toda la agonía oró por sus enemigos, “Padre, perdónalos”? Esto es amor y esto es la Ley. Mientras consideramos esa imagen, ¿qué te hace? ¿Alimentamos a nuestro enemigo cuando él o ella tiene hambre? Eso es lo que Dios el Padre hace cada día cuando hace brillar Su luz y hace llover sobre justos e injustos (Mateo 5:45).

¿Por qué hago estas preguntas? ¿Puedes sentir cuán destituidos estamos de la gloria de Dios en nuestra vida? Ese es el propósito. ¿Por qué? Pues porque, amigos míos, solo esto nos hará ver la belleza y la necesidad del Señor Jesucristo para nosotros personalmente. Escucha esto. Como si fuera poco, el apóstol escribe en Gálatas 3:10: “Maldito todo aquel que no permaneciere en todas las cosas escritas en el libro de la ley, para hacerlas”. Eso es penetrante. Eso es un diagnóstico terrible y también una sentencia terrible: Malditos porque no guardamos todas las cosas escritas en el libro de la Ley. No, no es cómodo enfrentar esta oscura realidad de la radiografía espiritual de Dios, pero es necesario para que podamos aprender con el apóstol Pablo, como confesó en Filipenses 3:9, contando como pérdida todas las cosas que antes contaba como ganancia. Luego, se expresó: “Oh, ser hallado en Él”, Jesús, “no teniendo mi propia justicia, que es por la ley”, la cual no tenía—ahora lo veía—“sino la que es por la fe de Cristo, la justicia que es de Dios por la fe”.

Así que, en nuestra próxima lección exploraremos la Ley otra vez, ahora en relación a los santos: los que han recibido la gracia. ¿Cómo funciona la Ley en sus vidas? Que el Señor bendiga estas lecciones y multiplique su fruto mientras reflexionamos en esto juntos. Gracias.

## *Lección 6*

# LA LEY Y EL SANTO

Nadie es más bienaventurado que aquellos que son llamados los santos de Dios. Salvos por gracia, guardados por la gracia, guiados por la gracia y, por último, transferidos del reino de la gracia al reino de la gloria. En pocas palabras, esa es la definición del evangelio de la gracia de Dios. Pero ¿cuál es el papel y el lugar de la Ley de Dios en la vida de los redimidos? ¿Estamos ahora por encima de la Ley desde que Pablo escribió a Timoteo: "...conociendo esto, que la ley no fue dada para el justo, sino para los transgresores y desobedientes, para los impíos y pecadores?"

En este módulo rastreamos la enseñanza de la Ley de Dios en la vida de los santos de Dios.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 6

Saludos, amigos. La lección de hoy se llama La ley de Dios y el santo. Me gustaría enmarcar la lección en dos pasajes de las Escrituras, uno de Romanos 8:29: 'Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo'. Una verdad similar aparece en Efesios 1:4: "Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él". A partir de estos dos versículos queda claro que el propósito definitivo de Dios en la salvación es que sean conformados al Señor Jesucristo. En otras palabras, Él quiere restaurar la gloria original de la imagen de Dios y hacer que los redimidos vivan y amen según la Ley de Dios. Así que la manera en la que propongo cubrir el tema hoy es ver tres preguntas brevemente. La primera, ¿qué es exactamente un santo? En segundo lugar, ¿cuál es el propósito de Dios en la salvación del pecador? Y en tercer lugar, ¿cuál es el lugar de la Ley en la vida de los santos? Así que, veamos estas tres preguntas en orden.

Entonces, en primer lugar, ¿qué es un santo? Un santo es alguien que está unido por la fe al Señor Jesucristo. Esa definición va mucho más allá, o es más profunda, que simplemente decir que alguien es cristiano. El Señor Jesús habla en Apocalipsis 3 sobre los que tienen nombre de que viven. Tenían nombre de que eran cristianos, pero estaban muertos. Judas Iscariote era uno de los discípulos más cercanos a Jesús. Aun así, parece que no era un santo; no estaba unido al Señor Jesucristo por la fe. Así que un santo es un pecador llamado y regenerado por la gracia del Espíritu Santo. Antes era una rama infructífera conectada a su cabeza del pacto en Adán, de donde nunca habrá fruto. En el tiempo de Dios, son vivificados e injertados en la vid verdadera, y son nacidos de nuevo o resucitados espiritualmente.

En segundo lugar, un santo puede verse como una obra en progreso, la obra de Jesús en progreso, para ser exacto. Efesios 2:10 dice: "Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas". Ahora bien, esta declaración es un evangelio en sí misma.

Somos hechura Suya. Dios está obrando para hacer un santo de un pecador. Por último, vendrá el día en el que Él presentará Su obra acabada delante de Su Padre como una novia sin mancha ni arruga, inocente delante del trono de Dios y es en ese momento en el que hace pasar a Su pueblo del reino de la gracia al reino de la gloria.

Un santo no se siente necesariamente santo en esta vida terrenal. Esa no es una verdad consoladora, pero puede ser consolador reconocerla como verdad. Un verdadero creyente se identificará con la lucha que el apóstol Pablo describe en Romanos 7. Esa es la lucha de todos los santos. Pablo dice que se deleitaba en la Ley de Dios en el hombre interior. Aun así, dice: hallo esta otra ley en mí, que me lleva cautivo, o que quiere llevarme cautivo, para servir a Satanás y al pecado. Esta realidad era una guerra constante en el apóstol Pablo y lo hace anhelar el día de Jesucristo. Él sabe que cuando Él venga, transformará su vil cuerpo a la semejanza del cuerpo glorioso de Cristo.

Así que, puesto que es una lucha ser santo, cada santo debe prestar atención a la exhortación que Jesús da en Juan 15, cuando dice: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí” y luego concluye esa declaración diciendo: “...porque separados de mí”, o, sin mí, “nada podéis hacer”. Por lo tanto, Jesús anima a las personas a no depender de sí mismas, sino de Él como la vid y la fuente. Entonces, solo cuando lo hacemos y cuando permanecemos en Cristo podremos alcanzar el llamamiento supremo de los santos.

Ese es el tercer punto acerca de los santos. Los santos tienen un llamamiento supremo. Han sido llamados a ser irrepreensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecen como luminas en el mundo. Esa declaración en Filipenses 2, en pocas palabras, quiere decir que nuestro llamado es a reflejar la gloria de la santa Ley de Dios en amarlo a Él y a nuestro prójimo en el grado en el que el Señor Jesús amó y vivió la Ley de Dios.

Afortunadamente, nuestro llamamiento supremo está vinculado con la hechura del Señor Jesucristo a la que hice alusión anteriormente, y ambas cosas se combinan bellamente en Filipenses 2:12-13. Pablo está hablando a los santos en Filipos, y escucha cómo se dirige a ellos. Dice: “Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, no como en mi presencia solamente, sino mucho más ahora en mi ausencia, ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad”. Cada santo tiene la responsabilidad de ocuparse de los detalles de su salvación, la realidad de vivir como la luz en el mundo que obró los detalles de su vida. Pero, no se nos deja por nuestra cuenta en este llamado trascendental. Dios está obrando tanto para que estemos dispuestos como para que seamos capaces, por Su buena voluntad.

Así que, habiendo visto al santo, naturalmente llegamos a nuestro segundo punto principal, es decir: ‘¿Cuál es el propósito principal de Dios en la salvación del pecador y de convertirlo en un santo?’ Déjame representar eso con una imagen de la vida que nos rodea diariamente. Piensa en las personas que se dedican a restaurar carros viejos: carros oxidados, golpeados, destrozados y desmantelados. Cuando por fin encuentran una de esas chatarras, se ponen a trabajar. Es un trabajo pesado: raspar, enderezar, reemplazar, pulir, pintar. Al final, después de mucho trabajo, presentan el carro viejo tan bueno como si fuera nuevo y lo exhiben para mostrar su logro.

Ahora bien, la salvación de Dios no es exactamente así. Su propósito no es hacernos tan buenos como si fuéramos nuevos. Su propósito es tomar a un pecador directo y hacerlo tan bueno como él o ella era originalmente. Es la obra de restauración. Dios encuentra a Su pueblo en la chatarrería del mundo (piensa en los efesios) o los encuentra en la vitrina de la iglesia (piensa en Saulo de Tarso). Pero, dondequiera que los encuentre, están en la misma condición espiritual. Tito 3:3 resume la condición en la cual Dios encuentra, o la manera en la que Dios encuentra, a todo Su pueblo. Pablo escribe: “Porque nosotros también”. Mira cómo se incluye. “Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros”. Y ahora es la obra de Jesús y Su hechura, en la obra de su restauración total, renovar al pecador según Su propia imagen. Cada línea de esa gloria original en la cual fuimos creados, cada parte de nuestra persona, es Su propósito hacernos tan buenos como el original.

Él hará crecer el fruto del Espíritu y nos conformará plenamente según Él mismo, y eso quiere decir reflejar amor devocional a Dios y a toda Su creación. A propósito, al alcanzar esa meta, eso nos trae nuevamente a la felicidad definitiva que una vez llenó a la raza humana en su comunión con Dios y el uno con el otro. Así que, en

resumen, el propósito de Dios en la salvación es que cada santo cumpla la Ley a la perfección, así como escuchamos anteriormente en la serie de lecciones sobre Jesús: "...no he venido para abrogar, sino para cumplir" (Mateo 5:17). De la misma manera, amigos míos, el propósito de la salvación es que Dios cumplirá la Ley en la vida de cada santo. ¿Sientes en el alma esta hambre de ser santo? ¿Sientes en tu corazón ese deseo de estar plenamente dedicado y conformado al Señor Jesucristo en el amor y en el andar de tu vida y de reflejar al Creador en Su gloria? Oh, y si puedes ver eso en ti mismo, entonces regocíjate. Porque Dios ha comenzado una buena obra en ti y Él la terminará hasta el día de Jesucristo. Eso nos lleva a nuestra última declaración: ¿Cuál es el lugar o el papel de los Diez Mandamientos en la vida de los santos?

Ahora bien, algunos responden que los detalles de los Diez Mandamientos ya no son importantes para el creyente del Nuevo Testamento. Su apelación a las Escrituras son algunos pasajes del Nuevo Testamento en Romanos y también algunos en Gálatas, pero me enfocaré en Romanos en esta lección. Por ejemplo, se apela a Romanos 13:8, que dice: "No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley". En el versículo 10, Pablo añade: "El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor". Así que, siempre y cuando amemos, cumplimos la Ley. Esa es la conclusión a la que se llega. Se apela a Romanos 6:14 donde dice: "...pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia". Así que ya no tenemos nada que ver con los rígidos Diez Mandamientos, pues ya no estamos bajo la Ley, sino bajo la gracia.

Ahora, examinemos brevemente la manera de pensar que está detrás de esta opinión de que el creyente del Nuevo Testamento no tiene que observar los detalles de los Diez Mandamientos. En primer lugar, reflexiona en las lecciones pasadas, el viaje que hemos hecho juntos en nuestro estudio. Aprendimos que el carácter del Legislador se refleja en la Ley. Ahora bien, si la Ley lo refleja a Él en Su gloria esencial, si fuimos creados para brillar con la perfección del reflejo de nuestro Creador, entonces ¿por qué la obra de restauración que Jesucristo está haciendo en Su Iglesia no incluye vivir según la Ley de Dios como Dios mismo la explicó en el monte Sinaí? Como creyentes del Nuevo Testamento, ¿no debemos defender la santidad del matrimonio y dejar de matar a otros y ser honestos y rectos? ¿No son los creyentes del Nuevo Testamento llamados a mostrar su amor devocional a Dios y el uno al otro como se requería de Adán y Eva?

Amigos míos, ¿en qué lugar alguno de los apóstoles llevó la enseñanza de Jesús en la dirección de que 'los detalles nos son importantes, hermanos, siempre y cuando se amen el uno al otro no se preocupen por los detalles'? Si estudias los libros del apóstol Pablo, notarás que la mitad del libro se dedica a los detalles de cómo vivir, cómo interactuar, cómo amar y cómo hablar. De hecho, en varios lugares se hace referencia a o se citan las leyes del Nuevo Testamento en las diferentes exhortaciones. Lo que quiero decir es que los diferentes mandamientos de los Diez, están a través del Nuevo Testamento repetidos de diferentes maneras, en varias exhortaciones. Los eruditos han encontrado en el Nuevo Testamento 14 citas y 12 alusiones verbales a los Diez Mandamientos. Eso hace a Éxodo 20, además de Isaías 53, el pasaje del Antiguo Testamento más citado en el Nuevo Testamento. Creo que eso dice algo de cuán importantes son los Diez Mandamientos para los creyentes del Nuevo Testamento.

Ahora bien, el segundo punto que aprendimos es que Jesús no vino para abrogar la Ley, sino para cumplirla. Él cumplió la Ley amando a Dios y a Su prójimo. Él no la reemplazó con amor. Él cumplió los detalles de la vida de obediencia. Desde luego, el elemento más importante de nuestra obediencia y de nuestras acciones es que deben estar motivadas por el amor o moldeadas por el amor, y ese amor debe ser la motivación y el espíritu de cualquier acto de obediencia que mostremos a las autoridades, hacia iguales y hacia Dios. Ese es el punto de Romanos 13. Pablo dice: Lo que debe estar detrás de nuestras acciones debe ser el amor. El amor es el cumplimiento de la Ley y aun así, la Ley nos da las instrucciones y los detalles de cómo amar a Dios y a nuestro prójimo.

Ahora, en tercer lugar, también aprendimos que Jesucristo cumple la Ley escribiéndola en los corazones de Su pueblo. Esa era la promesa en Jeremías 31:33. Ahora, ¿de qué Ley estaba hablando Jeremías? La única Ley que él conocía que podía ser escrita en el corazón de las personas es la misma Ley que Dios había escrito en las tablas de piedra como reflejo perpetuo de Su gloria original.

En cuarto lugar, amigos míos, también hemos aprendido que las leyes de Dios fueron hechas para promover y preservar el gozo y la belleza de la relación con Él y con los demás. Solo cuando honramos las normas de la relación experimentaremos la belleza de la santidad y la comunión. Ahora bien, ¿por qué no debería ser ese el caso en cuanto a los creyentes del Nuevo Testamento? ¿Por qué las normas de la relación que Dios pone en los Diez Mandamientos ya no son válidas para nosotros en los días del Nuevo Testamento? Decir que lo único que Dios

quiere es que lo amemos a Él y a nuestro prójimo y que no debemos preocuparnos por los detalles, es como si yo dijera a unos recién casados el día de su boda: 'Ahora que están casados, no se preocupen por cómo viven. No se preocupen por lo que hagan, siempre y cuando se amen el uno al otro'. Sabes que tal matrimonio no florecerá si no se consideran los pequeños detalles, las jotas y las tildes en nuestras interacciones diarias.

Entonces, ¿qué hay de las palabras de Pablo en Romanos 6:14? Él dice: "...pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia". Amigos míos, el contexto de ese capítulo es la primera pista para nuestra respuesta. Si lees todo el capítulo 6, sabes que esa es la respuesta de Pablo a los que dicen que no importa cómo vivamos mientras estemos vivos, pues estamos bajo la gracia. Jesús luchó con los fariseos en Sus días que engrandecían la Ley en su relación de aceptación con Dios, la salvación por obras. Pero en Romanos 6, Pablo está luchando contra otro grupo de personas que minimizan la Ley y la obediencia. Habían convertido salvos por gracia en una licencia para pecar. No se tomaban la Ley de Dios lo suficientemente en serio, y ese es el contexto de Romanos 6.

Así que, cómo responde Pablo a esta idea: "¿No nos preocupemos por cómo vivimos?" Ahora bien, es un capítulo muy denso y complejo. Solo sacaré de él dos o tres pensamientos para ti. En primer lugar, Pablo dice que si estás unido a Cristo, es imposible vivir en pecado. En este capítulo, Pablo está escribiendo sobre estar en Cristo. ¿Sabías que Pablo dijo más de 120 veces en el Nuevo Testamento que el creyente está en Cristo y que compartimos Su vida y Su muerte? Esa unidad, que compartimos con Él, está representada en el bautismo, como lo señala en los versículos cuatro y cinco: "Porque si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección". Así que, se observa ese compartir. ¿Cuál es el propósito de ese compartir?

El versículo seis nos dice que "sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado". Ese es el propósito. Esta unión tiene el propósito de que llevemos el fruto de que no pequemos, o para ponerlo de forma positiva, de que reflejemos la Ley de Dios viviendo santamente. El segundo punto que Pablo señala en este capítulo es: Cristo es tu nuevo Maestro, ya no estás bajo Satanás, bajo el pecado o bajo la Ley, de la manera en la que antes lo estabas, sino que ahora estas bajo el nuevo Maestro, Jesucristo, [y] bajo la vida de gracia. Antes de ser salvos, estábamos bajo el dominio del pecado y de Satanás. Ahora, al estar bajo la gracia redentora de Jesucristo, ya no estamos bajo la esclavitud y la maldición de la Ley. Ahora bien, ese es un cambio y una libertad radical y gloriosa. Eso es lo que Pablo quiere señalar en esa declaración: 'Ya no estamos bajo la ley, hermanos. Estamos bajo la gracia. Ya no servimos a Satanás. Ya no estamos en la esclavitud de nuestro maestro anterior. Ahora estamos en la gracia bajo nuestro nuevo Maestro, el Señor Jesucristo'.

Por lo tanto, Pablo exhorta a los creyentes romanos a no considerarse más como esclavos del pecado y de Satanás. Más bien, a reconocer que pertenecen a Jesús, y él dice eso en varios versículos. Por ejemplo, el versículo 12: "No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal, de modo que lo obedezcáis en sus concupiscencias". "¿No sabéis que si os sometéis a alguien como esclavos para obedecerle, sois esclavos de aquel a quien obedecéis, sea del pecado para muerte, o sea de la obediencia para justicia?" (versículo 16). Entre estos dos versículos, te darás cuenta que Pablo repite que estamos muertos para el pecado. En el versículo dos, en el versículo siete y en el versículo 11, hace la declaración: muerto al pecado.

Hay dos formas de explicar esta declaración. Una es, decir que muerto al pecado significa que estamos muertos a la maldición del pecado. La otra forma es que eso significa que estamos muertos al reino, dominio y autoridad del pecado. Ambas interpretaciones son verdad, pero en el contexto, la segunda encaja mejor. El pecado aún está presente. El pecado aún está buscando lo suyo. Pero recuerda, estando unidos a Jesús, ya no tiene derecho sobre nosotros. Así que, en pocas palabras, Pablo dice: 'Verás, cuando el pecado y Satanás, tus maestros anteriores, vengán a tocar tu puerta, diles: Ya no. Estoy muerto para ti. Ya no eres mi maestro. Todos mis miembros ahora pertenecen a mi nuevo Maestro, Jesucristo. Cedo mi lengua, mis ojos, mis manos y todo a Él para que lo sirvan como instrumentos de vivir en justicia para Jesús, mi nuevo Maestro'.

Así que, para resumir este capítulo entero en una frase corta, en ningún lugar del capítulo 6, ni más allá, sugiere Pablo que no necesitamos preocuparnos por los detalles de la obediencia a la Ley de Dios, amigos míos. La enseñanza de que somos justificados por fe sin las obras de la Ley nunca lleva a Pablo a enseñar, en ningún lugar, que tenemos una licencia para pecar o para vivir como queramos. Así que, al sintetizar todo, la Ley de Dios sigue siendo la norma de vida para los creyentes. Al haber sido redimidos, cada santo preguntará: "¿Qué pagaré a

Jehová por todos sus beneficios para conmigo?” Ahora bien, Jesús respondió a esa pregunta. Él dijo: ‘Muestra tu amor a mí y a mi Padre guardando mis mandamientos, honrando mi voluntad, reflejando mi carácter, siguiendo mis pisadas, siendo la luz del mundo como Yo lo soy’.

Un predicador lo resumió bellamente de esta manera: “La Ley nos envía el evangelio para que seamos justificados. El evangelio nos devuelve a la Ley para que preguntemos cuál es nuestro llamado ahora que estamos justificados”. Ahora bien, ¿por qué es tan importante enfatizar esto los unos a los otros? En primer lugar, porque da honra a nuestro Legislador a medida que lo reflejamos en la práctica de nuestra vida diaria. En segundo lugar, porque esa es la única manera de experimentar la comunión con Dios como Jesús nos lo enseñó en Juan 15:10-11. Él dice: “Si guardareis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre, y permanezco en su amor. Estas cosas os he hablado, para que mi gozo esté en vosotros, y vuestro gozo sea cumplido”. No había un gozo más grande para Jesús que experimentar la comunión con Su Padre. De la misma manera, no hay gozo más grande [para] ti y para mí, [que] experimentar la comunión con el Padre y con el Hijo. Y eso siempre ha sido y será en el contexto de la santidad.

Amigos míos, estamos listos para acercarnos un poco más al monte Sinaí. Te pido que, para la próxima lección, leas cuidadosamente Éxodo 19 y así prepararnos para el estudio de la Ley del Señor en el monte Sinaí. Gracias, y que Dios te bendiga.

## *Lección 7*

---

# LA LEY EN EL MONTE SINAÍ

Inolvidable y profundamente conmovedora fue la escena en el monte Sinaí cuando Dios proclamó su eterna Ley al pueblo de Israel. Jóvenes y ancianos, incluidos todos los líderes de Israel, temblaron y retrocedieron con sagrado asombro. Nunca antes ni desde entonces Dios ha hablado como lo hizo en el monte Sinaí. Solo la voz de Dios, tal como se escuche en el regreso de Jesús en las nubes del cielo y la tierra, se comparará a esta majestad de Dios.

Pero, ¿por qué Dios eligió mostrarse ante Su pueblo redimido Israel de esta conmovedora manera? Él nunca ha hecho nada sin un propósito, y ciertamente Su propósito para aquel momento debe tener un significado para nosotros hoy.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 7

Bienvenidos de nuevo, queridos amigos. La lección de hoy es sobre la Ley en el monte Sinaí, y la mejor manera de capturar el escenario es escuchar primero lo que Moisés describe en Éxodo 19, particularmente en los versículos 16 y 18 cuando describe la increíble escena que el Señor mostró en la cima del monte. “Vinieron truenos y relámpagos”, escribe, “y espesa nube sobre el monte, y sonido de bocina muy fuerte; y se estremeció todo el pueblo que estaba en el campamento”. Y mientras la gente estaba parada al borde de la montaña, toda la montaña desprendía humo, porque el Señor descendió en fuego. Y en ese contexto, se quedaron allí mirando esta increíble y majestuosa exhibición.

La voz de Dios habla: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”. El Legislador pronuncia las palabras que más tarde literalmente grabó en piedras y, a pesar de que juntos hemos investigado el carácter del Legislador y hemos visto que Él es amor devocional, sincero y puro, es notable ver que Dios viene a esta montaña para dar Su Ley en una exhibición majestuosa tan impresionante que incluso Moisés dijo: “Estoy espantado y temblando”, como nos informa Hebreos 12:21. Parece ser tan opuesto a lo que es al atributo de Dios: más bien amoroso o amor. Parece tan opuesto a la naturaleza, la vida y la gentileza de Jesús, quien cumplió la Ley. ¿Por qué, entonces, dio Dios Su mandato de amarlo a Él y a nuestro prójimo como a nosotros mismos de una manera tan impresionante y aterradora? Esa es la pregunta en la que debemos pensar juntos en esta lección.

Así que, consideremos primero el contexto de la primera observación de cómo son dados los Diez Mandamientos y, en segundo lugar, pensemos de manera un poco más profunda acerca de las razones por las cuales Dios proclamó los Diez Mandamientos de esta manera. Entonces, ¿cuál es el contexto en el que Dios dio los Diez Mandamientos? Literalmente, amigos, ningún evento ha sido tan majestuoso como la declaración de la Ley de

Dios en el monte Sinaí. Dios nunca antes había hablado como lo hizo entonces y nunca escucharemos Su voz en ese poder majestuoso hasta el día en que Jesús regrese en las nubes del cielo. Moisés mismo recalcó 40 años más tarde en Deuteronomio que este fue un evento único. Él dice: “Porque ¿qué es el hombre, para que oiga la voz del Dios viviente que habla de en medio del fuego, como nosotros la oímos, y aún viva?” (Deuteronomio 5:26).

Entonces, consideremos el contexto de este majestuoso evento. El escenario es, en primer lugar, de Su gracia, en segundo lugar, del pacto, y en tercer lugar es un escenario solemne. Comencemos con el primero, un escenario de Su gracia. Parece ser una observación bastante sorprendente. ¿De gracia? Sí, los Diez Mandamientos se enmarcan en el contexto de la gracia. Éxodo 20 es precedido por Éxodo 1 al 19, y en estos capítulos tenemos la historia de la gracia de Dios en la redención de Israel de la tierra de Egipto. Volviendo a Éxodo 4, Dios le habla a Moisés a través de la zarza ardiente, y Él dice: “Israel es mi hijo, mi primogénito” (versículo 22). ‘Es mi hijo adoptivo’. Eso es solo por gracia. Se basa en nada más que la gracia. Moisés le recordó eso a Israel repetidamente, particularmente 40 años después en Deuteronomio 7. Él dice: ‘No lo olviden. “No por ser vosotros más que todos los pueblos os ha amado Jehová y os ha escogido, pues vosotros erais el más insignificante de todos los pueblos” (versículo 7). Te escogí solo por gracia’.

En Éxodo 19, como habrás notado al leer el capítulo, Dios se compara a Sí mismo con el águila que lleva sus crías. Entonces Dios dice: “Vosotros visteis lo que hice a los egipcios, y cómo os tomé sobre alas de águilas, y os he traído a mí” (versículo 4). Esa es la gracia: te traje a Mí mismo. Era importante, por lo tanto, que Israel nunca olvidara este contexto de la gracia. Por eso, Dios comienza los Diez Mandamientos con este hermoso preámbulo. Esta introducción habla de Su omnipotente gracia mediante la cual los liberó: “Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre”. (versículo 2).

Ahora, eso no solo es importante que lo escuche Israel. Es importante que lo escuchemos hoy nosotros, que hemos sido salvados de nuestra esclavitud espiritual por la gracia libertadora de Dios. También debemos recordar que es por gracia y solo por gracia, así como John Newton lo retrató bellamente en su conocido canto: ‘Sublime gracia del Señor, que a un infeliz salvó’. Entonces, amigos, para nosotros es extremadamente importante cuando miramos los Diez Mandamientos que nunca los separemos de este contexto de gracia. Los Diez mandamientos no son una reafirmación del pacto de obras. No es como si Dios le hubiera dicho a Adán y Eva: “Haz esto, y vivirás”. No, Dios dice: ‘Es porque vives y porque te redimí, por lo tanto, guarda mis mandamientos para que la relación, la vida que tenemos juntos, pueda florecer, profundizarse y perdurar.

Prosiguiendo, en segundo lugar, fue un contexto de pacto. Todo lo que el Señor ha hecho con Israel ha sido a través de pactos. Éxodo 2 termina con las palabras, cuando Dios escucha a los israelitas clamando en la esclavitud egipcia, diciendo: “Y oyó Dios el gemido de ellos, y se acordó de su pacto con Abraham, Isaac y Jacob. Y miró Dios a los hijos de Israel, y los reconoció Dios” (versículos 24–25). Más tarde, Moisés vuelve a recordar esto en Deuteronomio 7:8 después de todo lo que sucedió en Egipto. Él dice, ‘por cuanto’, escribió, ‘quiso guardar el juramento que juró a vuestros padres. Por lo tanto, Dios los sacó de Egipto.’ Es un contexto de pacto. Un pacto es una relación especial y personal en la que dos partes se unen con promesas, votos, entre sí.

Piensa en tu pacto matrimonial. Cada parte hace una promesa solemne y acepta las responsabilidades y las condiciones que pertenecen a la relación, o al pacto. Dios siempre ha tratado con la humanidad por medio del pacto. Con Adán y Eva, como hemos visto, fue a través del pacto de obras. Según fuera su obediencia, la relación florecería y se profundizaría. Ahora bien, la relación de Dios con Israel se basa un pacto de gracia. Cuando Dios se acercó a Israel en Éxodo 19:5–6, nota que Él busca su consentimiento para el pacto que ya había iniciado con ellos. Escucha estas palabras: “Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto, vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa”. Y el pueblo respondió rápidamente: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (versículo 8). Lo dijeron sinceramente, hasta tres días después, cuando se dieron cuenta de cómo este Dios santo estaba tan alejado de ellos.

Hay algo muy particular en este pacto, este pacto de gracia entre Dios y Su pueblo Israel. Es desigual. El Dios santo está pactando con un pueblo impío. Esa es la riqueza del evangelio. El pueblo sintió al instante lo imposible que era esta relación. No estaba basado en igualdad. Hemos percibido esto en Éxodo 20:18 donde leímos: “Todo el pueblo observaba el estruendo y los relámpagos, y el sonido de la bocina, y el monte que humeaba; y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero

no hable Dios con nosotros, para que no muramos”. Inmediatamente Dios respondió a esto y le manifestó a Moisés la primera revelación elemental del tabernáculo en un altar muy rudimentario que Moisés había recibido la orden de hacer.

Ahora, el tercer aspecto del pacto es que es unilateral. Es unilateral tanto en su establecimiento como en su ejecución. Dios inició el pacto. Dios definió soberanamente las normas de la relación en este pacto. Dios demuestra ser la parte fiel en este pacto. La historia de Israel es una historia continua de adulterio espiritual e infidelidad, pero Dios nunca rompió Su pacto con Israel. Es, por lo tanto, unilateral.

Del mismo modo, lo tercero acerca de este pacto es que está basado en la gracia, en lugar de las obras. Eso no quiere decir que Dios no pida obediencia, desde luego, pero nuestra obediencia no es la base del pacto. Dios prometió, en Su gracia, ser su Dios del pacto para siempre, incluso hasta hoy. Romanos 11:28 dice que los judíos ‘son amados por causa de los padres’.

Entonces, amigos, para concluir esta parte, tengamos en cuenta que cuando miramos Éxodo 19 y 20, el Señor no inició Su relación de pacto con Israel. Solo lo confirmó formalmente o lo consagró en los Diez Mandamientos. El preámbulo que ya vimos lo refleja, así como la declaración que se repite a lo largo de los Diez Mandamientos: “Jehová tu Dios”. En la versión de Deuteronomio 5, puedes notar que se repite nueve veces. Dios lo enfatiza: “Yo soy Jehová tu Dios”. Es una relación.

Ahora, reflexionemos un momento lo que significa todo esto para nosotros. Ya no estamos en el monte Horeb. No somos israelitas ni judíos. La mayoría de nosotros somos gentiles de origen. ¿Qué significado tiene todo esto para nosotros, el pueblo de Dios del Nuevo Testamento? ¿Realmente Dios nos está hablando de la misma manera que habló a Su pueblo reunido en el monte Sinaí? La respuesta es enfáticamente: “Sí”. Ya en Deuteronomio 5 (esto es 40 años después, en su mayoría una nueva generación de personas de pie ante la audiencia de Moisés; muchos ni siquiera habían nacido cuando Dios vino al monte Sinaí), Moisés dijo: “No con nuestros padres hizo Jehová este pacto, sino con nosotros todos los que estamos aquí hoy vivos” (Versículo 3).

Entonces, avancemos rápidamente a los apóstoles Pablo y Pedro, quienes trazan la línea del pacto de Dios desde Abraham hasta la iglesia del Nuevo Testamento en algunas declaraciones generales. En Gálatas 3:29, ¿cómo llama Pablo a los gálatas? Gentiles de origen. No hay sangre judía en ellos. Él los llama “linaje de Abraham”. Escucha esto en el versículo 29 del capítulo 3: “Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois, y herederos según la promesa”, según el pacto. Entonces, ya seas judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer, si estamos en Cristo, somos la simiente de Abraham. En el capítulo 4:28 lo repite nuevamente, excepto que llama a los creyentes gálatas nacidos de padres paganos: “Así que, hermanos, nosotros, como Isaac, somos hijos de la promesa”.

En Romanos 11 el apóstol Pablo usa una imagen diferente. Compara a Israel de la antigüedad con la raíz, el tallo, donde la iglesia del Nuevo Testamento, los creyentes gentiles, son como ramas injertadas en ese tallo. La iglesia del Nuevo Testamento no reemplazó a la iglesia del Antiguo Testamento. La iglesia del Nuevo Testamento es la expansión de la iglesia del Antiguo Testamento como Dios predijo en muchas profecías, incluso en los Salmos del Antiguo Testamento. Y, todo esto está alineado con lo que el apóstol Pedro predicó el día de Pentecostés.

Lleno y conmovido por el Espíritu Santo, Pedro toma la línea de los profetas del Antiguo Testamento, y la extiende hoy a la iglesia mundial en estas palabras: “Porque para vosotros es la promesa”, los que se encontraban delante de él, “y para vuestros hijos”, y tal vez muchos de ellos también se encontraban ahí, “y para todos los que están lejos”, a quienes todavía tenían que ir a predicarles, “para cuantos el Señor nuestro Dios llamare” (Hechos 2:39). Notas que dibuja una línea desde Abraham hacia la iglesia del Nuevo Testamento. Por lo tanto, amigos, dentro de la iglesia del Nuevo Testamento está obrando el mismo Jehová Dios que estaba obrando en la iglesia del Antiguo Testamento, reuniendo a Sus escogidos, de esa iglesia de ese entonces y de la iglesia mundial de hoy.

Y eso significa que cada vez que tú y yo escuchamos el preámbulo de los Diez Mandamientos, debemos recordarnos a nosotros mismos lo que Dios hizo, así como lo hizo Israel. Fueron liberados de la esclavitud egipcia; hemos sido liberados de la esclavitud espiritual. Una vez estuvimos muertos en delitos y pecado en la esclavitud del pecado y Satanás, y Pablo exhortó a los redimidos a que nunca olviden dónde estuvieron, como en Efesios 2:11-13, donde escribe: “Por tanto, recordaos”, recuérdenlo, no lo olviden, “de que en otro tiempo vosotros, los gentiles en cuanto a la carne... en aquel tiempo estabais sin Cristo, alejados de la ciudadanía de Israel y ajenos a los pactos de la promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Pero ahora en Cristo Jesús, vosotros que en otro

tiempo estabais lejos, habéis sido hechos cercanos por la sangre de Cristo”. Tanto la iglesia de los judíos como la de los gentiles se unen como una sola.

Ahora, ¿puedes llegar tú mismo a la conclusión inevitable si es el mismo pacto, si participamos en una liberación similar, una liberación aún mayor, entonces la ley moral también debe tener el mismo lugar en la vida de los redimidos de Dios como la tuvo en la de Israel. Hoy no es y nunca será el camino a la vida, pero sigue siendo el camino de la vida, para preservar, nutrir y profundizar la relación con Dios. Y eso, brevemente, me lleva a la última observación, que este fue un escenario muy solemne, aquel día en el monte Sinaí que vino con la revelación más extraordinaria que Dios haya hecho.

Salmos 68:17 declara acerca de ese día: “Los carros de Dios se cuentan por veintenas de millares de millares; el Señor viene del Sinaí a su santuario”. El jefe de todos estos ángeles era Dios mismo. Se presentó claramente en la majestad más impresionante que el mundo había visto hasta ese día. Ninguna parte de la Escritura, amigos, ha sido pronunciada de manera tan impresionante como los Diez Mandamientos del monte Sinaí. El pueblo nunca escuchó la voz de Dios hablar en medio del fuego como Israel la escuchó entonces, como Moisés dice en Deuteronomio 4:33. “Cara a cara habló Jehová con vosotros en el monte de en medio del fuego,” él dice en Deuteronomio 5:4. Y ninguna otra parte de la Escritura ha sido escrita como los Diez Mandamientos, con Su propio dedo. Más tarde, Dios los escribió en las tablas de piedra y se las dio a Moisés.

Entonces, concluyamos con esta pregunta: “¿Cuál es la razón por la que Dios proclamó los Diez mandamientos con tanta majestad?” Hay tres razones. Primero, piensa por un momento conmigo. Si Dios fue y es este Dios de amor y si las leyes son el reflejo de Su naturaleza más santa y benigna, ¿por qué se hizo sentir tan inaccesible cuando se mostró en este fuego, en esta increíble gloria y majestad que hizo que todos se espantaran y temblaran? La pena de muerte sería incluso para aquellos animales que inocentemente traspasaran esa marca de límite. ¿Por qué Dios declararía esta hermosa Ley en tonos tan negativos? “No harás. No harás.” Hay tres razones.

Primero, Dios está tratando con pecadores. A pesar de ser redimidos de Egipto y aun en alianza con Él, las personas que están paradas frente a Él en el Monte Sinaí son pecadores. Todavía tienen una visión distorsionada de Dios y de sí mismas. Sus pensamientos acerca de Dios son demasiado bajos. Sus pensamientos sobre sí mismas son demasiado altos. Por lo tanto, Dios necesita mostrarse en esta gloriosa majestad. Más tarde, Dios necesitó acusar a Israel cuando tuvo una controversia con ellos. Él dice esto: “Pensabas que de cierto sería yo como tú” (Salmos 50:21). ‘Me pusiste al mismo nivel, pero no lo estoy’.

Por lo tanto, amigos, Dios mismo puede demostrar que la familiaridad con la que se acerca a nosotros y con la que habita entre nosotros no conduce a un desprecio a la gran majestad y gloria que debemos mostrar hacia Él. Hebreos 12 reitera que: “Sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia; porque nuestro Dios es fuego consumidor” (versículos 29 y 28). Por lo tanto, Jesús nos enseña en la oración de los discípulos la primera petición, “Padre nuestro que estás en los cielos”, la distancia y la cercanía, “Padre nuestro”.

Entonces, la segunda razón por la que Dios es tan majestuoso en este discurso es porque se dirige a Su pueblo en un mundo muy peligroso, tentador y quebrantado. Aquí, muchas fuerzas están de pie alrededor de Israel que buscan destruir la belleza de su matrimonio espiritual y, por lo tanto, Dios necesitaba exponer la Ley de una manera tan contundente, al igual que un padre que habla con un niño pequeño que no tiene idea de los peligros que lo rodean, que no se da cuenta de qué es tan peligroso. Y así, como padres, decimos: “No crucen la cerca. No pases por esa puerta. No te vayas con extraños. No aceptes sus regalos”. Ahora, eso no es negativo, pero es contundente debido a la condición del niño. Y así, Dios también, como padre cariñoso, formula los Diez Mandamientos de esa manera.

Y la tercera razón para esta presentación impresionante del alto estándar de Dios es como ya vimos: usar la ley como un maestro de escuela para llevarlos a Jesucristo. Instantáneamente, las personas al ver esto y al escuchar a Dios hablar, sienten que no es seguro escucharlo, hablarle y estar cerca de Él. Dice: “Y viéndolo el pueblo, temblaron, y se pusieron de lejos. Y dijeron a Moisés: Habla tú con nosotros, y nosotros oiremos; pero no hable Dios con nosotros, para que no muramos” (Éxodo 20:18-19). Esa no fue una respuesta negativa. Esa fue una buena respuesta.

En Deuteronomio 18, el Señor le reveló esto a Moisés; el Señor dijo: “Han hablado bien” (versículo 17), de lo que ellos habían dicho en aquel entonces en el monte Sinaí. Y les promete que levantará para ellos a un profeta de entre sus hermanos (versículo 18). Y vemos a Jesucristo más tarde, accesible, amable, no alzando Su voz y

asustándolos, sino seduciéndolos, atrayéndolos. Verás, eso fue lo que ellos sintieron que necesitaban y es por eso que en esta presentación Dios también se mostró en esa majestad, para hacerles sentir la necesidad del Mediador.

Amigos, después de haber llegado al pie del monte Sinaí, es hora de que comencemos a escuchar los Diez Mandamientos uno tras otro. Y en la serie de lecciones que vienen a continuación, espero llevarlos por cada uno de los mandamientos una lección a la vez, para mirar, escuchar y reflexionar: '¿Cuál es la voluntad de Jehová para que la relación entre Él y Su pueblo siga siendo hermosa, gloriosa, benigna, cercana, satisfactoria y agradable?'

Y cuáles son esos detalles de la voluntad de Dios, lo veremos en nuestras próximas lecciones.

Entonces, que Dios bendiga todo lo que hemos aprendido hasta ahora y lo multiplique. Gracias.

## *Lección 8*

---

# EL PRIMER MANDAMIENTO

Y habló Dios todas estas palabras, diciendo... luego vienen los Diez Mandamientos. Ningún Dios es mayor que el Creador del cielo y de la tierra y ninguna Ley es mejor que los Diez Mandamientos. Moisés recordó al pueblo de Israel que cuando dijo en su mensaje de despedida: “Y ¿qué nación grande hay que tenga estatutos y juicios justos como es toda esta ley que yo pongo hoy delante de vosotros?” Aun así, a pesar de esta verdad de tener las mejores leyes, Dios conocía el corazón de Su pueblo. Era necesario abrir Sus mandamientos con amor a Él, mandándolos a que nunca se alejaran de Él.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 8

Bienvenidos, queridos amigos. Hoy comenzaremos a examinar los Diez Mandamientos, un mandamiento en cada lección. He titulado esta lección Solo confía en mí. Desde luego, está basado en el capítulo 20 de Éxodo, en el primer mandamiento que dice: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Quiero enseñar las lecciones sobre los Diez Mandamientos introduciendo primero un principio general, en cada uno de los mandamientos. Consiguientemente, la parte principal de la lección se dedicará a estudiar los mandamientos individuales.

Así que, el primer principio que quiero compartir contigo en este día es uno que dice que los Diez Mandamientos son la Ley fundamental y fundacional de Dios para todas las personas de todos los tiempos. Se puede considerarla como la constitución o los estatutos de una nación. Los diez son la voluntad eterna, moral y absoluta de Dios, no solo para los israelitas, sino para todas las personas que Él ha creado. [El] Antiguo Testamento habla muy a menudo sobre el hecho de que Dios es el Rey de las naciones. Aunque dio los Diez Mandamientos específicamente a los israelitas, fueron hechos como Su voluntad para todas las personas.

Ahora bien, en cuanto a la Ley fundamental y fundacional: En el mundo legal hay una distinción entre legislación y jurisprudencia. Hay palabras más académicas para referirse a eso, pero las omitiré. Considera los Diez Mandamientos como la legislación, las leyes oficiales dadas por Dios como la constitución del reino. La jurisprudencia se hace en base a la legislación. Hay leyes que fluyen de la legislación como aplicaciones más refinadas en la variedad de situaciones que se presentan. En el Antiguo Testamento tenemos un gran número de leyes civiles expresadas como: “Si esto, entonces aquello”. Estas son ejemplos de jurisprudencia. Por ejemplo: “No robarás” es la legislación. Hay una jurisprudencia: Si mi buey está pisoteando el campo de mi prójimo y destruyendo su cosecha, entonces tengo que hacer restitución. Esa es una jurisprudencia basada en los Diez Mandamientos.

Ahora bien, esta distinción te ayudará a entender que no necesariamente todas las leyes civiles dadas en el Antiguo Testamento aplican a nosotros palabra por palabra hoy en día. Algunos de ellos están diseñados según la sociedad y la cultura de Israel, o de su travesía en el desierto o de cuando se establecieron en Canaán. Aun así,

para resaltar esta importancia de la legislación, recordemos que Dios mismo dio la legislación fundamental. Los Diez Mandamientos fueron declarados directamente desde el cielo, y fueron escritos dos veces en las tablas de la Ley por el dedo de Dios. Son absolutos para toda la humanidad.

Examinemos ahora el primer mandamiento juntos. “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Aquí hay dos cosas que queremos considerar: ¿Cuál es la intención fundamental de Dios en el primer mandamiento y cuáles son los detalles de este primer mandamiento? ¿Por qué Dios da los Diez Mandamientos y los inicia con esto en particular: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”? No quiso decir: ‘De los dioses que existen, tenme solo a mí como tu Dios. Yo soy tuyo. Yo soy el más importante. Yo soy el único al que realmente debes dedicarte’. Bueno, eso es verdad en un sentido, pero, amigos míos, Dios sabe lo que Él mismo dijo en Isaías 43:11: “Yo, yo Jehová, y fuera de mí no hay quien salve”. No hay dios, no existe otro dios fuera de mí.

Por lo tanto, Dios no escribió el primer mandamiento para de alguna manera asegurar Su puesto frente a la competencia. No hay competencia. No hay otro competidor que pueda alzarse contra la gloria y el honor de Dios. Aunque, desde luego, hay muchas fuerzas que intentan alejarnos: Satanás y sus agentes y todas las tentaciones. Pero, no hay otro dios además de Dios.

Dios es muy mordaz acerca de todo ídolo. Por ejemplo, en Jeremías 10:3-5, prácticamente hace una burla de ellos cuando dice: ‘Toman un árbol y lo talan y toman un pedazo del árbol y lo convierten en una imagen. Del resto hacen leña (Isaías 44:14-20). Cubren una imagen con oro y plata. La clavan a una tabla. Tienen que cargarla’. No hay nada que temer de un dios espantapájaros como ese. Por lo tanto, mientras Dios caracteriza los ídolos de esta manera, considera como termina ese pasaje. Dice: “No tengáis temor de ellos, porque ni pueden hacer mal, ni para hacer bien tienen poder”. Ahora bien, esa última declaración me lleva a compartir contigo cuál es el propósito real de Dios en el primer mandamiento.

Dios manda: ‘Reconóceme. Confía solo en mí. Sígueme solo a mí como el único Dios que puede hacerte bien’. Dios dice: ‘Mira. Soy tu Creador dedicado. Tengo todos los recursos para guiarte por el desierto de esta vida. No tengas otros dioses. Reconóceme, confía y hónrame solo a mí’. En un nivel distinto, Dios solo podía decir esto a Su pueblo Israel: ‘Yo soy tú redentor. Yo te saqué de la tierra de Egipto. No confíes en otra deidad que no sea Yo.’ O, en un nivel distinto, ‘Yo soy el Padre que cuida de Sus hijos, me interpongo entre ellos y este mundo peligroso. No vayas a otros. Solo tenme a mí’. ¿Por qué? ‘Los demás no pueden hacerte bien. No debes tener temor de ellos, pero tampoco te podrán hacer ningún bien’.

Así que, con devoción amorosa, Dios muestra Su voluntad para nosotros en este primer mandamiento. Como decimos a nuestros hijos: ‘No te vayas con extraños’, así Dios dice: ‘No te vayas con extraños. No sigas dioses falsos, no importa cuán dulce sea su hablar, no importa lo que te prometan, no importa cómo se vean o lo que te digan. No confíes en nadie ni en nada para que te guarde, te guíe, te aconseje o te proteja, sino solo en mí’. ¿No es eso lo que decimos a nuestros hijos? Eso es lo que Dios dice a Sus hijos: ‘No des tu corazón a otros amantes’. ¿Por qué? Experimentarás pérdida. Experimentarás decepción. Te defraudarán. Experimentarás dolor.

Amigos míos, mientras observamos la historia de Israel, lo vemos una y otra vez. Los dioses que siguieron los dejaron caer como una piedra. No pudieron ayudarlos de ningún modo en todas las necesidades que padecieron. Así que, Dios quiere que Le demos nuestra lealtad y devoción plenas confiando solo en Él. Hacer eso nos dará a ti y a mí la libertad y la felicidad más grandes para que las disfrutemos. ¿Por qué? Bueno, así no estaremos esclavizados por estas fuerzas mágicas. No estaremos siguiendo a personas inútiles y vanas, y no pondremos nuestra confianza en seguridades endebles. No estaremos siendo mecidos para arriba y para abajo en un mundo de cambio constante.

“No tendrás dioses ajenos delante de mí”. ¿Puedes ver lo que yo veo? ¿Sientes lo que yo siento? No solo en el primero, sino que lo veremos en todos los otros nueve mandamientos. No veo a Dios poniendo un arnés en mí para restringirme u obstaculizarme, sino para protegerme. No veo a un Dios que no Le importa lo que siento, pero siento en Él un interés divino en que yo esté verdaderamente feliz y satisfecho. No veo un Dios desesperado y temeroso intentando asegurarse como el número uno, sino que veo y siento a un Dios que está intentando asegurarnos del peligro y el dolor cuando no Lo seguimos y obedecemos solo a Él. “No tendrás dioses ajenos delante de mí”. Así que, consideremos cuáles son las implicaciones y los detalles de este primer mandamiento. ¿Qué manda Dios y, por implicación, qué prohíbe?

En primer lugar, Dios nos manda a que Lo conozcamos y que pongamos nuestra confianza solo en Él. Ahora bien, hay una relación constante entre conocer y confiar. No puedo confiar en alguien que no conozco. En todas las relaciones, la confianza está basada en el conocimiento de la persona, y así es con Dios. Decimos a nuestros hijos advirtiéndoles que no confíen en extraños que no conocen, aunque, de hecho, también tenemos que advertirles que no confíen en aquellos que sí conocen. En este mundo enfermo, hay muchos que, de hecho, se aprovechan de relaciones de confianza y llevan a otros al abuso de esa manera. Pero generalmente decimos a las personas: “No confíes en nadie que no conozcas”. Esa es la voluntad de Dios en este primer mandamiento. Él nos llama a conocerlo. Él nos manda a que aprendamos a conocerlo cada vez más y a reconocerlo como el único Dios en el cielo y en la tierra.

Conocerlo, amigos míos, es una tarea. También es un estudio sin fin. Mientras más Lo conocemos y vemos Su grandeza, Su sabiduría, Su bondad, Su dedicación, Su santidad y Su justicia y todos los atributos, y Su misericordia, seremos atraídos a aferrarnos a Él más y más, a seguirlo y a confiar en Él, incluso cuando las cosas estén difíciles y duras en la vida o también cuando alguien toque nuestra puerta y nos diga: ‘Dame tu corazón. Sígueme’. Si Lo conocemos a Él, ¿por qué lo abandonaríamos a Él, que se ha dedicado a nosotros, el Dios del cielo, el Creador, el Redentor? Ahora bien, nadie honró el primer mandamiento más que Jesús. Considera como Satanás comienza en el desierto comienza, tentando a Jesús a romper el primer mandamiento. Enfrentando hambre y debilidad, enfrentado a las personas incrédulas a las que tiene que predicar y presentarse como el Mesías y presionado con el prospecto final de la cruz, Satanás Lo tienta de varias maneras. Al final, Jesús rechaza cada intento del adversario de hacerle poner Su confianza primero en Sí mismo y en Sus propios recursos, en hacer pan (Mateo 4:3), en las personas a través de Sus propias acciones o, en última instancia, en la promesa de Satanás: ‘Solo inclínate ante mí y te daré todas las cosas’. No, Jesús conocía, confiaba, miraba y obedecía solo a Su Padre, y echó a Satanás con una última apelación: Satanás, “al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (Mateo 4:10).

Así que, en segundo lugar, Dios nos manda a adorar y glorificarlo a Él cómo el único Dios. Cuando escucho la palabra adoración, quizá eres como yo, pienso en la iglesia, en cantar, orar, dar, predicar o escuchar la Palabra. Aun así, el centro de la adoración es un corazón que confía y vive una vida que muestra obediencia a Dios como el único Dios, como el ser más digno. Así que, amigo mío, ¿qué es realmente la adoración? No es solo cuando estamos en la iglesia. Adorar es estar asombrado de Él. La adoración es elegirlo a Él antes que al resto, que todas las comodidades y deleites, como el Dios a quien me dedico. La adoración es poner nuestra esperanza en Él, servir con gozo solo a Él. Adoración es someternos a Su voluntad y a Sus caminos antes que los nuestros, incluso si es difícil. Adoración es humillarme bajo Su poderosa mano. Adoración es dedicar mis talentos a Él. Adoración es ser celoso de Su causa y Su reino, esperar en Él al buscar instrucción en cuanto al camino que debemos seguir o al buscar Su consejo. En última instancia, es deleitarnos en Él y en quién Él es como se ha revelado en Su Palabra y providencia.

Ahora bien, si honramos a Dios con una adoración como esa, mirando, esperando, buscando, experimentamos que Él nunca falla. Él no nos fallará. Nos guiará en Su amor, nos sostendrá y nos proveerá. El Salmo 81 es un ejemplo excelente de esto. Dios dice: ‘Abre tu boca y satisfaré todas tus necesidades’. Lamenta en ese Salmo: ‘Oh, si me hubiera oído mi pueblo. Se fueron tras ídolos extraños y se perdieron. Yo los habría satisfecho con lo mejor del trigo, con miel de la peña’. Ves, ese es el primer mandamiento: Adórame.

Por lo tanto, en tercer lugar, nos manda a volvernos y a alejarnos de [mirar] a cualquier cosa o persona que no sea Él para buscar guía o ayuda. Muchas personas en problemas y temores miran a las estrellas, la luna o a fuerzas mágicas o de culto; piensa en el rey Saúl, o toma como ejemplo el horóscopo, la brujería, o a los llamados santos. Otros se refugian en ideas, filosofías, especulaciones o tradiciones que rechazan o contradicen la Palabra de Dios y las enseñanzas de Su Palabra. El apóstol Pablo ya advertía en sus tiempos sobre los días en los que “algunos apostatarán de la fe, escuchando a espíritus engañadores y a doctrinas de demonios” (1ª de Timoteo 4:1). Ahora bien, eso sería una violación al primer mandamiento, el entregarnos a esas fuerzas para que nos den seguridad, guía y ayuda. Más bien, Dios dice: ‘No tengan otros dioses. Ténganme solo a mí’. Así que, amigos míos, sigan recordándose a ustedes mismos por qué Dios nos prescribe el primer mandamiento. Él no tiene temor de que pierda algo de Su gloria. Está interesado en que tú y yo no perdamos nada. Perderemos nuestro cuerpo y alma al cambiar la verdad por la mentira.

Así que, concluyamos considerando lo que Dios prohíbe en el primer mandamiento. Hay muchas respuestas posibles, y me saltaré la mayoría de ellas para enfocarme solo en una. Dios prohíbe, desde luego, el ateísmo, la creencia de que no hay Dios y que, por lo tanto, no tenemos de qué preocuparnos. Dios también rechaza y prohíbe el panteísmo, la creencia de que todo lo que vemos y tocamos a nuestro alrededor es Dios. Él también prohíbe el evolucionismo, en el que esencialmente se enseña que tú eres Dios. Pero, me saltaré estos tres. Enfocémonos en un pecado que está mucho más cerca de nuestro corazón: la idolatría.

Y ¿qué es la idolatría? Esencialmente, la idolatría es poner a la criatura o cualquier otro confort creado por encima de Dios en el lugar del Creador y definirlo en nuestras propias fuerzas o nuestra seguridad en las cosas, criaturas o en lo que sea. El catecismo de Heidelberg define la idolatría en la pregunta 95 de la siguiente manera: “Es poner en el lugar que sólo corresponde al Dios verdadero que se ha revelado por su Palabra, o junto a Él, cualquier otra cosa en la cual se deposite nuestra confianza”. Ahora bien, no olvides o te confundas pensando que la idolatría es lo mismo que amar y confiar en las personas que te rodean y que son cercanas a ti, como tus padres, tu cónyuge o tu pastor. Eso no es idolatría. La idolatría tampoco es disfrutar de las cosas hermosas que Dios nos ha dado, como el matrimonio, la familia, comida y bebida, negocios, posesiones, el trabajo, es decir, cosas que disfrutamos. Más bien, la idolatría es cuando estas cosas o estas personas comienzan a definir nuestra confianza o nuestra felicidad, o cuando construimos nuestra seguridad y damos nuestra devoción a estas cosas, en el primer lugar, en lugar de Dios.

Por lo tanto, no pienses que la idolatría solo ocurre cuando servimos a imágenes de piedra o confiamos en el espíritu de los muertos. Examínate y está atento a la verdad de que la idolatría es mucho más refinada y más difícil de detectar en nuestros propios corazones. Rompemos el primer mandamiento cuando tomamos las cosas buenas y permitidas que se nos han dado para que las disfrutemos y les damos nuestra devoción de tal manera que se vuelven mayores que Dios. Déjame darte unos pocos ejemplos para que pienses en esto un poco más en tu propia vida.

Las riquezas, las posesiones, son un regalo, pero se vuelven un ídolo traicionero cuando trabajo más y más duro solo para ser más rico, para asegurarme o edificar un mejor mañana, simplemente para disfrutar. En ese momento, las riquezas se han convertido en un ídolo, en lugar de un recurso dado para glorificar a Dios y servir a mi prójimo. El éxito académico es bueno y una meta maravillosa para prepararte mejor intelectualmente con los talentos que Dios te ha dado. Se vuelve un ídolo cuando todo lo que me importa es el estatus y los títulos y el prestigio que [viene] con mis títulos o mis posiciones. En ese momento, estoy pensando más en los beneficios financieros que en el honor y la alabanza de Dios en el servicio a mi prójimo. Eso es un ídolo.

La aptitud física y la salud son cosas buenas y algo que todos debemos practicar para mantenernos saludables para la obra de Dios, pero se convierte en un ídolo cuando todo lo que quiero es verme en forma, presumir de mi cuerpo o de alguna manera prolongar mi vida indefinidamente, esperando que sea larga. Piensa en los deportes y los juegos. Nuevamente, tienen un lugar y uso buenos, pero especialmente en nuestros días, el deporte y el entretenimiento se han convertido en el ídolo más grande de la raza humana. Ya no es para la recreación. Es idolatría. Todo gira en torno a ganar, desenvolverse, y las medallas y las cintas para nuestros equipos favoritos o para nosotros mismos.

Pero veamos un ídolo más: El ministerio cristiano. Esto puede convertirse fácilmente en un ídolo cuando mi meta es la reputación y la recompensa, en lugar de ser útil para que Él crezca y que yo mengue o me desvanezca. Así que, en cuanto al primer mandamiento, escuchemos las palabras de exhortación que Moisés escribe en Deuteronomio 8 cuando dice que no olviden a Dios cuando sean exitosos, estén llenos y se multipliquen y sus corazones se enorgullecen y se olviden del Señor su Dios que los sacó de la tierra de Egipto (Dt. 8:11-14), y donde concluye con estas advertencias en Deuteronomio 8:17-19: “...y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza. Sino acuérdate de Jehová tu Dios, porque él te da el poder para hacer las riquezas, a fin de confirmar su pacto que juró a tus padres, como en este día. Mas si llegares a olvidarte de Jehová tu Dios y anduvieres en pos de dioses ajenos, y les sirvieres y a ellos te inclinares, yo lo afirmo hoy contra vosotros, que de cierto pereceréis”.

Ahí está otra vez: ‘Pueblo mío, no vayan tras estos dioses. No pongan su confianza en ellos. No los miren. No podrán ayudarlos. Solo téngame a mí’. Ahora bien, ¿puedes saborear el amor de Dios y el cuidado de Dios en eso? Seguirlo y honrarlo como el Único, amigos míos, nos traerá el gozo más grande, la felicidad, seguridad y

provisión. Pues Yo honraré a los que me honran. Nos dará libertad de las preocupaciones, las decepciones y, por último, de perecer al final del camino.

Te animo que para cada mandamiento visites brevemente el Catecismo de Westminster o el Catecismo de Heidelberg, y que leas por tu cuenta las preguntas y respuestas que han resumido y redactado hermosa y abundantemente, el significado de cada uno de los mandamientos. Muchas gracias.

## *Lección 9*

---

# EL SEGUNDO MANDAMIENTO

Cada dirección en la vida comienza de la misma forma. Siempre comienza con un paso o una decisión. Puede que parezcan insignificantes. Aun así, el resultado del primer paso no aparecerá hasta que hayamos alcanzado el final del camino. En ese momento, usualmente es demasiado tarde para revertir nuestra dirección. Sin embargo, nuestro Creador conoce el final desde el principio. Él sabe a dónde llevará la distorsión más mínima de Él y de Su carácter. Cambiar la gloria de Dios por una imagen o algo creado no solo es deshonroso, sino también destructivo para nosotros y nuestros descendientes.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 9

Bienvenidos, queridos amigos. Es un privilegio para mí volver llevarte a un mandamiento del Señor, y hoy he titulado mi lección, que se basa en el segundo mandamiento, Adórame honorablemente. La Escritura en la que se apoya se encuentra, desde luego, en Éxodo 20:4-6, dónde Dios dice: “No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen; y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos.” El segundo mandamiento, junto con el cuarto mandamiento, es el más largo de los diez. Eso puede decirnos algo sobre la importancia de estos dos y el impacto que tiene honrar o deshonorar esta instrucción particular de Dios sobre nosotros y nuestros hijos. Por lo tanto, creo que es importante que entendamos bien las implicaciones del segundo mandamiento.

Antes de que veamos los detalles del segundo mandamiento, quiero presentarte un segundo principio que trata de la Ley de Dios en general. El segundo principio es que los Diez Mandamientos están divididos en dos tablas. Obviamente Moisés tenía dos tablas dadas por Dios, como se registra en Éxodo 31: “Y dio a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte de Sinaí, dos tablas del testimonio, tablas de piedra escritas con el dedo de Dios” (versículo 18). Ahora bien, el contenido de estas tablas puede deducirse a partir de la declaración de Jesús en Mateo 22, cuando responde al fariseo con la ley original de Dios, como vimos anteriormente. La primera tabla explica nuestro deber para con Dios, la cual contiene cuatro mandamientos de los diez. La segunda tabla explica nuestro deber para con nuestro prójimo, los seis mandamientos restantes.

Lo que no debemos hacer con esta división es establecer un valor mayor o menor, como si la primera fuera más importante que la segunda. Las palabras de Jesús ciertamente contradicen eso. Él dice que la primera tabla es un grande mandamiento. No dice que es más grande. Él dice que la segunda tabla es como la primera, no menor que la primera. Así que, resistamos la tendencia a tomarnos la segunda tabla con menos [seriedad] que la primera

tabla de mandamientos. El hecho de que haya dos tablas debe tener una razón, y la razón es establecer un orden y una base en nuestra obediencia y amor devocional. El amor a Dios claramente debe tomar precedencia sobre nuestro amor hacia nuestro padre, madre, hermano, hermana y miembro de la familia, como lo indica Jesús en Lucas capítulo 14. Nuestro amor a Dios también debe ser el fundamento del amor hacia nuestro prójimo. El amor a Dios debe fluir en el amor a nuestro prójimo, las criaturas de Dios a nuestro alrededor. Así que, esa es la división entre las dos tablas, y es una distinción importante que debemos tener en mente, las dos tablas de la Ley de Dios.

Ahora, volvamos nuestra atención al segundo mandamiento. Hay cuatro aspectos que consideraremos juntos. ¿Cuál es la intención de Dios? ¿Qué prohíbe? ¿Qué manda? Y no olvidemos la intención en cada uno de esos aspectos. Y en cuarto lugar, ¿cómo hace cumplir ambos aspectos del segundo mandamiento?

Entonces, en primer lugar, ¿cuál es la intención de Dios? Nuevamente, comencemos por recordarnos a nosotros mismos y hagámoslo continuamente cada vez que veamos los Diez Mandamientos a verlos a través del corazón del Legislador, a comenzar con Él y con lo que se refleja en estos Diez Mandamientos. Así que, ¿por qué dio Dios los Diez Mandamientos? La primera respuesta es correcta. Es Su voluntad soberana. Correcto, Dios no está sujeto a nada. Dios no está sujeto a nadie. Él es el Legislador supremo y ¿quiénes somos nosotros para cuestionar eso?

Pero existe una segunda respuesta que podemos dar. Le importamos a Dios y Le importan nuestros hijos, nietos y las generaciones venideras. Dios sabe que cada rebelión contra Él, no importa cuán pequeña, se hará cada vez más grande con el tiempo. Comienza de la misma manera, un pequeño paso que nos lleva a un deslizadero. Ningún acto de desobediencia es inocente, pero la desobediencia al segundo mandamiento nunca se hace en aislamiento. Afecta al menos a la tercera y a la cuarta generación, como lo verás. Honrarla, como verás, afectará a millares, no solo a individuos, sino a generaciones.

Así que, nuevamente, ¿puedes ver lo que yo veo? Que Dios manda la amplitud de Su misericordia a millares, mientras que asigna Su venganza, Su venganza justa, a solo cuatro generaciones, [hasta] la tercera y cuarta generación. En cualquier parte de las Escrituras que leas, incluso en los Diez Mandamientos, una y otra vez ¿te das cuenta de que no puedes evitar ver la gloria y la devoción del Dios de gracia y amor y Su belleza brillando a través de todas Sus obras y todas Sus palabras? Así que, consiguientemente, consideremos lo que Dios nos prohíbe en el segundo mandamiento.

En el primero, reveló Su voluntad para nosotros, que lo adoremos en confianza y obediencia como al único Dios verdadero. Ahora, en el segundo mandamiento desarrolla el primero. Debemos adorarlo de una forma digna. Debemos adorarlo de una manera que refleje que entendemos y conocemos Su gloria. En otras palabras, en el primer mandamiento debemos adorar al Dios verdadero, al Único. En el segundo mandamiento, Dios nos detalla que debemos adorar al Dios verdadero correcta u honorablemente. Así que, ¿qué es eso de adorar a Dios correcta u honorablemente? Bueno, Dios nos ha dado una instrucción clara. Lo haces sin el uso de imágenes o representaciones de Mí. Claramente, nos prohíbe que hagamos cualquier imagen, semejanza, tomada del cielo, de la tierra o de debajo de la tierra, representarlo de alguna manera.

Moisés recordó a los israelitas varias veces en el libro de Deuteronomio que Dios habló cara a cara con Israel, y aun así no se mostró a Sí mismo, no nos dio una imagen de Su semejanza. Sospecho que Moisés es como nosotros. También quería ver a Dios. Una vez le pidió: “Te ruego que me muestres tu gloria” y Dios le responde, como puedes leer en Éxodo 33 y 34, Dios dice: ‘Moisés, no podrás ver mi rostro; porque no me verá hombre, y vivirá. Más bien, proclamaré’, en palabras, ‘toda mi bondad. Pasaré delante de tu rostro, y proclamaré el nombre de Jehová’. Luego, en Éxodo 34, puedes leer que Moisés está allí y Dios pasa y proclama Su nombre.

Hay algo maravilloso sobre lo que Dios dice en ese pasaje en particular, así que déjame leerlo. Dice: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona la iniquidad, la rebelión y el pecado, y que de ningún modo tendrá por inocente al malvado; que visita la iniquidad de los padres sobre los hijos y sobre los hijos de los hijos, hasta la tercera y cuarta generación”. ¿Te das cuenta de cuán similar es la revelación de Dios a Moisés al segundo mandamiento? Así que, Dios prohíbe que hagamos alguna representación o imagen de Él.

¿Por qué? Bueno, esa es Su voluntad soberana. Es cierto. Pero, en segundo lugar, Dios sabe que cualquier imaginación, cualquier representación o imagen, no importa cuán sofisticada y no importa cuán artística o colorida que sea, deshonra o degrada Su gloria. Pues, ¿cómo podemos convertirlo a Él que es espíritu e invisible, que

es omnipresente e infinito, en alguna imagen, alguna estatua o en algo artístico? La única representación visible que Dios dio de Sí mismo a Israel fue el tabernáculo, lo que más adelante fue reemplazado con el templo, pero fue reemplazado en última instancia por el viviente Hijo del Hombre, Jesucristo. Hebreos 1:3 describe a Jesús como el resplandor de la gloria de Dios y la imagen expresa de Su Hijo. Colosenses 1:15 incluso se refiere a Jesús como la imagen del Dios invisible, y esa es la única manera en la que Dios se ha revelado visiblemente a nosotros.

Sin embargo, es extraordinario que cuando lees todas las historias en los evangelios, los escritores de los evangelios nunca nos dicen si Jesús era alto o bajo, flaco o fornido. No se nos da ni una sola pista de cómo se veía, sino de cómo era Su carácter. Él era manso y humilde de espíritu, dulce, solícito, amoroso, compasivo, misericordioso, lleno de gracia, amable, todos los aspectos de Su carácter que se reflejaban en Sus acciones. Esa es la gloria de Dios, pues eso nos revela el carácter devocional y amoroso del Todopoderoso. Cualquier representación de Él que sea visible de alguna manera es deshonrosa.

Así que, ninguno de nosotros debe creerse más sabio que Dios, pensando que una representación de Dios en una imagen nos hará sentir más cerca de Él. Si eso fuera verdad, amigos míos, Dios habría hecho lo opuesto al segundo mandamiento, pero Dios sabe que cualquier intento de representarlo desviará al pueblo, y ese es Su propósito principal. No quiere que nos desviemos por culpa de una distorsión de Su carácter o de Su persona en una representación visual limitada. La historia lo confirmó. En todo tiempo, desde los días de Moisés, cuando el pueblo comenzó a representar a Dios, comenzando con el becerro de oro, [luego] se desviaron y se hirieron profundamente, espiritualmente y, desde luego, también deshonraron a Dios.

Así que, en segundo lugar, debemos adorarlo sin hacer una imagen mental de Dios que también lo represente inadecuadamente. La idolatría no solo se hace con una imagen o una estatua de piedra. La idolatría también se hace cuando hacemos una imagen mental de Dios y Lo adoramos de una manera diferente de la que Él ha revelado. En el Salmo 50, Dios acusa a los israelitas diciendo: "Pensabas que de cierto sería yo como tú". Ahora bien, esa es una distorsión mental. Así, deshonramos a Dios, amigos míos, al crear una imagen mental de Él según nuestra semejanza, según lo que encaja con nosotros. Puede que hagamos esto sin saberlo o puede que lo hagamos intencionalmente. Pero, aun así, ambas son pecaminosas. Por lo tanto, por favor examina tus pensamientos acerca de Dios de acuerdo a lo que dice el segundo mandamiento.

¿Lo adoramos correcta y honorablemente? Lo deshonramos cuando Lo adoramos como si no fuera soberano en la vida de todos. Lo deshonramos si Lo adoramos como si no fuera santo y justo en todos Sus caminos y hechos, o como si no fuera verdadero en Su Palabra, o [al cambiar] Sus estándares de bueno y malo. Pero de la misma forma Lo representamos inadecuadamente si solo pensamos de Él como un Dios de amor, a quien no Le importa el pecado, solo el amor, consintiendo a todos. Pero también Lo representamos inadecuadamente cuando nos vamos al otro extremo. Él solo es un Dios de ira, un Dios de dureza, frialdad e indiferencia. Todas estas son representaciones inadecuadas de Dios, y ¿qué hacen? Nos hacen desviar. Sí, Lo deshonran, pero también nos hacen daño a medida que nos desviamos del Dios del cielo real y verdadero. Por favor, ten en mente que estos mandamientos son la revelación de amor y cuidado de Dios para mantenernos en el camino angosto que lleva a la vida.

Así que, en tercer lugar, consideremos lo que Dios manda en el segundo mandamiento. Nos manda a adorarlo apropiadamente. Ahora bien, cuando oímos la palabra adoración, pensamos en la iglesia inmediatamente. Pensamos en cantar, orar, leer la Palabra, predicar, escuchar. Eso no es incorrecto, pero la palabra adoración es mucho más amplia que una reunión en la iglesia. La adoración es hacer lo que fuimos creados para hacer. Reflejar al Dios que debemos reflejar. Eso ya es adoración, la manera en la que vivimos. Cómo llevamos Su imagen es adoración.

Ahora, amigos míos, Lo deshonramos cuando no reflejamos Su gloria en Su amor devocional, en Su paciencia, en Su ser perdonador. Lo deshonramos cuando la imagen de Dios no se refleja en nuestro estilo de vida. Cuando damos la otra mejilla en mansedumbre a alguien que nos ha ofendido, estamos siendo como Dios. Cuando nos involucramos en el ministerio sacrificial y derramamos nuestro ser en un amor sacerdotal, estamos siendo como Dios. Esa es la adoración de acuerdo al segundo mandamiento. Verás, cuando nuestro andar está de acuerdo con Su voluntad en toda pureza y sinceridad, estamos reflejándolo honorablemente. Así que, cualquier persona debe hacerse la pregunta: '¿Cómo estoy reflejando la gloria y el honor de Dios como esposo, como esposa,

como padre, como madre, como hijo, como siervo, como viajero, como comprador o como visitante?’ ¿Puedo ver en mí el reflejo de [Aquel de cuya imagen] soy portador?

Así que, un estilo de vida de adoración personal y familiar se desbordará en los servicios de adoración, y los servicios nunca deberían estar centrados en el hombre. Nuestros servicios eclesiales deberían centrarse en Dios, basarse en la Palabra y estar llenos del Espíritu. Nuestros amigos y asistentes que vienen y comparten este tiempo de adoración con nosotros deben salir con una impresión: ‘Ciertamente Jehová está en este lugar’, lo que Jacob dijo en Bet-el. Los incrédulos que ven al pueblo de Dios adorar en la adoración corporativa deben sentirse inclinados a preguntar: “¿Qué los hace ser tan expresivos al cantar? ¿Qué hace que estas personas tengan una confianza tan filial y tan seguros en la oración? ¿Qué los hace tan atentos a la explicación de la Palabra de Dios? ¿Qué los hace tan sinceros en el compartir y en el ministerio? Y ¿qué los hace expresar su acción de gracias con esta humildad y asombro? Esto refleja en nuestros servicios de adoración algo de la gloria de Dios. Eso es lo que Dios manda en el segundo mandamiento.

Ahora, por último, consideremos de qué manera reforzó Dios la importancia de este mandamiento. Notarás que edifica sobre este mandamiento la declaración de que Él es un Dios celoso. Esa no es una declaración negativa. Los celos de Dios son la intensidad de Su amor hacia Su propio carácter y Su gloria. Nadie se sentiría mal que un esposo sienta celos si otra persona da afecto o adoración a su esposa y se entromete en la relación. En ese momento, siente celos. De hecho, se habla de que ‘los celos son el furor del hombre’ (Proverbios 6:34). Así que, Dios dice: “Yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso”. Él es celoso de Su gloria. Eso es perfectamente legítimo. Sería una falta de parte de Dios, como lo sería de parte de nosotros, si no fuéramos celosos de nuestro honor y de nuestros amados. Dios es el más grande. Nadie es tan grande, tan bueno, tan dedicado y tan glorioso como Él. Ninguno de nosotros aceptará una distorsión o deshonor de nuestro carácter y así, Dios dice: “Yo soy celoso”.

Por lo tanto, amigos míos, prestemos atención a lo que Moisés escribe sobre los celos de Dios en Deuteronomio 6. Se los leeré una porción del versículo 13 al 15: “A Jehová tu Dios temerás, y a él solo servirás...porque el Dios celoso, Jehová tu Dios, en medio de ti está; para que no se inflame el furor de Jehová tu Dios contra ti, y te destruya de sobre la tierra”. Puedes ver que la ira de los celos de Dios fue intensa sobre el pueblo de Israel. Pero, consiguientemente, en segundo lugar, Él no solo dice que es celoso, [sino también] nos dice y advierte de lo que sucederá cuando lo representemos inadecuadamente. Dice que los efectos de una distorsión, una adoración deshonorosa, afectará a las generaciones venideras. Será desastroso para las próximas generaciones. Dios visitará la iniquidad de los padres contra el segundo mandamiento hasta los hijos de la tercera y la cuarta generación.

Consideremos el costo de representarlo inadecuadamente ante los ojos de aquellos que guiamos, padres, madres, nosotros los maestros y predicadores. ¿Cuál es el costo? Bueno, cuando doy un pequeño paso lejos de la representación correcta del carácter de Dios, mis hijos darán otros tres y mis nietos darán más pasos. Dios nos está advirtiendo de un alejamiento cada vez mayor. Siguen nuestros pasos, o quizá incluso se salgan de nuestros pasos para desviarse de dónde los hemos hecho desviar. El pecado y las mentiras crecen y Dios ve que esto ocurre. Él dice: ‘Oh, pueblo mío, no me representen inadecuadamente porque veo los resultados desastrosos en sus hijos y nietos, donde cambiaron la gloria de Dios con una distorsión de Mí’.

No a menudo leemos en las Escrituras que el Señor Jesús se molesta, pero ¿me permites resaltar las dos ocasiones en las que se molestó? Primero, cuando los discípulos no dejaron que los niños vinieran a Él. ¿Por qué estaba tan molesto? Porque lo representaron inadecuadamente a Él y al Padre como si Él no tuviera interés en los niños, como si ellos no pertenecieran [a aquellos] que pueden oír del reino de Dios y oír sobre el reino de la gracia. La segunda vez que Jesús se molestó fue cuando vio cómo el templo de Su Padre era deshonrado. Hicieron de una casa de oración y adoración una casa de mercancía y ganancia y eso se estaba proyectando en Ellos. Se estaba proyectando en la gloria de Su Padre, que es un Dios de misericordia y un Dios de bondad. Así que, Jesús se molesta.

Pero considera que el segundo mandamiento termina con algo alentador. Yo honraré a los que me honran, “Hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos”. Ahora bien, amigos míos, los millares no son solo individuos. Es miles de generaciones, como lo señala Deuteronomio 7:9. Así que lo que Dios está diciendo es: ‘Cuando me honran y me adoran correctamente, miles de generaciones serán afectadas’. [Como] grupo, la nación será afectada mientras guían al pueblo a la adoración correcta de Dios. Lo dije anteriormente, vuelve a considerar el contraste. Dios está vengando en justicia la representación inadecuada hasta la tercera y

cuarta generación, pero extiende Su misericordia a miles de generaciones. Eso es algo extraordinario aquí: el hecho de que Dios menciona la palabra misericordia en un libro de leyes.

La misericordia no encaja en un libro de leyes. La ley pone límites, explica requisitos y consecuencias, pero no trata con la misericordia. Pero Dios revela en Su libro de leyes la gloria de Su carácter misericordioso. Él conoce nuestra condición. Él entiende que fallaremos a pesar del mejor de nuestros esfuerzos. Seguimos siendo pecadores. Aunque hemos sido creados a Su imagen, hemos caído. Incluso si hay gracia, no somos perfectos. Por lo tanto, tanto los mejores padres como los mejores maestros, seguirán sin poder representar a Dios de la forma más perfecta. Por lo tanto, Dios expresa misericordia en los Diez Mandamientos. Él bendecirá los esfuerzos más sinceros en misericordia.

Así que el primer mandamiento nos llama a adorarlo solo a Él. El segundo mandamiento resume que debemos adorarlo a Él como es digno de Su gran gloria. Llémonos estas verdades al corazón. Examinemos nuestra adoración de Dios: En privado, en la familia. ¿Está de acuerdo con el espíritu del salmo 2:11? “Servid a Jehová con temor, y alegraos con temblor”. También llevemos estas verdades a nuestra adoración corporativa como familia de iglesias. ¿Estamos modelando nuestros servicios de adoración de acuerdo a los principios bíblicos que se derivan del segundo mandamiento? ¿Cada aspecto del servicio de adoración, al igual que la decoración y el arreglo del lugar en el que estamos, honra el espíritu y los detalles del segundo mandamiento?

Así que, mientras concluimos, hagámoslo recordando que hoy Dios es el mismo, así como era antes. El apóstol menciona esto en el último versículo de Hebreos 12: “Dios es fuego consumidor”. Por lo tanto, dice: “... tengamos gratitud, y mediante ella sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia”. Así que, Dios bendiga estas palabras, amigos míos, mientras consideramos el segundo mandamiento y el tercero la próxima vez, de que no debemos tomar el nombre del Señor nuestro Dios en vano. Gracias.

## *Lección 10*

---

# EL TERCER MANDAMIENTO

A menudo Dios habla en Su Palabra de que Él obra por amor a Su nombre. Eso quiere decir que Él exalta la gloria de Su carácter o de Su ser por medio de Sus hechos u obras. Nadie tiene tanto derecho para exaltar su nombre como Dios. Después de todo, nadie puede compararse a Él en lo más mínimo. Naturalmente, Dios protege Su nombre o Su gloria . Asociar Su nombre con algo o con alguien que es malo es muy ofensivo. Nos sentiríamos de la misma forma en cuanto a nuestros propios nombres. Pero honrar Su nombre no solo es agradable a Él. También resultará en una fuente de bendición para nosotros y para los que viven con nosotros.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 10

Bienvenidos, queridos amigos. Aquí reunidos en este día, estudiaremos algo precioso para Dios. Ese es Su santo nombre. De esta manera, el título simplemente es, Honra mi nombre. De los diez, ese es el tercer mandamiento de Dios: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano” (Éxodo 20:7). Así que, antes de que consideremos los detalles del tercer mandamiento, veamos un tercer principio que aplica a la Ley de Dios. El principio es que la Ley de Dios es mucho más de lo que presenta en su valor nominal. Formalmente, eso quiere decir que los mandamientos de Dios son espirituales.

Tienen una profundidad que necesitamos entender si realmente queremos comprender la plenitud de los mandamientos de Dios. En términos sencillos, eso significa que un mandamiento cubre mucho más que lo que encuentras en las pocas palabras de los diez. Por ejemplo, tomemos el sexto mandamiento como ejemplo: “No matarás”. Ahora bien, si lo tomamos al pie de la letra, la mayoría de nosotros, afortunadamente, no somos asesinos que hayamos matado a alguien y así roto el sexto mandamiento. Aun así, la enseñanza de Jesús en el Sermón del Monte deja muy claro que hay mucho más en el sexto mandamiento de lo que dice al pie de la letra: asesinato. Sí, rompemos el sexto mandamiento, como verás en una lección más adelante, mucho más fácil o con mayor frecuencia [de lo que pensamos], por ejemplo, cuando quebrantamos el espíritu de alguien, lo menospreciamos o usamos sobrenombres para herir o perjudicar el ser de una persona. Así, cada mandamiento es mucho más amplio y va mucho más allá de su lectura literal. Recuerda el segundo mandamiento que acabamos de ver. Dios no solo prohíbe que hagamos imágenes de piedra, sino también imágenes mentales.

Por lo tanto, cada mandamiento incluye nuestra comprensión, nuestra voluntad, nuestros afectos, nuestras intenciones, nuestras imaginaciones. Y todo eso se encuentra mucho más profundo en nuestro corazón, nuestras palabras, nuestros gestos y, por último, nuestras acciones. Todo lo que decimos o hacemos o queremos o estamos motivados a hacer necesita estar moldeado e impulsado por el amor en cada nivel de nuestra existencia humana. A eso se refería Pablo cuando escribió en Romanos 7 que la Ley es espiritual. Esa también es la profundidad de

la Ley que Jesús tiene en mente cuando enseña en Mateo 5 que a menos que nuestra justicia sea más profunda o mayor que la de los escribas y fariseos, de ninguna manera podremos entrar en el reino de los cielos.

Ahora bien, desde luego, esta profundidad en cada mandamiento no debería sorprendernos. Se entiende perfectamente que la Ley es el reflejo del ser de Dios, una transcripción de Su gran gloria y que lo que tenemos en los Diez Mandamientos es la exposición más corta de esta Ley graciosa del Todopoderoso y de Su gloria infinita. Así que, ese es el tercer principio, que la Ley es espiritual, mucho más amplia que su valor nominal.

Muy bien, ahora veamos el tercer mandamiento. ¿Me equivocaría si dijera que tú, al igual que yo, eres celoso de tu nombre y de ti mismo como persona? ¿A quién de nosotros le gusta que nuestro nombre sea mencionado de una forma despectiva o negativa, o que sea difamado? Nos sentimos ofendidos. Nos sentimos heridos. Nos sentimos humillados o deshonrados cuando alguien hace eso a nuestro nombre. ¿Por qué? Porque ese nombre nos pertenece. Soy yo. Somos nosotros. Es nuestra identidad, aunque mi nombre solo es una palabra para distinguirme a mí de otro ser humano.

Al menos esa es la forma en la que la mayoría de nosotros recibe su nombre. Pero, cuánto más es esto verdad acerca de Dios. No se nos da Su nombre para distinguirlo de otros dioses además [de Él]. Su nombre es una revelación. Su nombre es la identidad de nuestro Dios y Creador y, por lo tanto, cuando Dios se revela en Sus nombres, nos está diciendo quién es Él. Debemos tratar el nombre de Dios con gran respeto.

Así que, en el tercer mandamiento Dios revela que amar a Dios sobre todas las cosas con todo tu corazón y con toda mente y con todas tus fuerzas significa que usemos Su nombre con el mayor cuidado, con respeto y reverencia. Así que, propongo que consideremos los detalles del tercer mandamiento observando cuatro preguntas. En primer lugar, ¿por qué es tan importante usar el nombre de Dios honorablemente? En segundo lugar, ¿qué significa usar el nombre de Dios en vano? Luego, en tercer lugar, ¿cómo se hace eso? En cuarto lugar, ¿cómo usamos Su nombre honorablemente? Es decir, el lado positivo del mandamiento.

Así que, en primer lugar, ¿por qué es tan importante usar el nombre de Dios honorablemente? Porque refleja que tú y yo reconocemos quién es Dios, el primer mandamiento, y cómo es Él, el segundo mandamiento. Es importante entender que el tercer mandamiento no está aislado de los otros diez, sino que el tercer mandamiento fluye del primer y del segundo mandamiento. Cuando no reconocemos quién es Dios, el primero, [y] cuando no reflejo a Dios en mi adoración, el segundo, se revelará [en] cómo hablo de Dios o a Dios, ese es el tercero. Déjame ilustrarlo.

Consideremos que yo veo a Dios como algún ser limitado, un amante indulgente, alguien que, sin ninguna dimensión moral, hace la vista gorda a lo malo, o que lo considero como un ser impersonal, alguna fuerza, algún poder, neutral, impersonal, o todo lo opuesto, estoy asombrado de Él y Lo considero como Jeremías, que exclamó: “No hay semejante a ti, oh Jehová; grande eres tú, y grande tu nombre en poderío” (Jeremías 10:6). Exalta a Dios en sus pensamientos. Ahora bien, ¿cómo se reflejará ese entendimiento distinto, esa apreciación distinta y esa fe distinta en Dios? ¿Cómo me influenciará en mi forma de hablar sobre Él, en mi forma de referirme a Él? Verás, si Dios no es nada [más] que alguna clase de abuelo inofensivo o algún espantapájaros en un huerto de verduras, ¿por qué deberíamos preocuparnos por Su nombre? Pero si, por otro lado, considero que Dios es exaltado, el Santo, el Todopoderoso, el Creador infinito de los cielos y de la tierra, ante cuya presencia incluso los ángeles sin pecado tienen que cubrirse, esto se reflejaría en cómo uso Su nombre. Y, deshonrar el nombre de Dios tiene consecuencias muy graves.

Dios añadió al tercer mandamiento que no daría por inocente a aquellos que usaran Su nombre en vano. Castigaría la deshonra causada contra Su nombre, y eso sería experimentado en esta vida y en la próxima. Así que, pensemos en esto. ¿Qué tipo de castigos serán experimentados cuando usamos incorrectamente Su nombre conscientemente y sin cuidado? ¿Dios solo está interesado en proteger Su glorioso nombre o también está pensando más allá, en que nos pasará a ti y a mí cuando usamos Su nombre en vano? En efecto, Él también está pensando en eso.

Pensemos en qué le pasa a tu relación con tu padre, madre, esposa, amigo, cuando hablas [deshonrosamente], cuando usas su nombre de una manera deshonrosa. ¿Qué pasa con la relación? La relación se degenera; [viene] un distanciamiento, quizá más que eso. El comportamiento se vuelve malo. Ahora bien, si eso pasa entre humano y humano, también pasa entre Dios y nosotros. Y, cuando deshonro el nombre de Dios en mis hechos y palabras, disgusto, ofendo y hiero al Señor Dios. Y, ¿qué sucede? Él va a retroceder. Él se va a detener. Él se va a

retirar. No hay un juicio más grave que podamos experimentar en esta vida que cuando Dios se aleja de nosotros y se niega a nosotros.

Si lees en Romanos 1, verás eso reflejado allí, en la cultura de los días de Pablo. Dios los entregó. Él los deja a una vida cada vez más malvada, que los destruirá por completo. Verás, Dios está interesado en lo que nos ocurre cuando no honramos Su nombre. Profanar el nombre de Dios viene acompañado con una secuela de otros pecados como consecuencia. Vuelve nuestros corazones insensibles a Dios y en Su contra. Lleva a despreciar Su autoridad. Socava la fuerza de los juramentos solemnes que hacemos en las cortes o en las promesas que nos hacemos los unos a los otros. Hace que cada oración se vuelva un acto de burla y corrompe a familias enteras a nuestro alrededor. Como dice Jeremías 23:10: "...a causa de la maldición la tierra está desierta". Así que, si resumimos todo, deshonorar el nombre de Dios es la enfermera del pecado. Es el padre de crianza del desagradecimiento, la rebelión y la impiedad. Eso es lo que Dios está atacando cuando dice en el tercer mandamiento: 'No uses mi nombre en vano'.

Así que, en segundo lugar, ahora consideremos ¿qué significa exactamente usar el nombre de Dios en vano? La palabra hebrea vano quiere decir frívolo, desconsiderado, irreverente. Así que, Dios manda que expresemos nuestro amor a Él en palabras que reflejan que Lo consideramos muy sagrado, que Lo estimamos, que Él es preciado y glorioso ante nuestros ojos. Así que, aquellos de nosotros que mencionamos el nombre de Dios en nuestras conversaciones diarias no hacemos justicia al nombre de Dios. Cuando nos referimos a Dios sin sinceridad, superficialmente y sin pensarlo mucho, estamos generando desprecio, así como la familiaridad genera desprecio. Estaríamos generando una actitud casual, descuidada y común hacia el Dios que es un ser santo. Estoy de acuerdo con el que dijo que aquellos que demuestran esta actitud inconsecuente hacia Dios en el uso casual de Su nombre nos dice mucho más sobre ellos de lo que dicen los credos a los que se suscriben. Ahora bien, conocemos el tipo de metal por el sonido que produce cuando lo tocamos y conocemos al hombre por la manera en la que habla de Dios.

Así que, para guardarnos de ese error, no solo tenemos el tercer mandamiento, sino [también] considera el Padrenuestro, donde Jesús instruye a Sus discípulos a orar en la primera petición, "santificado sea tu nombre". Incluso en la dedicatoria de la oración: "Padre nuestro que estás en los cielos", siente la reverencia, la exaltación que siempre debemos tener en mente: aunque hablamos a nuestro Padre, aún está en el cielo. Y, "santificado sea tu nombre" quiere [decir]: 'Enséñanos a vivir para que podamos hacer y decir todo lo que glorificará y exaltará Tu nombre'.

Así que, tomemos un momento para reflexionar. A ninguno de nosotros le gustaría que todas las personas en el mundo usaran nuestro nombre de una forma casual cómo una palabra de transición o una exclamación para enfatizar una idea que tuviste o cuando te das un golpe, como una expresión de desagrado. Eso no nos gustaría. O si eres padre o profesor o cualquier otro tipo de figura de autoridad y aquellos que están bajo tu guía se refieren a tu nombre faltando el respeto como si fueras un don nadie, como si no existieras o [no importaras].

Ahora, consideremos este mandamiento y veamos cómo usamos el nombre de Dios o incluso formas más cortas del nombre de Dios. ¿Lo estamos usando honorablemente? Así que, consiguientemente, ¿cómo usamos Su nombre en vano? Hay muchas formas de hacerlo. En primer lugar, al referirnos o al hablar deshonorosamente sobre Dios o a Dios. En segundo lugar, al apelar a Dios en una conexión deshonorosa. Y, en tercer lugar, al no traer honor a Su nombre. Ahora, permíteme repasarlas brevemente.

En primer lugar, tomamos Su nombre en vano cuando nos referimos a Él deshonorosamente. Ahora, la forma más común es usar Su nombre como Dios o Jesús, o Sus atributos como ¡cielo santo!, o Sus títulos, como ¡Señor!, sin darle importancia o de una forma vacía. No tiene nada que ver con adoración. Solo es mencionado cada día como parte de nuestro vocabulario y no tiene nada que ver con reconocer, honrar o adorar Su nombre de verdad. Ahora bien, algunas personas tienen la costumbre de decir: "Dios te bendiga" o "gloria a Dios" o "amén" sin tener un sentido verdadero de la seriedad y la intención, sino solo usándolas como frases. Así que, por favor, recordemos que esa no es la forma en la que queremos que otros usen nuestro nombre. Así que, tampoco usemos el nombre de Dios de esa manera.

Ahora bien, tomar el nombre de Dios en vano puede hacerse durante el tiempo de adoración. Dirigirnos a Dios en oración es una cosa solemne. Estamos hablando a Aquel ante el cual los ángeles se cubren con una atención reverente a Su gloria. Si predico o enseño en Su nombre, es mejor que esté consciente de en nombre de

quién estoy hablando. Y si me dirijo a Él en oración mejor es estar consciente de a quién hablo. Así que, la trivialidad y la informalidad en postura y expresión no solo demuestran una gran ignorancia, sino también irreverencia hacia quién es Dios. Así que, tengamos en mente el uso desconsiderado y sin propósito de Su nombre en nuestras oraciones y alabanzas, en las que solo repetimos Su nombre como una palabra de costumbre o para llenar un vacío en el orden de las ideas en los que simplemente usamos Su nombre, o en el que no expresamos nuestra reverencia y estima de Dios en la forma en la que oramos a Él.

Así que, en tercer lugar, consideremos que usar el nombre de Dios o referirnos al nombre de Dios de manera informal o trivial a menudo se convierte en la madre de más faltas de respeto y de pecados descarados. A menudo se dice que la informalidad es la prima de la blasfemia. Cuando pierdo el respeto, me olvidaré de otros límites. Y consiguientemente, un pecado lleva al otro. Obviamente, tomamos el nombre de Dios en vano cuando maldecimos. Mencionar el nombre de Dios cuando me molesto, me doy un golpe, me asusto o para insistir en un punto todo tiene la cualidad de la maldición. . Tristemente, eso es tan común en nuestra sociedad hoy en día que ya casi nunca oímos esto. Necesitamos recordarnos el uno al otro que un silencio pecaminoso cuando oímos el nombre de Dios tomado en vano, es transgresión contra el tercer mandamiento. Así que, guardémonos de excusarnos rápidamente como si no lo hubiéramos oído. Pues en realidad, eso refleja que amamos nuestro propio nombre más que el nombre de nuestro Dios y nuestro Creador.

Así que, podemos tomar el nombre de Dios en vano en el área de hacer juramentos y votos falsos. A eso me refería con usar el nombre de Dios en una conexión deshonrosa. Dios no nos prohíbe que hagamos juramentos en la Biblia. En el contexto de un tribunal, la verdad puede confirmarse con una apelación solemne al conocimiento de Dios. Vemos ejemplos de eso. Pablo apeló a Dios varias veces. Así que, al hacer juramentos, honramos el ser de Dios como el que tiene el poder para juzgar entre nosotros y los demás y para castigarnos si hablamos mentiras. Así que cuando se nos pregunta en nuestros tribunales: “¿Jura decir la verdad y nada más que la verdad?” Y respondemos “Sí, que Dios me ayude”, es un uso válido del nombre de Dios, a menos que, desde luego, este siendo obviamente deshonesto o mentiroso.

Las Escrituras también registran ejemplos muy apropiados de votos que hacemos en el nombre del Señor. Piensa en el siervo de Abram y en cómo hizo un voto con Abram en cuanto a la esposa para el hijo de Abraham, Isaac. Así mismo, un voto es completamente apropiado al entrar en el matrimonio. Esos son votos que hacemos con Dios y apelamos a Él y a Su conocimiento en la sinceridad de nuestro corazón. No obstante, desacreditamos y deshonoramos el nombre de Dios cuando apelamos a Su poder y conocimiento a través de un juramento o un voto con engaño en nuestros corazones. En los tribunales civiles, eso se llama perjurio y es un pecado serio y una seria deshonra al nombre de Dios.

Ahora, tomamos el nombre de Dios en vano en la blasfemia. Eso debe ser obvio. Cuando culpo o agravio a Dios o cualquiera de Sus atributos y digo cosas infames e impías sobre Él, es un horrible pecado de deshonra. Las Escrituras registran varios ejemplos de blasfemias de individuos contra el Dios de Israel. Piensa en Faraón cuando retó al Señor: ‘¿Quién es Jehová, para que yo oiga Su voz?’ Ahora bien, puede que eso no suene como blasfemia, pero ciertamente lo es. O piensa en Rabsaces cuando dice: ‘¿Quién es Jehová para que te libre de mi mano?’ (Isaías 36:20). Eso es un desafío directo contra el Dios del cielo en un contexto blasfemo.

Pero hay un aspecto de tomar el nombre de Dios en vano que no tiene nada que ver con palabras. Es interesante que la palabra hebrea tomar, que encontramos en el tercer mandamiento, al menos en inglés: “No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano”, en hebreo esta palabra siempre es usada con el significado de portar o llevar, no solo en la boca sino de una manera diferente en la que llevamos el nombre de Dios. Se nos llama por el nombre de Dios. Los israelitas son llamados así con frecuencia: llevaban el nombre de Dios. Lo mismo sucede con nosotros como creyentes del Nuevo Testamento. Aunque era un sobrenombre, hoy es una descripción: cristiano. Llevamos el nombre de Cristo. Fuimos marcados con el nombre del Dios trino: Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Varias veces en el Antiguo Testamento, Dios dice que Israel profana Su nombre cuando hacen cosas pecaminosas. Piensa en esta. Amos 2:7 se refiere al horrible pecado contra el séptimo mandamiento y aun así está conectado con el tercero. Escucha esto. Dios reprende al hombre y a su padre que abusan sexualmente de la misma joven, y añade: “...profanando mi santo nombre”. Piensa en un individuo del ejército que lleva el nombre de su país y [comete un acto deshonesto]. Es una acción, aunque no haya palabras. Toma el nombre de su país en

deshonra. De la misma forma, como cristianos, cuando no reflejamos la santidad y la gloria de Dios en nuestra vida, tomamos el nombre de Dios en vano.

Eso no lleva, consiguientemente, a nuestra última consideración. ¿Cómo usamos el nombre de Dios honorablemente? Una de las mejores respuestas se encuentra en el catecismo de Heidelberg. Aunque no lo digo en cada lección, los animo a todos a tomar el catecismo de Heidelberg o el catecismo de Westminster y a leerlos en conexión con los mandamientos. En cuanto al tercer mandamiento, la pregunta número 99 del catecismo de Heidelberg responde: “que no empleemos el santo nombre de Dios, más que con temor y veneración, a fin de que Él sea rectamente confesado, invocado y glorificado por nuestras palabras y hechos”. Ahora bien, la versión breve de esas palabras es que en todo lo que dices y haces, puedes reflejar el carácter de Dios como lo reveló en Su nombre.

Así que, cuando consideras las expectativas de Jesús en Mateo 5:16: “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre”, ese es el tercer mandamiento. Eso refleja la gloria de Su nombre en cómo vivimos, en lo que hacemos. Así, pueden glorificar a Dios el Padre. Cualquiera que lleva el nombre de cristiano, que es hijo o hija del Padre y que actúa o habla de una manera piadosa está honrando el nombre de Dios. Cuando somos insultados, no devolvemos el insulto, sino que lo soportamos en mansedumbre y damos la otra mejilla, cuando oramos genuinamente por los que nos persiguen, llevamos el nombre de Dios y Lo honramos.

Así que, al explorar los detalles de estos mandamientos, [son] un tipo de radiografía espiritual, ¿no es así? Revelan muchos aspectos de nuestra vida en los que no amamos devocionalmente al Señor nuestro Dios. ¿Por qué debemos mirar la Ley con tanta profundidad y dejar que la Ley mire en nuestro interior con tanta profundidad? La pregunta número 115 del Catecismo de Heidelberg nos da una respuesta muy buena que me gustaría leer. ¿Por qué debemos mirar la Ley con tanta profundidad? “Primeramente, para que durante toda nuestra vida conozcamos más y más, cuán grande es la inclinación de nuestra naturaleza a pecar, y así busquemos con más fervor la remisión de nuestros pecados y la justicia de Cristo. Después, que nos apliquemos sin descanso a suplicar a Dios la gracia de su Espíritu Santo, para que cada día seamos más renovados a su imagen, hasta que, después de esta vida, alcancemos la perfección que nos es propuesta”. Por lo tanto, pidamos en oración que, a medida que vemos esta exposición de cada mandamiento, el Espíritu Santo no solo revele lo que representan, sino que nos convenza de pecado en nuestros corazones y santifique nuestras vidas.

Por lo tanto, concluyamos juntos pensando en las palabras de Judas, que son alentadoras. La doxología en la epístola de Judas anima a aquellos de nosotros que sienten el estrés de lo mucho que fallamos incluso en este tercer mandamiento. Judas escribe: “Y a aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria con gran alegría, al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea gloria y majestad, imperio y potencia, ahora y por todos los siglos. Amén”. Gracias. Que Dios bendiga estas palabras.

## *Lección 11*

---

# EL CUARTO MANDAMIENTO

“Para que no olvidemos...” Esas palabras se refieren a la vida de los soldados caídos, pero también se aplican a la Ley de Dios. En particular, esto se aplica al único mandamiento que muchos omiten honrar. Es el mandamiento que no inicia con “No harás...” En cambio, nos enfatiza a “¡Recordar!” El regalo del día de reposo ha sido dado para nuestro beneficio y bendición. Honrar este día trae múltiples bendiciones. Las familias y las naciones prosperarán a partir del descanso semanal, del refrigerio al reflexionar sobre Dios y Su Palabra. El alma e incluso nuestro cuerpo prosperarán cuando recordemos usar el regalo de Dios del día de reposo semanal.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 11

Bienvenidos, queridos amigos. Hoy tengo el privilegio de hablarles nuevamente sobre otra parte de la santa Ley de Dios. El día de hoy estaremos considerando el regalo semanal de Dios del día de reposo, basado, por supuesto, en los Diez Mandamientos, el cuarto mandamiento en Éxodo capítulo 20 donde Dios dice: “Acuérdate del día de reposo para santificarlo”. En Deuteronomio 5, Moisés lo registró como “guardarás el día de reposo”, u observa el día de reposo, “para santificarlo, como Jehová tu Dios te ha mandado”. Dios tiene una buena razón para ordenarnos esto y estoy emocionado de mostrarte cuál es el trasfondo y cuál es la intención del cuarto mandamiento.

Pero antes de hacer eso, echemos un vistazo a un cuarto principio que se aplica a los Diez Mandamientos. Y es que las transgresiones de la santa Ley de Dios están en dos categorías. Los pecados de comisión son los pecados de hacer lo que Él prohíbe, pero también están los pecados de omisión, los pecados de no hacer lo que Él ordena. Ahora, el pecado de comisión es cuando Él dice: “No robarás”, y yo entro en la casa de mi vecino y robo su dinero. Eso sería cometer un pecado, pero también existe el pecado de omisión. Por ejemplo, cuando tengo en abundancia y me encuentro con un vecino necesitado que tiene hambre o frío y no le doy, también estoy robando en el reverso del mandamiento, “darás”. Eso es un pecado de omisión. Santiago define ese pecado en Santiago 4:17: “Y al que sabe hacer lo bueno, y no lo hace, le es pecado”.

Ahora, es bastante común que pensemos más en nuestros pecados de comisión que en los de omisión. Quizás es porque la Ley de Dios está redactada en la comisión “no harás”. Pero, amigos, en realidad los pecados de omisión pesan más que los pecados de comisión. Cuando no amé como debía. Cuando no hablé por el honor de Dios, sino que guardé silencio. Cuando no compartí el mensaje de esperanza con un vecino. Cuando no lo alabé cuando otra misericordia tocó mi vida, y la lista sigue y sigue... Los pecados de omisión son mayores. Entonces, que tanto la comisión como la omisión nos hagan darnos cuenta de cómo necesitamos la sangre de Jesucristo y Su justicia a diario.

Entonces, habiendo considerado ese principio, ahora dirijamos nuestra atención al regalo semanal del día de reposo como Dios ha legislado en el cuarto mandamiento. Hay dos principios básicos que debemos analizar por un momento antes de analizar el mandamiento mismo. Y el primero es que el cuarto mandamiento tiene un carácter permanente. Como cristianos del Nuevo Testamento, todavía estamos obligados a honrar el día de reposo semanal. Podemos dar algunos argumentos al respecto.

Primero, el cuarto mandamiento fue escrito con el dedo de Dios en las tablas de piedra de la Ley al igual que los otros nueve, y no hay indicios de que Dios quisiera que ese mandamiento fuera borrado o reescrito. Recuerda que el día de reposo no era una institución mosaica. “Acuérdate del día de reposo”. Se refiere al día de la creación. El propósito del día de reposo es tan necesario hoy como lo fue en los días de Moisés. El propósito de Dios para el día de reposo era deleitarse en las obras de Su propia creación y es por eso que también lo necesitamos. Curiosamente, en Éxodo 31:17 Moisés escribió: Dios “cesó y reposó” en el séptimo día. Ahora bien, la palabra reposó es una palabra única. Dios no necesitaba descanso físico, pero reposó al ver la obra que había creado. Eso insinúa, esa palabra reposó, la intención del día de reposo semanal. Es dado para nuestro refrigerio.

Entonces, ninguna Escritura del Nuevo Testamento prueba en ningún lugar que este patrón de seis días de trabajo seguido por un día de descanso haya sido revocado o cambiado. Lo que el Nuevo Testamento no revoca, o no prohíbe, se mantiene tal como el Antiguo Testamento lo ha redactado, porque el Antiguo Testamento tiene tanta autoridad como el Nuevo Testamento. En resumen, consideremos que los Diez Mandamientos siguen siendo la Ley base, la constitución básica del reino de Dios. De hecho, hay algunos aspectos ceremoniales o civiles que han cambiado en el Nuevo Testamento, pero el carácter moral del día de reposo sigue siendo el mismo.

El segundo principio, en el que, desde luego, podríamos dedicar mucho más tiempo requiriendo de una lección por separado para respaldarlo, es que el día de reposo en el Nuevo Testamento se ha convertido en el primer día de la semana en lugar del séptimo. Solo compartiré uno de los argumentos en esta ocasión. Si comparas Éxodo 20 con Deuteronomio 5, observas que el punto de referencia de la observación del día de reposo ha cambiado. En Éxodo 20, Moisés, o más bien, Dios mismo, lo conectó a la creación. Moisés, sin embargo, lo conectó al éxodo de la tierra de Egipto. La redención de los israelitas se convirtió para ellos en el punto de referencia al cual se conectaba el día de reposo.

Ahora bien, en el Nuevo Testamento supone un motivo aún mayor cuando tenemos la resurrección del Señor Jesucristo en el primer día de la semana. Desde entonces, los primeros cristianos observaron el primer día de la semana como su punto de referencia para el día de reposo. Y esto cambió del séptimo día al primer día. También encaja perfectamente en la historia de la redención en el desarrollo de la belleza del mensaje del evangelio. En el Antiguo Testamento, al delante de Cristo y de Su obra, es como si la iglesia del Antiguo Testamento esperara el descanso, trabajando seis días para llegar al descanso. Pero ahora, en el Nuevo Testamento, el evangelio está completo y claro: comenzamos con el descanso en el primer día y de ahí abordamos nuestra tarea y hacemos el trabajo que Dios nos llama a hacer. Entonces, el día de reposo cristiano está anclado en los méritos de Cristo; y descansando en Su obra terminada, salimos a nuestra semana de trabajo. Por supuesto, ese cambio de día no afectó el carácter moral del día de reposo.

Entonces, consideremos ahora, ¿qué quiere decir Dios exactamente, cuando nos ordena que santifiquemos el día de reposo? Hay dos preguntas principales que propongo consideremos. En primer lugar, ¿por qué Dios legisló este cuarto mandamiento? Y, en segundo lugar, ¿qué se entiende por guardar u observar el Día del Señor como un día santo? Entonces, en primer lugar, ¿por qué Dios legisló este cuarto mandamiento? Lo hizo para proteger Su regalo tan especial para nosotros. Un día en un ciclo de siete días, Dios nos da un día como día libre de la labor diaria, un día en el que podamos descansar y renovarnos, un día en el que podamos recalibrarnos en nuestra relación con Él, con Dios, en la adoración a Él para que podamos estar mejor preparados para los seis días de trabajo que vienen. Y, al mirar a tu alrededor, te darás cuenta que en la historia del mundo cada cultura y cada era que ha honrado el día de reposo semanal de acuerdo con los principios bíblicos, ha experimentado especialmente en ese cuarto mandamiento la gran recompensa que Dios da al honrarlo.

Está claro que promueve la salud física. Promueve nuestro bienestar emocional al alejarnos del apuro, el estrés y la tensión del trabajo diario. Es obvio que esto renueva y restaura la vida espiritual, y podemos enfocar nuestra mente en lo celestial, lo espiritual, a medida que la Palabra y el Espíritu obran juntos para fortalecer nuevamente en nuestro corazón lo que puede sufrir espiritualmente en la semana. Fortalece el vínculo de compañerismo

cuando nos reunimos con otros cristianos y para algunos de nosotros estos son los únicos cristianos con los que podemos reunirnos en toda la semana si trabajamos en el mundo secular. También beneficia a nuestros animales en la granja, si tenemos algunos, o incluso a nuestros visitantes o viajeros que vienen casualmente. En los días de la Biblia, desde luego, cuando toda la sociedad se detenía, sí, incluso los viajeros tenían que detener sus negocios y participar. Y también era un propósito evangélico, mostrar a las naciones la belleza del día de reposo semanal.

Dios sabe, amigos, que cada relación necesita tiempo de calidad. Si una relación ha de profundizarse, necesita tiempo de calidad. Debe haber un enfoque el uno en el otro. La mayoría de nosotros estamos ocupados seis días a la semana. Llevamos a cabo la obra de Dios en nuestra tarea diaria, sea lo que sea. Se necesita mucha energía, a veces con poco tiempo para disfrutar o enfocar nuestra mente en nuestro Creador. Por lo tanto, el Señor, como nuestro Empleador divino dice: 'Mira, debes hacer tu trabajo en seis días; el día de reposo, estás libre de tu trabajo diario y te doy un día de reposo, un día reservado para ti. No, para mí y para ti'. No es un día ocioso. No lleguemos a esa conclusión. No es un día para dormir. No es un día para hacer tu pasatiempo favorito o consumir todo el día en fiestas y visitas turísticas. No, es un día en el que tenemos tiempo para descansar, renovarnos y reenfocarnos. Es una oportunidad para escuchar Su Palabra, para adorarlo en comunión corporativa y en actos de misericordia. Todo esto nos permite pasar un tiempo alejado de lo que normalmente no nos deja pasar tiempo con Dios. "Jehová tu Dios", dice el mandamiento.

Entonces, cuando nos acercamos a las palabras de Jesús en Marcos 2:27-28, no saquemos la conclusión incorrecta de esa declaración, como a menudo parece hacerse. Jesús dice allí, a los escribas y fariseos: "El día de reposo fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del día de reposo. Por tanto, el Hijo del Hombre es Señor aun del día de reposo". Ahora, si estudias el contexto de estas Escrituras, te das cuenta de que los escribas y fariseos confrontan nuevamente a Jesús por quebrantar el día de reposo cuando todo lo que está haciendo es hacer el bien. Así, en ese contexto, Jesús remueve del día de reposo todas las reglas y regulaciones que obstaculizan la belleza de ese día. Y, para muchas de estas personas judías, el día se ha vuelto casi insostenible por todas las reglas que tienen que cumplir. Así que, esa era su intención, redimir nuevamente el día de reposo, sacar a relucir su verdadera intención.

Entonces, ¿cuál es la verdadera intención? ¿Qué significa guardar y observar el Día del Señor santo? La palabra santo significa estar separado, significa ser apartado, mantenerlo especial. El día de reposo se distingue de los otros seis días de la semana en los que hacemos nuestros deberes cotidianos y nuestros deberes habituales y ordinarios de vida y estos difieren para cada uno de nosotros. Algunos de ustedes van a la escuela y estudian mucho toda la semana. Para algunos de nosotros es la familia y estamos ocupados con eso. Otros trabajan en fábricas o en el ámbito de la medicina. Estamos ganando dinero para mantener a nuestras familias. Ahora bien, uno de esos días, cada seis días, se apartó un día de estas labores ordinarias.

Ahora, este patrón de seis días de trabajo y uno de descanso está diseñado a partir del patrón de Dios en la semana de la creación. Es por eso que el cuarto mandamiento comienza indudablemente con "acuérdate". Lo que ha sido el patrón desde la creación del mundo, debe continuar. Dios cesa de Su trabajo ordinario. Del mismo modo, nosotros debemos cesar. Dios continúa Su obra de la providencia, por lo que podemos continuar proporcionando alimento para la familia, podemos cuidar de los niños o de alguien cuando necesita ayuda o está herido. Necesitamos cuidar la seguridad en el mundo hostil en que vivimos. Esas son las obras necesarias. Eso obviamente puede y debe continuar. Entonces, piensa en los muchos cristianos de hoy que a través de las circunstancias políticas en las que se encuentran o tal vez bajo las presiones económicas, ni siquiera tienen la oportunidad o la libertad de tomarse uno de los siete días para separarlo. Obviamente, esa fue también la experiencia de los judíos en la época de la esclavitud egipcia.

Entonces, echemos un vistazo a las cuatro formas en las que debemos santificar el día de reposo para que refleje la intención del cuarto mandamiento. La primera es que decididamente nos mantenemos alejados de convertir el domingo en un día de diversión. En el área donde vivo, muchas de las iglesias cristianas tienen servicios el sábado en la noche y el lunes en la noche. Y al preguntar la razón, la respuesta simplemente fue: "Bueno, eso permite que nuestra congregación use el domingo para jugar, para pescar y para salir. Así pueden ir a visitar a sus amigos. No tienen el inconveniente de asistir a la iglesia. Por eso lo hacemos otra noche". ¿Ves lo que hay detrás de esto? Reprogramamos a Dios a un lugar en nuestra semana que se ajuste mejor a nuestro horario. Eso es la adoración de nuestra propia voluntad. Esa no es la intención del cuarto mandamiento de Dios. Les recuerdo las

palabras de Dios en Isaías 58, donde Dios habla sobre la observancia del día de reposo y vale la pena escuchar por un momento las palabras exactas que Él dice allí. “Si retrajerés del día de reposo tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamares delicia, santo, glorioso de Jehová; y lo venerares, no andando en tus propios caminos, ni buscando tu voluntad, ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová; y yo”, esa es la promesa “te haré subir sobre las alturas de la tierra, y te daré a comer la heredad de Jacob tu padre; porque la boca de Jehová lo ha hablado”. ¿Te das cuenta en este versículo cómo Dios muestra la gran recompensa de guardar el día de reposo? Esa era Su intención. Él no hizo el cuarto mandamiento para quitarnos algo. Él estableció límites alrededor de cada día de reposo para darnos algo.

Entonces, en segundo lugar, eso significa que santificar el día de reposo es detener nuestras labores ordinarias. “Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios”. El cuarto mandamiento también incluye la voluntad de Dios de que trabajemos seis días a la semana, que proveamos para nuestras familias por seis días de la semana según la justa demanda de la vida, pero cada séptimo día es un día de descanso para todos. Eso involucra no solo a nuestros hijos. También a aquellos que trabajan para nosotros, si tenemos siervos, empleados o incluso visitantes ese día. Y, por supuesto, como ya dije, ese no es solo un día para dormir y para descansar. Es un día para usarlo de manera diferente a los otros seis días de la semana. No es solo un día libre para hacer las cosas para las que no tuvimos tiempo en los otros seis días porque estábamos muy ocupados con el trabajo. La orden de cesar nuestro trabajo es liberar nuestro tiempo para prestar más atención a Dios, reflexionar en Su Palabra, contemplar Su obra, también las de la naturaleza.

Por lo tanto, no llenemos este día con todo tipo de actividades que nuevamente quiten nuestro enfoque de Dios para lo cual fue dado realmente. Es como una pareja que tiene una cita. Reservaron un día para pasar tiempo juntos. Sin embargo, en lugar de pasar tiempo juntos, ambos están en sus teléfonos o ambos están haciendo otras cosas. Ese no es un día en el que la relación se profundiza y se construye. Ahora, desde luego, algunos necesitarán trabajar en el Día del Señor. Soy un ejemplo de eso. ¡Es uno de mis días más ocupados de la semana! Y, de hecho, en el ministerio o en el trabajo médico u otros en las fuerzas de seguridad, etc., obviamente trabajarán en el Día del Señor. Pero, ¿qué es para ellos aún importante? Que tengan un día de reposo también, después de sus seis días de trabajo. En mi caso, eso suele ser el lunes. Ahora, ese es mi día de reposo, por lo que otros deben recordar que incluso, si están obligados a trabajar en el Día del Señor por las razones necesarias, deben guardar el día de reposo.

Ahora, en tercer lugar, santificar el día de reposo significa que debemos dirigir nuestro enfoque y nuestra atención hacia nuestro Creador, o tu Redentor, o Esposo, espiritualmente; tu Padre, el Señor Jesús. Este es el día, amigos, que Dios nos ha dado para nuestro beneficio espiritual. No puedo mejorar las palabras que ahora citaré de un autor que dijo: “En este día, al prestar atención a la majestuosa Palabra de Dios, pasamos tiempo en oración y meditación en privado y compartimos la comunión con otros santos. En la adoración corporativa, al escuchar, orar, cantar y hacer uso de los sacramentos, a través de Su Palabra y de Su Espíritu, nuestras almas son limpias de pecado, de todo de lo que no ha contaminados esta semana, cuando nuestros afectos son nuevamente atraídos por el Dios que debemos adorar. Aumentan y se elevan nuestras reservas de gracia a medida que las corrupciones de nuestro corazón son sometidas nuevamente y se fortalecen los lazos de comunión”. Ese fue el regalo del día de reposo, la verdadera intención.

En este día, piensa en ello como si el pastor nos llamara a salir de todas nuestras tareas en la vida y dijera: “Ven aquí y descansa un rato. Ven aquí, al redil. Escucha lo que tengo que decir”. Somos nutridos. Nos acostamos en los pastos verdes. Bebemos de las aguas tranquilas. Y luego, al día siguiente, volvemos al valle de la sombra de la muerte. Vamos a enfrentar los desafíos, las tentaciones, las tareas que tenemos. Y hay algo drásticamente mal si tenemos la actitud de ‘Bueno, cumplamos con este compromiso de pasar tiempo con Dios lo más rápido posible para que podamos ir a hacer nuestras propias cosas’. Si esa es nuestra actitud y así es como nos vemos en la celebración del Día del Señor, entonces esa es una tarea espiritual en lugar de una delicia.

Que este día también sea un día en el que ustedes, como jefes de familia, organicen el día para que sus hijos sean un día espiritualmente provechoso. Reserven tiempo para instruir a sus hijos, padres. Este es el día para eso. No hay escuela, no hay otras cosas. Este es el tiempo que pasan como familias construyendo relaciones, profundizando la comprensión de la Palabra de Dios. Eso requiere constancia y pensamiento proactivo a medida que criamos a nuestras familias.

Ahora, por último, en cuarto lugar, este día es un día en el que podemos participar en las obras de caridad. Nuestro Señor Jesús dio ese ejemplo cuando realizó muchos actos de misericordia en el día de reposo. Aunque despertó la ira de Sus líderes, de los líderes religiosos, solo estaba haciendo la obra del Señor. Así que, a través de ese ejemplo se nos da la instrucción de usar el día de reposo para hacer obras de misericordia que, de lo contrario, tal vez no tendremos tiempo en la semana de hacer. Entonces, capacitemos nuestro pensamiento en la dirección de usar algo de nuestro tiempo extra para ministrar a nuestros vecinos necesitados; no, no para cortar el césped y hacer sus compras y limpiar sus casas. Ese no es un trabajo necesario. Pero no, debemos ministrar en las necesidades espirituales, emocionales y sociales. Algunos de ellos están solos. Algunos de ellos están necesitados. Algunos de ellos también tienen hambre. Y Santiago señala que cuando vemos a un hermano o una hermana que tiene hambre y les decimos al final del servicio: ‘Bueno, que tengas una buena semana y que puedas cobijarte y alimentarte’, y nosotros no lo acogemos y le damos de comer, es pecado.

Entonces, después de haber considerado estos principios fundamentales del cuarto mandamiento de Dios, aún no he respondido todas las preguntas que surgen. ¿Podemos hacer esto? ¿Podemos hacer aquello? No hay fin de eso. Estas aplicaciones de casos, amigos, son algunas de las cosas que usted y yo necesitamos hacer. Y ¿cuál es la mejor manera de hacer eso? Utilizando un esquema de algunas preguntas, para evaluarlas y ver qué no y qué sí, a través de un marco de preguntas. Tengo cuatro preguntas que a menudo me hago cuando trato con guardar el día de reposo. La primera es: ‘¿Esta actividad me distraerá o me quitará el deleite en la adoración espiritual a Dios? ¿Qué le hará a mi mente o la mente de mis hijos?’ En segundo lugar: ‘¿Esta actividad ayudará a mi familia, pero también a mis vecinos, tal vez incluso a mis vecinos no creyentes, a tomar en serio el Día del Señor?’ Y, en tercer lugar: ‘¿Es lo que hago simplemente para consentirme física, mental o socialmente? ¿Cuál es el propósito principal de esto? ¿Es realmente para reenfocar mis pensamientos en Dios, o es simplemente egoísta? Y lo que hago o lo que permito ¿está alineado para mantener especial el carácter del día de reposo?’.

Ahora, cuando observas esas cuatro, entonces realmente no cabe duda de que debes priorizar ir a los servicios de adoración dominical para escuchar la exposición de la Palabra y comprender lo que Dios nos está diciendo y, preferiblemente, dos veces al día. Probablemente experimentaste el primer servicio como el de limpieza, a medida que salimos, a menudo, de este entorno secular y somos confrontados nuevamente con la Palabra de Dios. Con frecuencia, el segundo servicio es mucho más beneficioso ya que nos alimentamos y profundizamos en nuestra comprensión de la voluntad y el ser de Dios. Tómame un tiempo personal extra en el Día del Señor para orar y leer. Eso no debería ser negociable.

Y entonces, concluyamos diciendo esto: descuidar el Día del Señor trae un gran daño espiritual a la calidad de nuestra vida personal, familiar y eclesial, en general. Cuando no estamos cara a cara con Dios en Su majestad, cuando no estamos escuchando y bebiendo las verdades de la Palabra de Dios, cuando no estamos nutridos, ni priorizamos nuestra relación con Dios sobre todas las demás, nuestra vida se verá afectada. De hecho, la puerta de entrada a la pendiente resbaladiza de la declinación y de la apostasía es acabar con el cuarto mandamiento. En mi ministerio pastoral, veo que cuando la gente comienza a comprometer el cuarto mandamiento y el Día del Señor, los ves escabullirse gradualmente, si no ellos, ciertamente sus hijos y nietos. Entonces, amigos, el cuarto mandamiento comienza con: “Recordar, observar y guardar”. Dios sabe lo sagrado que es este día. Una pequeña canción para niños lo pone en perspectiva. “El Día del Señor invertido correctamente trae una semana de alegría y fuerza para los trabajos del mañana, pero el Día del Señor profanado, lo que sea que se gane, es verdaderamente un precursor del dolor”.

Bueno, eso completa la primera tabla de la Ley. Esperamos abordar la segunda tabla de los Diez Mandamientos de Dios y son tan hermosos y valiosos a medida que reflejan nuevamente el amor devocional de Dios por nuestro bienestar. Muchas gracias. Que Dios nos bendiga.

## *Lección 12*

---

# EL QUINTO MANDAMIENTO

Dios nos dio poder cuando diseñó la tierra para que fuera gobernada a través de Sus representantes. Estas estructuras de autoridad que Dios ha establecido son para nuestro bien. Tienen el propósito de mantener en orden el espacio en el que vivimos y, en consecuencia, mantenernos en felicidad. Desde nuestra caída el poder se ha vuelto algo peligroso. Poseerlo, a menudo conduce a abusar de él. Enfrentarlo, a menudo nos tienta a resistirlo. Aunque a nadie le gusta el abuso de poder, todos estamos tentados de abusarlo una vez que lo tenemos. Por lo tanto, el quinto mandamiento de honrar a los que están en autoridad y a usar la autoridad honorablemente es la clave para prolongar una vida armoniosa y satisfactoria.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 12

Saludos, amigos míos. Hoy consideraremos juntos el quinto mandamiento. Titulé este tema, Honra la autoridad de Dios. El quinto mandamiento que dice: “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da” (Éxodo 20:12), es un mandamiento clave e importante. Pero antes de que veamos el quinto, permíteme compartir contigo un quinto principio relacionado con la Ley de Dios. El principio es que no solo estamos obligados a cumplir la Ley, [sino que] también estamos obligados a ayudar a otros a obedecerla según la Ley de amor tanto como nos sea posible. Hay varios versículos en las Escrituras que apoyan eso.

Primero, veamos los primeros Diez Mandamientos. En el cuarto mandamiento, si soy la cabeza del hogar soy responsable de que todos en mi hogar también honren el cuarto mandamiento. Ya sean visitantes, miembros de la familia, trabajadores o animales, todos deben descansar. Otro ejemplo sería Levítico 19:17. Dios dice: “No aborrecerás a tu hermano en tu corazón; razonarás con tu prójimo, para que no participes de su pecado”. Necesito hacer todo lo que pueda para que se vuelva del pecado en el que él o ella está cometiendo. En Mateo 7:12, Jesús establece este deber de una manera muy positiva. Escucha este resumen: “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas”.

Ahora bien, si estás en una zona de peligro y no lo ves, ¿qué quisieras que los demás hicieran por ti? ¿No quisieras que te ayudaran a ver el peligro, te detuvieran e hicieran que te devolvieras? Verás, ese es tu deber también. Ese es mi deber mientras cumplo la Ley de amor. La Ley del amor se extiende más allá de mi propia responsabilidad. Que nuestros esfuerzos sean bendecidos o recompensados, no es nuestra responsabilidad. El deber de amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos procurando detenerlos de pecar es nuestro. Nuevamente, amigos míos, a medida que vemos todo el trasfondo de la Ley de Dios, podemos ver la revelación del amor

devocional de Dios que procura que vivamos vidas conformes a Su santa Ley. Consiguientemente, es lógico que reflejemos la misma actitud, esfuerzo e intención que Él.

Así que, ahora consideremos el quinto mandamiento: honra a tu padre y a tu madre. Este es el primero de la segunda tabla. Así que, nos hacemos la pregunta, ¿por qué Dios comenzó la segunda tabla con este quinto mandamiento que dice honra a tu padre y a tu madre? Y, en segundo lugar, ¿qué incentivo añade el Señor a este mandamiento? Para que tengas larga vida. Parece que dice eso. Y, en tercer lugar, ¿cuáles son los detalles del mandamiento? ¿Cómo puedo honrar? ¿Qué significa eso?

En primer lugar, consideremos, ¿por qué Dios comienza la segunda tabla de la Ley con el quinto mandamiento? Esa es la perspectiva tradicional, yo también me suscribo a esa perspectiva de que este es el primer mandamiento de la segunda tabla, y eso explica lo que dice Efesios 6, donde Pablo dice que el quinto mandamiento es el primer mandamiento con promesa. Ahora bien, eso solo es cierto si Pablo ese está refiriendo al primer mandamiento de la segunda tabla porque ya había una promesa en el segundo mandamiento.

Sin embargo, algunos colegas judíos de Pablo no pensaban que el quinto era el primero de la segunda tabla. Lo veían como el quinto o el último de la primera tabla. Esa perspectiva es interesante, que es cierta en algunos puntos, pues su razonamiento era que al honrar todas las autoridades legales estamos honramos a Dios que delega Su autoridad a individuos particulares que están en autoridad. Es decir, padres y madres en el ámbito doméstico. Es decir, oficiales y maestros en el ámbito eclesiástico, y gobernadores y reyes en el ámbito civil. Sin embargo, yo me suscribo a la perspectiva tradicional, en la cual consideramos el quinto mandamiento como el primero de la segunda tabla. Pero entonces, ¿por qué Dios comienza la segunda tabla en el quinto?

Porque, en primer lugar, Dios procura promover y proteger nuestra felicidad mientras vivimos como un grupo de personas en Su planeta tierra. Nada es más fundamental ni protege más la felicidad de nuestra vida aquí que nuestra permanencia en una estructura de autoridad que gobierna y que debe gobernar nuestra vida aquí en la tierra. Ese es Su diseño. Dios ha diseñado una estructura de autoridad. Desde el principio de la creación, dio a Adán dominio sobre la tierra. Hizo a Adán la cabeza de su esposa en el matrimonio. Dios sabe que donde, [por ejemplo] en la familia, se respeta y se establece la estructura en la vida familiar, donde el amor y el respeto se da en la estructura de autoridad en la familia y donde se establecen y se mantienen límites definidos de autoridad, allí está la mayor felicidad. Es en la familia donde no solo los subordinados honran a los que están en autoridad, sino también donde los que están en autoridad reflejan a Aquel que les delegó la autoridad.

Así que puedes ver que el quinto mandamiento es un mandamiento vital en lo que respecta a la felicidad de nuestras vidas compartidas como humanos en una sociedad. En el libro de Dios, la unidad familiar se clasifica claramente como el más elevado o el más importante de los grupos establecidos en nuestra existencia terrenal. Sabemos que la vida familiar es fundamental para todos los demás aspectos de nuestra vida social. La familia es el seminario de la iglesia. La familia es el campo de entrenamiento para los matrimonios futuros. La familia es el lugar de preparación donde somos nutridos en cuanto a nuestra posición en la sociedad. Ahora bien, hemos extendido eso a la escuela, no para reemplazar la familia, sino para expandir las habilidades de la familia.

Dios sabe que nada influencia nuestra vida tan profundamente como lo que recibimos en nuestra juventud. Piensa en este versículo, Proverbios 22:6: “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él”. Dios sabe que cuando los niños, siendo instruidos en las primeras etapas de su vida, aprenden a honrar la autoridad, se convertirán en líderes honorables cuando lleguen a ser adultos. Se convertirán en ciudadanos respetables, cuando hayan aprendido a respetar en las primeras etapas de su vida. Cuando los niños ven el ejemplo de liderazgo honorable en sus padres, a medida que maduran, se convierten, por así decirlo, en flechas en la batalla del reino en la sociedad en la que viven o en sus matrimonios futuros; donde a su vez se convierten en padres.

Permíteme concluir con una declaración obvia que nos hace bien repetir en los días en los que vivimos. Lo que Dios ha diseñado no puede ser mejorado. ¿A qué me refiero? Dios define la familia en el quinto mandamiento como un padre, una madre y los niños. Pero lo obvio es que hoy en día muchas culturas enfrentan una tendencia problemática de redefinir el diseño de Dios. Los niños deben ser nutridos por un padre, varón, y una madre, hembra, en lugar de dos padres del mismo sexo. El quinto mandamiento establece el fundamento básico de la familia y lo define como padre y madre. Desde luego, eso también quiere decir que los niños deben generarse

dentro de la relación matrimonial. Por lo tanto, la familia monoparental no es el diseño de Dios y no debe ser nuestra elección a propósito, aunque tristemente, eso parece suceder mucho en nuestros días.

Ahora bien, consideremos juntos, ¿cuál es el incentivo que Dios nos da en el quinto mandamiento? “Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da”. Al pie de la letra, esta promesa parece sugerir que todos los que honren a sus padres tendrán una larga vida. Estoy seguro de que podemos pensar en ejemplos donde la realidad contradice lo que aparentemente leemos en el quinto mandamiento. Como pastor, he enterrado a muchos hijos obedientes a una edad temprana y veo a hijos muy desobedientes llegar a ser muy ancianos. ¿Qué significa eso?

Estos hechos significan tres cosas. En primer lugar, que Dios no cumple Su promesa. Muy bien, podemos eliminar esa. Dios es verdadero y cumple lo que dice. En segundo lugar, que Dios habla en términos generales. Esto sucede generalmente, aunque desde luego, en Su soberanía hay excepciones. Hay algo de verdad en eso, pero, en tercer lugar, es que Dios no está hablando de individuos en el quinto mandamiento, sino de familias, iglesias y sociedades. Prosperarán con una existencia de vida buena y duradera cuando al honrar la estructura de autoridad como Dios se las ha dado. Creo que esa es la intención del incentivo del quinto mandamiento como puedes ver al comparar las Escrituras que rodean el mandamiento en Deuteronomio. Dios promete que donde Su mandamiento sea guardado, tanto por la autoridad como por los que están bajo la autoridad, experimentaremos juntos la mejor y más duradera calidad de vida como familias y como sociedad.

Escucha cómo Moisés explica con otras palabras el quinto mandamiento en Deuteronomio 5. Dice: “para que sean prolongados tus días, y para que te vaya bien sobre la tierra que Jehová tu Dios te da”. Si ves la palabra prolongados en el libro de Deuteronomio, encuentras que se usa regularmente con relación a todo tipo de mandamientos adicionales. El punto es que Dios dice que la obediencia prolongará la vida, prolongará la seguridad, la unidad, la estabilidad y la armonía. Por lo tanto, Dios promete que cuando honramos la estructura de autoridad como las ha diseñado, prolongaremos una buena calidad de vida en la familia y la nación y eso puede incluir una vida más larga. Proverbios 14:34 dice que “la justicia engrandece a la nación”. Eso no solo es cierto en cuanto a las naciones. También es cierto en cuanto a nuestras familias. También es verdad en cuanto a las iglesias. Los hijos que son enseñados a honrar a Dios honrando a sus padres, amando a sus hermanos, obedeciendo los preceptos de Dios mientras son jóvenes, estos niños recen por la gracia de Dios como ciudadanos responsables, luchando por las causas justas que exaltan y ennoblecen a todos los que se relacionan con ellos.

Consiguientemente, veamos los detalles del quinto. Nuevamente, el quinto mandamiento es mucho más amplio de lo que puedo cubrir en este pequeño periodo de tiempo que tenemos. Generalmente, nos enfocamos en los niños en el quinto mandamiento. Deben honrar, obedecer a sus padres, pero, amigos míos, hay muchos niveles de verdad en el quinto mandamiento que necesitan nuestra atención. Solo podré enumerarlos para resaltarlos.

En primer lugar, contiene la voluntad de Dios que todos aquellos que tienen autoridad, como los padres, y mencionaré a otros en breve, lo hacen reflejando la manera en la que Dios tiene autoridad. Ese es el primer nivel del mandamiento. Por lo tanto, en el quinto mandamiento hay instrucción para padres, para esposos que tienen autoridad sobre su cónyuge, su esposa, para los líderes de la iglesia, maestros, empleadores, gobernadores, líderes militares y líderes políticos. Todos tienen instrucción en el quinto mandamiento [sobre] cómo ejercer su autoridad.

En el reverso, también tiene instrucción sobre cómo deben comportarse aquellos que están bajo autoridad con aquellos que están en autoridad y aunque el quinto mandamiento menciona a los niños, hay muchos más que están incluidos en el quinto mandamiento. Sí, aplica a la esposa en el matrimonio, a los niños hacia los padres, a los miembros de la iglesia hacia los líderes de la iglesia, a los niños en el contexto de la escuela, a los ciudadanos hacia sus líderes nacionales, a los empleados hacia sus empleadores, a los soldados hacia los líderes de mayor rango que están sobre ellos. El quinto mandamiento se dirige a todos ellos. Imagina cómo sería una sociedad en la que todos, tanto en el liderazgo como en los que están bajo autoridad honraran el quinto mandamiento de una manera piadosa. Cuanto liderazgo y amor devocional se podría ver en lo que lideran y cuanta obediencia, honor y respeto vendría de los que están bajo autoridad. ¿Puedes ver cómo, se generaría una vida que se prolonga en una hermosa armonía en salud y bienestar si esto se honrara? Pues esa es la intención del quinto mandamiento.

Ahora me limitaré a dos observaciones generales. ¿Cuál es la voluntad de Dios para los que estamos bajo autoridad sobre nosotros y cuál es la voluntad de Dios para los que se nos ha dado autoridad sobre otros? Esas

son las dos observaciones generales. Así que, en primer lugar, ¿cuales son los tres aspectos de la voluntad de Dios en honrar a los que están en autoridad?

En primer lugar, reconozco que Dios se complace en gobernarme o en gobernarnos por medio de autoridades delegadas. Ya sean mis padres, mi esposo, mi presidente o mi jefe, cada una de estas personas que está en una posición de autoridad sobre mí es un oficial de Dios. En mi tradición, la palabra oficial solo se usa para referirse a los ancianos, diáconos y ministros, pero bíblicamente cualquier en autoridad, no importa en qué nivel, es un oficial de Dios. Ejercen autoridad. ¿En nombre de quién? En nombre de Dios. Él es el legislador supremo, la autoridad suprema en el cielo y en la tierra. Un día cada una de estas figuras de autoridad dará cuenta por aquellos que representan. Te daré un ejemplo. Cuando Pablo está escribiendo a los romanos sobre sus gobernadores y estos romanos están experimentando en este momento que hay una presión anticristiana contra los creyentes puesta por los creyentes, aun así, él escribe: ‘muéstrenles respeto y honor’ en Romanos 13. “Honrad al rey” (1a de Pedro 2:17), escribió Pedro de la misma manera, aunque el rey no estaba sirviendo al Señor.

Así que, eso es lo primero que debemos reconocer. Dios se complace en gobernar mi vida, por medio de las manos de ellos. Son Sus oficiales. En segundo lugar, debemos honrarlos, honrar a los representantes de Dios u oficiales en cualquier posición en que los encontremos. Honrar significa mostrar respeto, reconocer la dignidad del oficio de una persona. Considera lo que digo: “reconoce la dignidad del oficio”. Como padres, como padre o madre, o como líder en la iglesia, debemos respetar el oficio porque la palabra honor no se refiere a la persona. No debo honrar a una persona. Eso es idolatría. Debo honrar el oficio que se le ha dado a una persona por Dios temporalmente, como Su delegado. Toma a David como ejemplo. No estimó a la persona de Saúl cuando estaba intentando matarlo, pero su corazón lo acusó. Su conciencia lo molestó cuando hizo algo deshonesto contra Saúl. ¿Por qué? Porque había tocado al ungido de Jehová. Había cometido una deshonra contra el oficial del Señor.

Así que, honramos a los oficiales de Dios, ya sean tus padres, tu esposo, tus líderes nacionales, tus líderes de la iglesia, cuando obedecemos su instrucción sin cuestionarlos, cuando aceptamos su liderazgo sin retarlos, cuando prestamos atención a su instrucción o la guía de su sabiduría. Los honramos cuando mostramos fidelidad y amor a ellos ayudándolos o animándolos o compartiendo nuestra apreciación, haciendo su tarea más fácil de sobrellevar. Todas esas son maneras de honrarlos. Nota que el quinto mandamiento no usa la palabra amor. ¿No debemos amarlos? Desde luego, pero debemos expresar ese amor en respeto al oficio que Dios les ha dado.

Sin embargo, hay una excepción. [En] Hechos 5:29 Pedro dijo: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”. En ningún momento ninguno de nosotros debe obedecer una figura de autoridad que nos dice que hagamos algo que es contrario a la voluntad revelada de Dios. Eso aplica a un hijo, una esposa, un obrero, un miembro de la iglesia y así sucesivamente. Cada padre que está escuchando esto debe pensar en esto mientras entrena a su hijo. Debemos enseñar a nuestros hijos que siempre deben obedecer a Dios en lugar de a los hombres. En mi obra como pastor, trato mucho con el abuso. A menudo, el abuso ocurre porque no hemos entrenado a nuestros hijos a obedecer a Dios antes que a los hombres. Cuando entrenamos a nuestros hijos que las figuras de autoridad no pueden abusar de su posición de poder para hacer que los niños hagan algo o involucrar a los niños o a cualquiera que esté bajo su autoridad en pecado. Así que, padres, enseñen a sus hijos a apelar o desobedecer apropiada y respetuosamente sí parece que se les pide que hagan algo pecaminoso.

Ahora, el tercer requisito en cuanto a los que deben honrarlos en autoridad es que debemos recordar que nuestros oficiales son humanos y pecaminosos. Así que, soportemos sus límites, debilidades y flaquezas. Nadie es perfecto, tampoco los que son llamados a guiar o llevar a cabo la tarea de Dios de gobernar sobre la tierra en Su nombre. Puede que a veces los que están en autoridad les falte entendimiento. Puede que no tengan tantas habilidades como tú. Puede que tengan algunas características desagradables. Puede que no sean tan exitosos en la vida como tú. Puede que no tengan la sabiduría que quizá tú sientes que tienes. Puesto que también son pecadores, fallan de momento a momento. Puede que sobreestimen tu habilidad en lo que te piden o puede que haya una ira impía encendida en su acción o puede que hagan una evaluación incorrecta o un juicio injusto.

Debemos honrarlos. Es la voluntad de Dios que honremos a los que están en autoridad sobre nosotros y como escribe otra vez el catecismo de forma tan hermosa, el catecismo de Heidelberg, que “soportando también pacientemente sus flaquezas, pues Dios quiere regirnos por medio de ellos”. Amigos míos, que hermoso ejemplo tenemos en el Señor Jesucristo, el Hijo sin pecado de José y María. Leemos en Lucas que fue con ellos cuando

fueron a Nazaret y que se sujetó a ellos hasta que tuvo 30 años y siempre honró respetuosamente a Su padre y madre que eran pescadores, aunque Él era sin pecado.

Consiguientemente, por último, veamos cuál es la voluntad de Dios para nosotros que se nos ha dado autoridad, el otro lado del quinto mandamiento. La voluntad de Dios es que en todas mis acciones y en todas mis reacciones como figura de autoridad, sea un reflejo de Él en el ejercicio de mi autoridad. Dios se complace en gobernar una pequeña porción de la vida en la tierra a través de mí. Es Su tierra. Es Su pueblo. Son Sus posesiones y Él me ha dado la mayordomía, en mi casa como padre, sobre las personas; y tengo la obligación de estudiar cómo es un oficial de Dios, o cómo es la autoridad de Dios y cómo debo reflejarlo.

Así que, como esposos, estamos obligados a estudiar cómo Jesús es un esposo para Su esposa espiritual y así mismo debemos reflejar Su liderazgo en nuestro matrimonio. Como padres, debemos estudiar cómo cría Dios a la raza humana en general y cómo el Padre cría a Sus hijos. Como gobernantes o reyes, estamos obligados a estudiar cómo Dios es Rey sobre todas las naciones y reflejar Su gobierno en nuestro gobierno. Una vez más, como líderes de la iglesia, estamos obligados a alimentar al rebaño en el espíritu y de la forma en la que lo haría el gran Pastor, que no vino a ser servido ni por Su estatus, sino a servir y a entregarse en el ministerio del amor. Así que, nuevamente, como padres tenemos mucho en el quinto mandamiento o como cualquier otra posición de oficial, donde estudiar que soy y cómo debo ser honorable en mi posición como líder.

Por lo tanto, permítanme concluir señalando que Dios advierte claramente a los padres y, ¿me equivocaría si extendiera esto a todos los que están en autoridad?, en Efesios 6:4 y Colosenses 3. Dios advierte enfáticamente a los padres a no abusar de su poder posicional. ¿Por qué? Porque crearía rebelión, ira o desanimo en aquellos que están guiando. En el rango opuesto, Proverbios 29:15 también advierte a los padres y a cualquiera en autoridad a no negar el uso de la disciplina y malcriar al hijo por eso. “La vara y la corrección dan sabiduría; mas el muchacho consentido avergonzará a su madre” y ¿no es eso cierto en cada nivel de autoridad?

Así que, mientras termino esta lección, amigos míos, espero que sientan al igual que yo que apenas he tocado la punta del témpano. Bien se ha dicho: “la mano que mece la cuna, estremece al mundo”. Ahora, puede que eso sea una exageración, pero hay mucha verdad en esa declaración. Nuestra tarea como líderes es crucial para la próxima generación de líderes. Si no enseñamos a la generación actual a respetar y honrar la autoridad y si no somos una autoridad honorable, entonces sin duda estamos sembrando las semillas de la anarquía y la tiranía. Qué hermoso es lo opuesto, donde los niños aprenden a honrar a padres piadosos, cuando las esposas aprenden a respetar a esposos amoroso y abnegados, cuando los ciudadanos honran a sus líderes que los sirve, cuando los miembros de las iglesias estiman mucho a sus líderes por su trabajo. Entonces, experimentaremos la belleza de ella santidad.

Así como el Padre, Hijo y Espíritu Santo se relacionan en esta hermosa armonía en Su existencia divina, así también nosotros experimentaremos esta hermosa armonía, unidad y belleza mientras vivimos juntos como la humanidad en esta tierra. Puedes ver otra vez como David llega a decir: “¡Oh, cuánto amo yo tu ley! Todo el día es ella mi meditación” (Salmo 119:97). Gracias y que Dios bendiga esta instrucción.

## *Lección 13*

# **EL SEXTO MANDAMIENTO**

Generalmente todas las personas valoran su vida. Es porque fuimos creados para vivir para siempre. Una vez la vida era tan hermosa que vivir era el mayor gozo. No había amenazas, no había envejecimiento, no había enfermedades. Desafortunadamente, todo eso cambió cuando el pecado entró en el mundo y por el pecado, la muerte. Aun así, a pesar de esa triste realidad, todavía luchamos para proteger o defender nuestra vida porque es preciada. La vida también es preciada para Dios nuestro Creador. Lo dejó muy claro al cercar firmemente la vida de cada persona. La cerca dice: “Así dice Jehová, no matarás”.

### **TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 13**

Bienvenidos, queridos amigos, mientras consideramos el sexto mandamiento. Este es corto. En hebreo dice literalmente “No asesines. No matarás”. Sin embargo, en este mandamiento tan corto hay gran profundidad y detalle, como hay en todos los mandamientos. Antes de que veamos los detalles del sexto mandamiento, permíteme compartir contigo un sexto principio que aplica a la Ley de Dios. Hablé de esto un poco en mi lección anterior sobre el quinto mandamiento, pero vamos a detallarlo un poco más.

Hechos 5:29 dice: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres”. Estas palabras son la respuesta de Pedro a las autoridades espirituales de Jerusalén que le prohibían, tanto a él como a los otros apóstoles, enseñar en el nombre de Jesús. Ahora bien, esa es una situación en la que las autoridades están sobrepasando los límites de su autoridad. Cuando nos mandan algo que es contrario a la Palabra de Dios y la voluntad expresada de Dios, tenemos la obligación de desobedecerlas en lugar de obedecerlas, porque es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres.

Recuerda una vez más la primera tabla en contraste con la segunda tabla. La primera tabla era mayor, no mejor que la segunda tabla, sino mayor. En un tiempo de conflicto, Dios nos llama a honrar las obligaciones de la primera tabla primero. Ahora bien, este es un principio fundamental y particularmente significativo para aquellos de nosotros que enseñamos a niños que están creciendo para convertirse en adultos. Este principio debe enseñarse. No solo ‘honra a tu padre y a tu madre’, sino también [que] debemos obedecer a Dios antes que a los hombres es especialmente importante para proteger a los niños del abuso sexual.

Por lo tanto, hay muchos otros casos en nuestra sociedad donde este principio aplica. No solo un niño puede rehusarse a las exigencias o comentarios sexuales de un padre u otra figura de autoridad, pero también una enfermera y un doctor pueden desobedecer la orden de un hospital de abortar a un niño. Los soldados deben desobedecer legítimamente a su comandante cuando se les ordena que masacren a personas indefensas,

inofensivas e inocentes. Así que, que Dios nos libre de estar en situaciones como esas y que ayude a los que enfrentan tales situaciones.

Ahora escuchemos juntos la voluntad de Dios como aparece en el sexto mandamiento: no matarás, o, no asesines. Consideremos las siguientes dos preguntas. En primer lugar, veamos ¿quién dio el mandamiento, y por qué Dios nos dio este mandamiento? Luego, en segundo lugar, veamos lo que Dios manda y prohíbe. ¿Cuáles son los niveles de este sexto mandamiento? Así que, ¿quién lo dio? ¿Quién dijo, no asesinarás a nadie? El Creador de la vida. Sabemos que Dios dio los Diez Mandamientos, pero piensa en Él como el Creador de la vida. Él tiene la autoridad sobre los límites de la vida y la muerte. Él es el Creador soberano. Él es la máxima autoridad sobre todos los asuntos de la vida y la muerte. Esta es una verdad fundamental que debemos entender si miramos y entendemos el sexto mandamiento.

Tú y yo no somos productos de la casualidad. No somos solo un evento biológico que evolucionó para convertirse en humano. No tenemos derecho sobre nuestra propia vida o la vida de otro ser humano. Todos somos creados individualmente por el Creador de la vida, que tiene la máxima autoridad sobre nuestra vida y la vida de todos los que nos rodean. ¿Ves? Una vez que esta creencia en el máximo Creador se pierde, notarás lo que le sucede al valor de la vida. Deja tener algún valor. Se vuelve barata. Se vuelve desechable cuando es un inconveniente o un obstáculo para que alcance mi meta o viva mi vida.

Dios no solo nos creó y, por lo tanto, es el propietario de nuestra vida, [sino que] Dios también nos creó con algo distintivo. Nos hizo a Su imagen y semejanza. Esta verdad de que somos un reflejo de Él da a cada ser humano individual, no importa cuán pequeño, no importa cuán anciano, un valor y dignidad únicos. Da un valor sagrado a la vida humana. Por lo tanto, Dios considera cualquier asalto contra la vida humana como un asalto contra Sí mismo. Mucho antes de que emitiera los Diez Mandamientos en el monte Sinaí, Dios habló a Noé sobre el carácter sagrado de la vida humana. Permíteme leértelo, así como Dios lo dijo en Génesis 9:6: “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada...” y ¿por qué? “...porque a imagen de Dios es hecho el hombre”. Volveremos a este mandamiento, pero eso nos muestra la dignidad y el carácter sagrado de la vida humana.

Ahora, saliendo de este tema, la pregunta, ‘¿por qué Dios nos dio el sexto mandamiento?’ ya no es tan difícil de responder. Dios no solo valora la vida, Él también sabe que tú y yo la valoramos. Todos hemos visto y hemos sido testigos de momento a momento las lágrimas, la desolación, el quebrantamiento de aquellos que experimentan crímenes violentos que se llevan a sus amados en actos de maldad. Por lo tanto, Dios dice claramente: “No asesines a nadie ni a ti mismo”. La vida, amigos míos, es un área cercada. Aquí no tenemos autoridad, a menos que nuestro Creador nos la de y vemos que Él lo ha hecho en varios casos. El “¿por qué?” de este mandamiento es aún más claro cuando vemos el otro lado de “no asesines a nadie”. Eso quiere decir que debes hacer todo para promover, mantener y nutrir la vida de nuestro prójimo para que pueda florecer.

Entonces, veamos los detalles del sexto mandamiento. ¿Qué prohíbe Dios? Claramente, “no matarás”. Dios prohíbe y condena tomar la vida de alguien deliberada e ilegalmente. En el sexto mandamiento, Dios no prohíbe matar en todos los casos, pero sí prohíbe todos los asesinatos. Un asesinato ocurrió en Génesis 4 cuando Caín mató a su hermano. Desde ese momento vemos que el índice de asesinatos aumenta y antes del diluvio este debió haber sido enorme, pues la tierra estaba llena de violencia, no había respeto [por] la vida humana.

Ahora, entender que la voluntad de Dios es que no debemos asesinar a nadie, hace que el aborto de niños no nacidos sea asesinato. El principio y la existencia de la vida humana desde el momento de la concepción hasta el momento de la muerte no es un asunto científico. Es un asunto moral. Dios, como el Creador, ha cercado esta área como Su prerrogativa. Eso incluye la vida que no nos pertenece. Pertenece al Creador. Por lo tanto, los que hablan de los llamados derechos de la madre, olvidan los derechos del Creador, al igual que los derechos del niño. Así que, ninguno de nosotros tiene permiso de asesinar niños dentro o fuera del vientre.

Proverbios 24:11-12 es un ejemplo hermoso de una aplicación del sexto mandamiento en cuanto a los no nacidos. Dice: “Libra a los que son llevados a la muerte; salva a los que están en peligro de muerte. Porque si dijeres: Ciertamente no lo supimos, ¿acaso no lo entenderá el que pesa los corazones? El que mira por tu alma, él lo conocerá, y dará al hombre según sus obras”. Reconozco que quizá alguien que está escuchando esto ha pasado por la culpa personal del aborto de un niño, y a aquellas personas, permítanme asegurarles que en Dios

también hay perdón por esa acción. En Hebreos leemos que la sangre de Jesús habla sobre perdón, esperanza y restauración. Por lo tanto, lleva el pecado del aborto a la misericordia de Dios.

Ahora bien, entender el sexto: “no matarás”, también tiene una aplicación al final de la vida al tratar con la eutanasia. Eso también es sobrepasar la autoridad de Dios sobre el punto final de nuestra vida. No importa cuán práctico, no importa cuán humanitarios suenen nuestros argumentos para defender ponerle fin a la vida humana, la Palabra de Dios es clara: “No matarás o asesinarás”. Eso también incluye ayudar a alguien a terminar su vida. Dios dice en 1a de Samuel 2:6: “Jehová mata, y él da vida; el hace descender al Seol, y hace subir”. Los asuntos de la vida y la muerte pertenecen a Él (Salmo 68:20).

Esta posición no niega que existe la necesidad de ayudar a los que están sufriendo grandemente, ni que existe la necesidad de ayudar a los que están pasando por la prueba agotadora del dolor agonizante o la necesidad de rodear a aquellos cuyas vidas se han vuelto improductivas y, por lo tanto, se han convertido en una carga para familia y amigos. Todos sabemos que el pecado ha traído debilidades y realidades a nuestra vida y a la de nuestros ancianos que son difíciles o imposibles de sobrellevar. Pero al prohibir la eutanasia, Dios nos está diciendo que Aquel que determina entre la vida y la muerte es Él.

Entender el sexto: “no matarás”, también nos dice que los humanos no deben tomar sus propias [vidas]. El suicidio es un acto de rechazo contra la soberanía del Creador sobre nuestra vida, y aquellos que hacen esto consciente y voluntariamente lo hacen en un acto de desafío contra el Creador. Amigos míos, el suicidio nunca es la respuesta para aquellos cuyas vidas están quebrantadas, en dolor, soledad o enfrentando un crimen. La respuesta para tales problemas siempre es la misma: el Señor Jesucristo, Su Palabra y Su misericordia. Busca quien te ministre y te ayude a tratar con estas realidades que te urgen a tomar tu vida para terminarla. El suicidio es un tema delicado. Sin duda, hay muchos que toman sus vidas en una depresión u oscuridad mental profunda. Por lo tanto, amigos míos, también tenemos que dejar el destino eterno de estas personas en las manos del Creador. Él conoce a los suyos.

Ahora, una forma más leve de transgresión contra el sexto mandamiento: “no matarás”, tiene que ver con descuidar el cuerpo y la salud. Normalmente nos enfocamos muy poco en esto o a veces demasiado, pero la mayoría de nosotros se enfoca muy poco en el cuidado de nuestro cuerpo, el templo de nuestra alma y el templo del Espíritu Santo. Dar la prioridad a nuestra alma está claro, pero las Escrituras no enseñan que dar la prioridad a nuestra alma o al reino de Dios quiere decir que puedo descuidar mi cuerpo, al igual que dar la prioridad a Dios no es una excusa para que descuide a mi esposa, mi esposo, mis hijos o mis tareas en la vida. Nuestros cuerpos son una parte maravillosa de la creación de Dios. Ahora bien, tenemos la responsabilidad de hacer todo lo que podamos para protegerlo, mantenerlo, nutrirlo, para que pueda hacer las tareas que Dios nos llama a hacer de la mejor manera.

Así que, considera [que], comer poco saludable [y] beber excesivamente, son transgresiones contra el sexto mandamiento. Fumar o consumir drogas dañan nuestro cuerpo y, por lo tanto, son una transgresión del sexto mandamiento. Tomar riesgos innecesarios, poner nuestras vidas en peligro, vivir al límite es una transgresión del sexto mandamiento porque estamos jugando con el carácter sagrado de la vida. Pero permíteme añadir a eso que trabajar en exceso, estresándonos y agotándonos, incluso en un ministerio permitido, es una transgresión al sexto mandamiento.

Dios nos dio ese ejemplo al alejarse de Su trabajo para reposar el séptimo día, para refrescarse. Él creó el día y la noche. Cuando ignoramos estos patrones y trabajamos sin parar, también transgredimos el sexto mandamiento. Así que, antes de examinar los niveles ocultos del sexto mandamiento, permíteme tocar brevemente las tres excepciones relacionadas con “no asesinarás o no matarás”, la primera que se menciona está en Génesis 9:5-6, la cual trata con la pena capital.

Dios es específico en que toda vida humana es sagrada. Si una bestia, un animal salvaje, mata a un hombre, esa bestia tenía que morir. Es peligrosa. Pero, si un hombre mata a otro hombre, Dios nos llama al hombre a derramar la sangre del asesino. Escucha Su Palabra: “El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada”. La razón, como lo dije antes, es porque fue creado a la imagen de Dios. Ahora bien, no tomes la aplicación incorrecta. Dios no dice que tú te vengues. Él deja eso y lo entrega a las autoridades apropiadas para que ejecuten Su venganza. Escucha lo que dice Romanos 12:19 donde Dios dice: “No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el

Señor”. Si saltas al próximo capítulo, verás que Dios ha designado al gobierno como un canal por medio del cual Él paga por el pecado del asesinato. Así que, la voluntad de Dios para la pena capital demuestra cuánto valora la vida humana. Él pone un límite protector alrededor de la vida para que todos lo piensen dos veces antes de tomar la vida de otro.

Desde luego, la segunda excepción en “no matarás”, sería el asunto de la guerra. El asunto de la guerra es muy complicado y lo expondré simple y muy breve en esta lección, pero, la Biblia no condena la guerra legítima, que generalmente incluirá el asesinato de otros seres humanos. Agustín dijo correctamente: “Toda guerra es malvada pero no todos los que se involucran en la guerra son malvados”. La razón es que “no matarás” tiene un lado inverso. Tengo la responsabilidad de preservar y proteger la vida de otros y mejorarlas tanto como pueda.

En base a [esa] instrucción, las naciones están obligadas a intervenir si un país vecino agresivo y otra nación sobrepasa los límites y comienzan a matar a los habitantes de una tierra o de su propia tierra, violando el derecho humano básico de la vida. Un ejemplo es la Alemania Nazi que invadió otras naciones y también mató a los judíos y muchas otras personas. El deber moral de las naciones libres era unir sus fuerzas y declarar la guerra al Imperio Nazi. Si bien la guerra es triste y terrible, el asesinato de personas que ocurre en la guerra no es una transgresión del sexto mandamiento.

Ahora bien, un tercer asunto relacionado es el de Números 35. En ese capítulo, Dios establece que el asesinato accidental de nuestro prójimo no resulta en la pena capital. Ese es el pecado del asesinato involuntario. Accidentalmente o por descuido, podemos hacer que alguien muera. Cada país tiene sus leyes acerca de esto, pero Dios prohíbe que se mate a tal persona.

Ahora, por último, los niveles más profundos de la Ley salen a la luz en la enseñanza de Jesús en el Sermón del Monte en [Mateo] 5:21-24. Las esclarecedoras palabras de Jesús sobre el sexto mandamiento nos enseñan que podemos asesinar a alguien sin derramar una gota de sangre o, literalmente, sin poner fin a una vida humana. El Catecismo de Heidelberg explica estas palabras de Jesús de manera maravillosa en esta frase. Dice: “Al prohibir el asesinato, Dios nos enseña que aborrece sus causas, tales como la envidia, el odio, la ira y el deseo de venganza. Considerando todos estos como asesinato”. Incluso más allá, cualquier palabra o gesto por el cual deshonro o hiero a mi prójimo se considera asesinato.

Amigos míos, cuando escuchamos, “no matarás”, pensamos, ‘bueno, eso no tiene que ver conmigo’. Pero cuando vemos a Jesús, probablemente todos somos culpables en el sexto mandamiento. Las enseñanzas de Jesús en Mateo 5 nos dicen que cualquier ira expresada en sobrenombres, menosprecio o usando palabras hirientes es asesinato. Mira el ejemplo de necio, eso quiere decir cabeza hueca o idiota. En cualquier momento que usamos estas palabras que hieren el espíritu de una persona, su ser interior, estamos asesinando. En cualquier momento que deshonramos el espíritu de una persona, incluso tratándolos con frialdad o siendo parciales con los ricos y menospreciando a los pobres, como nos enseña Santiago, estamos asesinando.

Así que, recordemos que no solo la violencia que desfigura el cuerpo de una persona y termina con la vida de ella es asesinato, sino también el pecado de calumnia, el pecado del chisme que destruye o desfigura el espíritu de una persona. La ira que menosprecia a la otra persona es asesinato lento. Controlar, dominar, humillar, golpear a la esposa y los castigos en el matrimonio son un asesinato lento y sofocante de abuso doméstico. Usar un puñal para matar a alguien es asesinato, pero usar tu lengua en palabras que matan es asesinato. Jesús dice que los tales están expuestos al fuego del infierno. Incluso si no llega a la acción o incluso si no llega a una palabra, si nutro en mi interior el odio y el deseo de que alguien muera o se haga daño, estoy quebrantando el sexto mandamiento en esencia.

Dios me manda a hacer todo lo posible para preservar, proteger, mantener y honrar, [el] espíritu y el cuerpo del prójimo con el que vivo. La confesión o catecismo de Westminster da muchos ejemplos de los deberes enumerados en el sexto mandamiento y solo te los voy a leer para que escuches lo que exige el sexto mandamiento. Dios exige que amemos a nuestro prójimo con “pensamientos caritativos, de amor, compasión mansedumbre, dulzura y bondad, tranquilidad, indulgencia y con palabras y maneras corteses; paciencia y prontitud para reconciliarse, sobrellevando y perdonando las injurias y volviendo bien por mal” (Pregunta 135). Todas estas son aplicaciones que tratan con el sexto mandamiento. Sin duda, todos sentimos: ‘¿Quién de nosotros puede poner su mano en el corazón en cuanto al sexto mandamiento y decir que no es culpable de asesinato?’ Solo uno fue inocente de cualquier transgresión contra el sexto mandamiento e incluso cuando Lo estaban matando mientras

Lo clavaban en la cruz, nota como responde Jesús, sin palabras de insulto, sin denuncias contra sus acciones, sin invocar la ira del cielo sobre ellos. No, Él obedece el espíritu del sexto mandamiento cuando ora: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).

Así que, mientras concluimos juntos y dejamos el sexto mandamiento, deberíamos sentirnos culpables. Por favor, recordemos que no estamos exponiendo estos mandamientos como una escalera a la salvación o como una escalera para alcanzar el perdón. Solo los exponemos por dos razones: la primera, mostrarnos nuestra necesidad total de que Jesucristo lave, limpie y someta nuestras iniquidades, que nos santifique y renueve, para que podamos ser verdaderamente santos; y, en segundo lugar, exponemos el mandamiento para que podamos aprender cómo debemos vivir y cómo debemos amar reflejando a Aquel que nos hizo a Su imagen y que, por lo tanto, protege nuestra vida con este mandamiento: “no matarás”. Gracias, amigos míos. Que Dios bendiga estas palabras.

## *Lección 14*

---

# EL SEPTIMO MANDAMIENTO

Salomón escribió que mejor es vivir en un rincón del terrado que con mujer rencillosa en casa espaciosa. La razón es simple. Nada es tan satisfactorio como una relación armoniosa. Una casa hermosa no compensa un corazón roto y traicionado, pues la relación más bella que Dios diseñó es el matrimonio entre un hombre y una mujer. Para proteger esto de ser dañado, Dios legisló el séptimo mandamiento. Muchas fuerzas buscan destruir el don del matrimonio. Ya sea hiriendo a las personas antes de que se casen o metiéndose en la relación después del matrimonio. Es por eso que el séptimo mandamiento necesita nuestra atención.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 14

Bienvenidos, queridos amigos. Le he dado a este tema el título de Pureza en las pasiones sexuales y, desde luego, se basa en la Escritura del capítulo 20 de Éxodo, donde Dios nos ordena: “No cometerás adulterio”. Cuando comenzamos los mandamientos con el primero, notaste que ese primer mandamiento exige exclusividad en nuestra relación con Dios. No debemos seguir a otros dioses u otros amantes, y la Escritura define, a menudo, esta idolatría que conduce a la apostasía como adulterio espiritual. Fue por nuestro bien que Dios nos dio ese mandato, para evitarnos el dolor de perder esta preciosa relación que Él estableció con Su pueblo. Ahora, este séptimo mandamiento está, de alguna manera, relacionado estrechamente con el primero. Nuestro Legislador establece un cerco protector alrededor de nuestra relación humana más preciosa y es esta: el matrimonio entre un hombre y una mujer.

Así que hoy veremos cuáles son los detalles del séptimo mandamiento. Pero antes, veamos un séptimo principio que podemos derivar de las Escrituras en Santiago 2:10. Allí, Santiago escribe: “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos”. Ese es un principio importante y permíteme ilustrarlo primero con una imagen, para que comprendamos lo que Santiago está enseñando. Pensemos en La ley de Dios como un círculo. Dentro del círculo está la obediencia, honrar la Ley. Fuera del círculo, lo que sea que se encuentre fuera del círculo, es desobediencia o violación de la Ley. Lo que Santiago dice en este versículo de Santiago 2, es que donde sea que crucemos la circunferencia de este círculo, sin importar desde que parte nos salgamos, al salir de éste, somos culpables, salimos fuera del círculo al área de la desobediencia.

Así que, no importa dónde o cómo nos salgamos, puede ser por un acto muy malvado o por un pequeño deseo maligno, pero ambos son pasos fuera del círculo. Por lo tanto, Santiago escribe: “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos”. Pondré un ejemplo. Tomemos a un hombre que se robó un caballo. Es culpable de robo, aunque no haya robado un centavo el resto de su vida. Él es culpable. Todos los demás actos de obediencia a la Ley no cancelan aquel único acto de desobediencia a la Ley.

Entonces, ¿cuál es el principio del versículo de Santiago? El hombre que peca una vez es culpable ante la Ley de Dios, aunque el resto de su vida sea perfecto.

Y ese principio hace, por lo tanto, todo pecado digno de muerte. Ya vimos, como mencionamos en el último mandamiento, que asesinar a tu prójimo es una gran transgresión del sexto mandamiento, mientras que menospreciarlo no es tan importante. Sin embargo, Dios nos enseña que, aunque hay una diferencia en el grado de pecado, ambos nos hacen culpables al salir del círculo de la Ley de Dios. Entonces, es un principio importante a tener en cuenta, también cuando miramos ahora el séptimo mandamiento que hemos llamado Pureza en las pasiones sexuales.

Ahora amigos, tengo que sentar algunas bases para comprender bien este mandamiento. En ese sentido, mi primer pensamiento al respecto y que abordaremos juntos es: ¿Cuál es la función de la pasión sexual? El segundo: ¿cuáles son los límites que Dios ha establecido para expresar nuestra pasión sexual? Y, en tercer lugar: ¿cuál es la intención de estos límites? Entonces, comencemos primero pensando juntos ¿cuál es la función de nuestras pasiones sexuales? Dios como Creador nos ha hecho personas con necesidades y deseos sexuales. Tener pasiones, necesidades, deseos y urgencias sexuales, son asuntos relacionados con nuestra creación como tener hambre y sed físicas de comida y bebida. No hay pecado en tener hambre de comida. Tampoco hay pecado en tener deseos y necesidades sexuales. Tampoco hay pecado en tener relaciones sexuales y realizar actividades sexuales siempre y cuando estemos dentro de los límites de la voluntad de Dios.

Esa es una verdad importante para prestarle atención, especialmente a aquellos de ustedes que tal vez todavía están luchando con una sensación de error o culpa por la actividad sexual, incluso dentro de la relación matrimonial. Este principio básico de que las actividades sexuales son buenas dentro del matrimonio está claramente establecido en las Escrituras en muchos lugares. Permíteme resaltar algunos para liberar nuestro pensamiento, en ocasiones, de todas las impresiones y enseñanzas incorrectas que tal vez hemos acumulado durante años de crecimiento. Si consultas Proverbios 5:15–21, y ves lo que Dios nos está enseñando a través de los escritos de Salomón, verás que Dios hace una declaración: debemos recrearnos siempre en el amor sexual de nuestro cónyuge. Esa es una palabra muy intensa, recreáte, llena de la alegría de ese regalo. Cuando pasamos al próximo libro de Salomón, Cantar de los Cantares, y me estoy saltando Eclesiastés, a pesar de que ahí también habló de lo positivo de vivir alegremente con la mujer de tu juventud, Cantar de los Cantares 4 y 5 habla de la manera más bella y honorable acerca de la privacidad e intimidad de la relación sexual entre un esposo y una esposa.

Y si nos vamos al Nuevo Testamento, en Hebreos 13:4, el Apóstol escribe: “Honroso sea en todos el matrimonio, y el lecho sin mancilla; pero a los fornicarios” esas son personas que visitan prostitutas, “y a los adúlteros”, aquellos que quebrantan el pacto del matrimonio, “los juzgará Dios”. Ahora, para tu interés, la palabra lecho, “el lecho sin mancilla”, en griego es literalmente la palabra koite. Esa es la palabra coito. Entonces, Dios dice que esa actividad dentro de la vida matrimonial no está contaminada. Es Su regalo y no solamente Su regalo. Como te mostraré, es Su voluntad que vivamos así. En ninguna parte, las Escrituras enseñan que la pasión sexual entre un esposo y una esposa es un mal excusable que debe tolerarse para la multiplicación de la raza humana. Esa es una enseñanza abiertamente opuesta a las Sagradas Escrituras.

Ahora, amigos, también se puede concluir que las acciones sexuales no son tabú ante los ojos de Dios al considerar cómo nuestro Creador diseñó nuestros cuerpos. La actividad sexual dentro de Sus límites fue creada para ser una experiencia intensamente placentera y satisfactoria. Dios diseñó nuestros cuerpos con hormonas. Eso no fue un accidente. Eso fue un diseño divino que encajó completamente con esta experiencia. Incluso diseñó nuestros órganos sexuales para proporcionar un deleite físico. De nuevo, no sin Su propósito. Quería que Sus criaturas disfrutaran de la intimidad física dentro de la vida matrimonial entre un hombre y una mujer, esposo y esposa, ya que esto profundizaría la alegría de su relación. Entonces, Dios no solo lo diseñó. Dios también lo ordena.

Si examinas por tu cuenta en 1ª de Corintios 7, notas que Pablo escribe algo sobre la actividad sexual dentro del matrimonio. No solo está permitido, sino que está ordenado. Como esposo debo cumplir con mi deber conyugal con mi esposa, y mi esposa debe cumplir con su deber conyugal con esposo. Pero Pablo no está hablando del deber conyugal que se refiere a la bondad. Allí está hablando de la actividad sexual. En otras palabras, dice que es mi deber como esposo satisfacer las necesidades y los deseos sexuales de mi esposa en el matrimonio. ¿Y por qué? Para que no demos a Satanás la oportunidad de tentarnos.

Por lo tanto, toma nota de la enseñanza de Pablo de que nuestro objetivo principal y nuestro enfoque en las actividades sexuales en el matrimonio es satisfacer las necesidades de mi cónyuge, no auto-complaceme primero, no satisfacer mis necesidades, sino satisfacer las necesidades de ella. Las necesidades de tu cónyuge son lo primero. Y de nuevo, amigos, eso revela ese amor devocional que habla en todos estos mandamientos que Dios quiere reflejar en la forma en que vivimos juntos. Lamentablemente, a causa de la profunda caída en el Paraíso, esta experiencia de placer de la actividad sexual se ha convertido en una masiva fuerza destructiva en nuestros corazones y en la vida que llevamos. Y ahora, para frenar este pecado que está destruyendo particularmente a las personas, desde una edad temprana a la vejez, tanto dentro como fuera de la vida matrimonial, para frenar ese mal, Dios ha colocado el séptimo mandamiento como una valla alrededor de estas pasiones sexuales para mantenerlas puras.

Entonces, resumamos este primer punto con una imagen. Comparo la pasión sexual con un fuego. Todos sabemos que el fuego tiene un tremendo potencial para proporcionar alegría. En la chimenea apropiada, un fuego calienta la casa. Hace que una casa sea acogedora, pero ese mismo fuego fuera de la chimenea puede incendiar la casa. Una chispa puede iniciar un incendio doméstico o un incendio forestal y destruirlo. Eso es lo que Dios busca. Él sabe cuán destructiva puede ser la pasión sexual cuando se pone fuera de la chimenea que ha diseñado: la vida matrimonial. Llévelo afuera, y nos quemamos, nos herimos de por vida. Eso es lo que quiere evitar a través de “no cometerás adulterio”.

Por lo cual, eso nos lleva a preguntar, naturalmente, ¿cuáles son los límites bíblicos para la expresión de la pasión sexual? Ahora bien, el primer límite está claro en Génesis 2. Esa es la vida matrimonial. Puedes leer admirablemente cómo Dios instituyó la vida matrimonial e hizo que Adán descubriera que estar solo no es bueno. Luego, Él creó una ayuda idónea para a él. Qué alegre debió haber sido el momento en que el Creador presentó la mujer a Adán y ofició el primer matrimonio cuando dijo las palabras: “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer, y serán una sola carne”. La institución permanente de Dios de la vida matrimonial es esa en la que solo se permite la relación de una sola carne. Y sé que es permanente porque Dios dijo “Por tanto, dejará el hombre a su padre y a su madre”. Bueno, Adán y Eva no tenían un padre y una madre, por lo que Dios está hablando aquí sobre su matrimonio y todos los posteriores para siempre.

Por lo tanto, que quede claro para nosotros que una relación sexual entre un hombre y una mujer, sin importar la edad, nunca es una actividad privada entre adultos o jóvenes que han dado su consentimiento. La actividad sexual está permitida por la Ley de Dios solo dentro de la relación de alianza del matrimonio. De hecho, aunque Salomón de alguna modo difícilmente califica como una autoridad en la vida matrimonial, como portavoz inspirado de Dios, hacemos bien en prestar atención a sus enseñanzas en Proverbios 5–7. Y observa esta imagen en tu mente, por así decirlo, cuando dice: “¿Tomará el hombre fuego en su seno sin que sus vestidos ardan? ¿Andará el hombre sobre brasas sin que sus pies se quemen?” Y con eso, una vez más, si llevamos la actividad sexual fuera del ámbito de la relación matrimonial, nos quemaremos.

Esto parece sumamente innecesario, pero dentro de nuestra sociedad moderna de hoy, es necesario que sigamos recordándonos lo obvio: un matrimonio es una relación de pacto entre un hombre y una mujer. Dios le ordena a un hombre que se una y sea uno con su esposa. Génesis 1:28 nos ordena multiplicarnos y ser fructíferos. Este acto implica la unión entre un hombre y una mujer como cualquier libro de biología básica nos enseñará. Para tener luz, necesito una bombilla y un enchufe. Para un matrimonio, necesitamos un hombre y una mujer. Eso será obvio para todos nosotros al enfrentar estos vientos de error doctrinal y práctico. Ahora, a partir de este punto, veamos de forma más específica, a través de las Escrituras, los límites que nuestro Legislador ha trazado alrededor de nuestras pasiones sexuales.

Abordaré contigo los principales. Cualquier actividad sexual entre personas solteras está prohibida. A veces eso es llamado fornicación. Déjame darte un ejemplo. En 1a de Tesalonicenses 4:3–7, Dios advierte y exhorta que debemos poseer nuestros cuerpos en santificación y honor, absteniéndonos de la fornicación. Exhorta a no llevar la actividad sexual fuera de la relación del matrimonio y Dios advierte contra el pecado de la pasión sexual cuando se vive en una actividad sexual sin restricciones. Y luego, agrega a esto, una nota de advertencia. Él dice: “Que ninguno agravie ni engañe en nada a su hermano”. Y en este contexto, se está refiriendo a actividades sexuales. ¿Por qué? “Porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os hemos dicho y testificado”. ¿Y cómo se venga Dios? Bueno amigos, a veces solo a través de los recuerdos, que perturban y perjudican la belleza de un

futuro matrimonio. Protege este precioso regalo manteniéndote dentro de los límites de Dios cuando no estés casado.

Ahora, en segundo lugar, está prohibida cualquier actividad sexual entre personas casadas con otras personas que no estén casadas o que ya estén casadas, aparte de su cónyuge y las Escrituras lo llaman adulterio. Este pecado de infidelidad a la mujer o al hombre con quien te comprometiste en el matrimonio es uno de los actos más destructivos para la belleza de la relación matrimonial. A lo largo de los años de mi ministerio pastoral, he lidiado con muchos casos como este y casi nunca he visto que los matrimonios rotos por el adulterio puedan ser restaurados a lo que solía ser o lo que debería ser. Por lo tanto, Dios permite que el cónyuge contra quien se comete adulterio se divorcie de su cónyuge que cometió adulterio. Él lo permite. Él no lo ordena, pero sabe lo desastroso que es este acto de adulterio para la salud y el bienestar del matrimonio. Y casarse con un adúltero o adúltera que se ha divorciado de su cónyuge de manera no pública también está claramente prohibido por el Señor. Puedes estudiar eso en Mateo 5:31–32 y Mateo 19:9. Y todos estos mandamientos del Salvador subrayan una y otra vez la seriedad del pecado de adulterio.

En tercer lugar, cualquier actividad sexual entre miembros de la familia está prohibida. Si abres el libro de Levítico 18, verás ejemplos claros de estas relaciones entre los miembros de la familia. Esto se llama el pecado del incesto. La voluntad de Dios se expresa claramente cuando, repetidamente, a lo largo del capítulo, dice: “Ningún varón se llegue a parienta próxima alguna”, miembro de la familia, “para descubrir su desnudez” (Levítico 18:6). Descubrir su desnudez es una frase que capta toda actividad sexual entre miembros de la familia. Es desde el más mínimo contacto sexual físico hasta el acto sexual más completo. Dios lo prohíbe. Si esta actividad sexual ocurre entre adultos, niños o adolescentes, se llama abuso sexual infantil. Y en la mayoría de los países se considera un delito penal y por razones correctas, nada es tan perjudicial para el niño o el joven que ser abusado sexualmente por un adulto en su juventud. Y, Dios quiere proteger esta flor, este hermoso regalo de nuestra sexualidad. Él coloca este límite a su alrededor y que así, hagamos todo para honrar estos límites.

Ahora cuando volvemos a las enseñanzas de Jesús en Mateo 5:27–28 en el Sermón del Monte, notamos que el pecado contra el séptimo mandamiento va mucho más allá de las acciones que he esbozado hasta ahora. Escuchemos las palabras de Jesús. Él dice: “Pero yo os digo”, con respecto al séptimo mandamiento, “que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón”. Nuevamente, Jesús aborda aquí el pecado del corazón que está antes del acto de adulterio. Sobre la base de esta enseñanza de Jesús, la instrucción del Catecismo de Heidelberg en la Pregunta 109 nuevamente, es un hermoso resumen. Permíteme que te lo lea. Responde a la pregunta acerca de si el séptimo mandamiento solo prohíbe el adulterio y semejantes pecados graves con estas palabras. “Como nuestro cuerpo y alma son templo del Espíritu Santo, Dios quiere que conservemos ambos puros y santos. Para ello prohíbe toda impureza en nuestras acciones, nuestros gestos, nuestras palabras, nuestros pensamientos y deseos, y todo lo que incita al hombre a ello”.

¿Y puedo hablar por un momento de nosotros, los hombres y las mujeres de nuestro público? Que todos escuchen esta última declaración, “y todo lo que incita a los hombres o a las mujeres a cualquier acto de pasión sexual en un contexto equivocado”. Mujeres, atraemos los pensamientos y deseos sexuales de un hombre por la forma en que nos vestimos. Podemos ser como el agente de Satanás para guiar a otros hombres, hombres normales y saludables creados por Dios, por el camino por la forma en que nos vestimos. Ahora, supongo que muchas niñas y mujeres hacen esto por ignorancia, pero no deberían ser ignorantes. Por la forma en que nos vestimos, o más bien nos descubrimos o nos vestimos de manera atractiva, nos convertimos en una fuente de tentación para cualquier hombre normal y saludable. No, eso no significa en absoluto que los hombres no tenemos responsabilidad sobre lo que hacemos con nuestros pensamientos. Eso es entre Dios y nosotros, pero ciertamente también te dirige a actuar y vestirte de manera responsable y, aunque generalmente limitamos la enseñanza de Jesús a los hombres, desde luego, también es incorrecto que una esposa desee el amor emocional y físico de otra persona que no sea su esposo.

Pero también hay muchos hombres que son culpables de desviar a las mujeres en el séptimo mandamiento. ¿Y cómo hacemos eso, hombres? Al prestar atención emocional y física inapropiada a una mujer que no es nuestra esposa. En 1ª de Corintios 7:1, el apóstol escribe: “bueno le sería al hombre no tocar mujer”. Y la palabra en el griego tocar tiene la imagen literal de encender un fuego. No es bueno que un hombre encienda un fuego en una mujer. Ahora, los hombres sabemos lo que enciende un fuego en nosotros. Eso tiene que ver con nuestra

puerta del ojo. ¿Pero qué enciende un fuego en la mujer? Lo que va a la puerta de los sentimientos. Por lo tanto, los hombres debemos ser extremadamente cuidadosos en la forma en que tratamos a las mujeres que nos rodean. Encendemos incendios inapropiados que pueden conducir al adulterio al brindarle a una mujer, que no sea nuestra esposa, atención o apoyo emocional o tiempo personal, social o regalos financieros o incluso el más mínimo contacto físico. Por lo tanto, protejémonos también respecto a eso para no provocar pasión sexual en mujeres que no son nuestras esposas.

Esta instrucción del Señor Jesús, amigos, también cubre los pecados de la pornografía en películas e imágenes, la lujuria y la masturbación que tiene lugar en relación con la pornografía es un pecado terriblemente destructivo para ti y para la relación con tu cónyuge actual o incluso tu futura pareja. Oh, Dios está compartiendo Su preocupación por esta frágil persona sexual dentro de nosotros al querer protegernos contra los males de la pornografía. La pornografía no solo contamina la mente y el cuerpo, sino que también abusa sexualmente y explota a chicas y mujeres como si fueran juguetes y no personas y, además, complicará su futuro matrimonio ya que deja una secuela destructiva en la mente de una persona con viles recuerdos y expectativas poco realistas que arruinarán la belleza de una futura intimidad matrimonial. Por supuesto, también destruirá tu matrimonio actual. Las mujeres que descubren a sus esposos en la pornografía sienten exactamente la misma traición que sienten cuando atrapan a sus hombres, a su cónyuge, a su esposo, con otra mujer.

Entonces, permíteme concluir. ¿Cuál es la intención de Dios en este límite tan claro en torno a las pasiones sexuales para permanecer puro y santo? Amigos, es para proteger algo muy hermoso y tierno. A medida que un niño crece, es como un capullo de flores que comenzará a desarrollar su sexualidad en una hermosa flor. Cualquiera que comience a tocar este pequeño capullo de flores está destruyendo el futuro de esta flor y nunca se restaurará si abrimos este capullo de flores demasiado pronto. Entonces, aquellos que abusan sexualmente de niños y jóvenes los marcarán para siempre y los dañarán en su sexualidad. Dios conoce la fuerza destructiva de tal acción. Dios sabe cuántas personas son conducidas a la prostitución o son conducidas a relaciones homosexuales solo para escapar del dolor y la indignidad que les ha causado el abuso sexual. Dios conoce la huella biológica que la pornografía causa en la mente de una persona. Él quiere protegernos. Dios sabe que cuando una relación matrimonial es invadida por una tercera persona, nunca será la misma.

Dios también sabe cuán fuerte es el poder de la sexualidad que creó en nosotros y, por lo tanto, nos advierte repetidamente en el libro de Cantar de los Cantares: “Os conjuro, oh doncellas de Jerusalén”, las solteras, “...que no despertéis ni hagáis velar al amor, hasta que quiera”, o hasta que sea el momento adecuado para despertar este fuego de la pasión sexual. Proverbios 7:24: “Ahora pues, hijos, oídme, y estad atentos a las razones de mi boca. No se aparte tu corazón a sus caminos; no yerres en sus veredas. Porque a muchos ha hecho caer heridos, y aun los más fuertes han sido muertos por ella. Camino al Seol es su casa, que conduce a las cámaras de la muerte”. ¿Vuelves a sentir, ver y experimentar el amor afectuoso de Dios que coloca este rígido cerco alrededor de lo que es tan personal, tan frágil y hermoso? Y ese es nuestro regalo de la sexualidad vivida y experimentada en la vida matrimonial.

Y una y otra vez, amigos, quiero recordarles que el Legislador es un Dios de amor devocional para tratar de hacer de ti y de mi vida la más bella y la más santa. Eso solo ocurrirá siempre y cuando permanezcamos en el camino que conduce a la seguridad y la felicidad. Que Dios bendiga estas instrucciones sobre el séptimo mandamiento para todos nosotros. Gracias.

## *Lección 15*

---

# EL OCTAVO MANDAMIENTO

El amor al dinero es la raíz de todos los males. Aunque las Escrituras apoyan esta verdad con muchos ejemplos, la humanidad no aprende. La avaricia hace que le pongamos nuestras manos en lo que no se nos ha dado. Es muy perturbador descubrir que tu casa y tus pertenencias más preciadas han sido robadas. Por lo tanto, es la bondad de Dios legislar el octavo mandamiento. Pero el alcance de “no hurtarás” es mucho más amplio que el robo literal. Dios también nos llama a ser buenos administradores de lo que nos permite poseer en la tierra.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 15

Bienvenidos, queridos amigos. Hoy enfocaremos nuestros pensamientos en el octavo mandamiento: “No hurtarás”. Y, le he dado el título: Administrando los recursos de Dios. Antes de ver el octavo mandamiento, pensemos en un octavo principio, que derivamos de las Escrituras en Mateo 12 y que el Catecismo de Westminster resume de la siguiente manera. Manifiesta que “lo que Dios prohíbe nunca debe hacerse y lo que Dios ordena siempre debe hacerse”. Y esa parte es simple y directa, pero luego agregan la frase: “Sin embargo, cada deber en particular no debe cumplirse en todo momento”. Esa oración, especialmente, puede levantar algunas cejas. ¿Qué se quiere decir con eso? Está relacionado con la Escritura de Mateo 12:1–9, así que te animo a que revises ese pasaje mientras hablo al respecto.

Jesús se enfrenta a una acusación de que Él y sus discípulos están violando el día de reposo. De acuerdo con la ley farisaica judía, arrancar una espiga de trigo, desmenuzarla entre las manos y comerla es el trabajo de segar y cosechar y, desde luego, está prohibido. Así que, Jesús les responde en ese contexto y les dice que la necesidad permite que una ley se ponga a un lado si hay una vida en juego. Por lo tanto, pone el ejemplo de David comiendo del pan de la mesa de la proposición en el Antiguo Testamento y Jesús muestra que David y el sacerdote no hicieron nada malo al transgredir la ley ceremonial, la cual limitaba que solo los sacerdotes podían comer del pan de la proposición. Había una necesidad imperiosa de misericordia cuando David y sus hombres se desmayaban de hambre. Por lo tanto, Jesús resume este incidente en el versículo siete con este principio: “Y si supieseis qué significa: Misericordia quiero, y no sacrificio, no condenaríais a los inocentes”.

El principio que Jesús establece es que ninguna ordenanza de Dios debe ser presionada tanto como para hacernos descuidar el deber de la caridad o emergencia. La primera tabla de la Ley no debe interpretarse de modo que nos haga romper la segunda cuando nos enfrentamos a una necesidad urgente de un ser humano que debemos amar. De nuevo, hay situaciones en nuestra vida en el mundo pecaminoso y quebrantado donde existen estos conflictos de ley versus ley. Entonces, Jesús nos enseña que hay momentos en los que debemos elegir la misericordia por encima del deber y eso, es lo que significa esa frase en el Catecismo de Westminster cuando

dice: “Sin embargo, cada deber en particular no debe cumplirse en todo momento”. Permíteme, desde luego, advertirte a ti y a mí mismo. Hay muchos de nosotros que tomamos este principio como una excusa para violar la Ley de Dios y consentirnos con demasiada facilidad o encubrir un pecado apelando a este argumento, pero eso nunca fue lo que nuestro Señor pretendió.

Entonces, después de haber examinado ese octavo principio relacionado con la Ley de Dios, volvamos ahora nuestra atención al octavo mandamiento: No hurtarás. Lo he titulado Administrando los recursos de Dios. Ahora bien, hay tres pensamientos particulares en los que queremos trabajar. Primero, ¿cuál es la verdad sobre lo que poseemos? Y, en segundo lugar, ¿cuáles son los límites en cómo adquirimos posesiones? Y luego, en tercer lugar, ¿cómo ser un buen administrador de mis posesiones? Así que, estas tres cosas están interrelacionadas con el octavo mandamiento, “No hurtarás”.

¿Cuál es la verdad sobre lo que poseemos, o cuál es la suposición subyacente en el octavo mandamiento? El octavo mandamiento supone que poseemos personalmente recursos, cosas; y la mayoría de nosotros, por supuesto, pensaremos en automóviles o vacas, tierras o dinero. Y, de hecho, los activos materiales son parte de eso, pero hay muchos más recursos que poseemos o que se nos dan. Todo lo que Dios ha creado y todo lo que Él ha creado nuevamente en la vida de la gracia es de Dios.

Ahora, pensemos eso por un momento. El aire que respiramos, la luz del sol que absorbemos, la tierra sobre la que caminamos, todas estas cosas son recursos de Dios que podemos usar, pero no desperdiciar, no explotar, no contaminar. Pero, piensa en el recurso del tiempo, tu salud y la mía, la fuerza que Dios nos da, o en un nivel diferente las posiciones que nos ha dado como esposo o como padre o como líder, como gerente, o incluso talentos que nos ha dado. Tenemos una variedad de talentos. Cada uno de nosotros tiene talentos de diferentes maneras, que son los recursos de Dios y que nos han sido dados.

Algunos de nosotros somos hábiles con nuestras manos y somos reparadores o somos constructores. Algunos de nosotros somos buenos con nuestra cabeza y somos inventores. Somos ingenieros. Nos organizamos o somos líderes. Nosotros damos consejos. Otros son muy buenos con su corazón. Son compasivos. Son buenos oyentes o consejeros, o tal vez están en el campo médico, de enfermería o como doctores. Desean ayudar a otros hombres que sufren. Incluso hay otros que son virtuosos con la música y la pintura. Todos estos son recursos que Dios nos ha dado, incluso los dones de gracia que Dios da en la vida de Su pueblo. Pedro señala en 1ª Pedro 4:10: “Cada uno según el don que ha recibido, minístrelo a los otros, como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios”. Ahora, ¿en qué tipo de dones está pensando Pedro? Bueno, el don de la enseñanza, el don de la compasión, el don de la hospitalidad, el liderazgo o la escucha, todo tipo de dones que Dios nos ha dado para que los usemos para Él.

Por lo tanto, recordemos que este gran Creador, este Poseedor soberano ha determinado los límites, el tamaño o la cantidad de los recursos en nuestra vida. Proverbios 22:2 señala esto claramente. Se lee: “El rico y el pobre se encuentran; a ambos los hizo Jehová”. Entonces, en lugar de quejarnos de la soberanía y la providencia de Dios en las que Él ha decidido cómo dividir los diversos recursos entre la humanidad, estaríamos más satisfechos y sacando mucho más provecho cuando usemos fielmente lo que Dios otorga.

“No hurtarás”. De hecho, piénsalo de esta manera. A menudo olvidamos que nosotros mismos somos posesiones. No nos poseemos. Nuestro Creador nos posee. Él es nuestro defensor, proveedor y sustentador. Nos hizo para Su propósito, para Su interés, para servir a Su reino y a Su causa, para hacer Su voluntad y, de alguna manera, ¿no nos condena eso, cuando pensamos en el octavo mandamiento, “no hurtarás”, cuando se trata de cómo manejamos los recursos que Dios nos ha dado para que los administremos? No somos dueños de nuestras posesiones. Somos los mayordomos de Dios.

Salmo 24:1, permíteme leer algunas Escrituras para recordarnos esta verdad: “De Jehová es la tierra y su plenitud; el mundo, y los que en él habitan”. O, en 1ª de Crónicas 29:11–12, David escribe: “Porque todas las cosas que están en los cielos y en la tierra son tuyas...Las riquezas y la gloria proceden de ti, y tú dominas sobre todo; en tu mano está la fuerza y el poder, y en tu mano el hacer grande y el dar poder a todos”. Qué hermosa confesión acerca de dónde viene todo lo que tenemos o, más bien, de lo que somos administradores. Salmo 50:10–11, el Señor nos recuerda muy amablemente: “Porque mía es toda bestia del bosque, y los millares de animales en los collados. Conozco a todas las aves de los montes, y todo lo que se mueve en los campos me pertenece”. Alguien

que realmente recordaba esto era Job. Conoces la historia, cuando el Señor le quitó todo en un día, excepto su esposa. Qué gran confesión, “Jehová dio, y Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito” (Job 1:21).

Entonces, para resumir este primer pensamiento, el hurto comienza mucho antes de tomar los bienes de mis prójimos y hacerlos míos. El hurto comienza cuando me considero el dueño final de las cosas terrenales o materiales que tengo o de los talentos que me han dado. Entonces, “no hurtarás”. ¿Cuáles son los límites de cómo podemos adquirir nuestras posesiones? Nuevamente, antes de considerar las instrucciones sobre no hurtar, consideremos el principio que conforma la base del octavo mandamiento.

Tenemos derecho a la propiedad privada, a pesar de que seguimos siendo administradores. Si ese no fuera el caso, no habría necesidad del octavo mandamiento. Entonces, Dios no tendría que prohibirnos el hurto. Dios asume que Sus criaturas tienen derecho a la propiedad privada. Por lo tanto, puedo considerar algunas de estas cosas como mías o tuyas. Tengo derecho a usarlo, disfrutarlo, administrarlo, expandirlo, hacer algo creativo con eso o multiplicarlo. Me ha sido dado como mayordomía. Sin embargo, no soy el dueño final de la misma. Todo eso sigue siendo Suyo. Entonces, por eso, nadie tiene derecho a tomar lo que Dios me ha dado por su propia cuenta. “No hurtarás”. Dios ha protegido la propiedad privada. Por lo tanto, amigos, una redistribución forzada de la riqueza en dinero o tierra no es en ningún lugar un mandato bíblico. Lo que sucede en la iglesia primitiva en Hechos 2:44–45 fue una donación voluntaria de aquellos que tenían más para los necesitados, no una redistribución forzada.

Piensa en los grandes hombres y mujeres de Dios en la Biblia. Pienso particularmente en Abraham y Job. Ambos eran hombres ricos y tenían muchos sirvientes, pero no redistribuyeron su riqueza entre todos los sirvientes que tenían. Por lo tanto, si el dinero o la propiedad han sido heredados legalmente o adquiridos legalmente a través de su arduo trabajo o sus sabias inversiones comerciales, entonces los tomamos como un regalo de Dios; que usemos y administremos nuestra riqueza en Su nombre, para Su gloria y, por supuesto, el servicio a nuestro prójimo. Entonces, una vez establecido eso, veamos ahora cuáles son las maneras legales, o incluso ilegales, mediante las cuales adquirimos o no nuestras posesiones.

Primero, los medios legales. Desde luego, trabajando duro, usando tus talentos y recursos de una manera responsable y piadosa para mantenerte a ti mismo y a quienes dependen de ti. Dios nos ordena, cuando estamos sanos y somos capaces, trabajar seis días a la semana. Frunce el ceño por la pereza. Frunce el ceño ante aquellos que viven de los donativos de otros mientras son capaces de mantenerse por sí mismos. Escucha Efesios 4:28, donde Dios prohíbe: “El que hurtaba, no hurte más”. Y estas palabras son seguidas por: “sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad”. Muestra claramente que el Señor está dando a entender que aquellos que no están trabajando con sus propias manos para proveer están robando.

Del mismo modo, Pablo exhorta en 2ª de Tesalonicenses 3:12 que debemos trabajar sosegadamente y comer nuestro propio pan. Una vez más, volviendo al libro de Proverbios capítulo 6, Dios nos remite a las hormigas y a la escuela de hormigas. “Ve a la hormiga, oh perezoso, mira sus caminos, y sé sabio” (versículo 6). Dios muestra la sabiduría, la belleza y la diligencia de la hormiga, proveyéndose para el futuro. Entonces, Él ordena el trabajo duro y condena la pereza o el desperdicio de lo que nos ha dado.

Debemos amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Eso también significa que trabajamos para proveernos a nosotros mismos y para compartir cuando, por supuesto, tenemos suficiente. Una vez más, como apoyo, esta es la parábola que predicó Jesús en Mateo 25:14–29 y Jesús usa el ejemplo del mayordomo muy diligente comparándolo con el muy perezoso para establecer el mandato “no hurtarás”. Elogió a aquellos que legalmente usaron sus talentos para aumentarlos aún más, pero el que no usó sus talentos fue severamente reprendido. ¿Y el punto? “No hurtar” significa, “usa tus recursos; no dependas de otros, sino provee para ti mismo a través del trabajo duro, la diligencia y la inversión inteligente”. Esos son los preceptos que el Señor nos da en este octavo mandamiento.

Ahora, trabajar duro se aplica, por supuesto, a todas las normas legales que, no solo me proveerán de lo que necesito, sino que también pueden aumentar lo que tengo. Todas las normas que honran los Diez Mandamientos en todos los aspectos son normas legales, ya sea en los oficios, en los negocios, en la industria de servicios, en el mundo de la ciencia, en el campo de la medicina, en el ministerio, el ejército o el gobierno. Las normas en las que honramos los Diez Mandamientos son ordenanzas legales y son dignas, cada una de ellas en su lugar. Y mientras

ninguna de ellas implique prácticas deshonestas, fraudulentas o despiadadas, debemos seguirlas. Piensa en Juan el Bautista cuando se enfrentó a los soldados, supongo que soldados romanos, no les dice “dejen de ser soldados”. Él les dice: “No hagáis extorsión a nadie”, sexto mandamiento. “ni calumniéis”, noveno mandamiento, y “contentaos con vuestro salario”, décimo mandamiento (Lucas 3:14). Y así, si pueden optar por esta tarea de soldado sin estos pecados, están haciendo lo correcto.

Hay momentos en que el llamado a seguir a Cristo significa que debemos renunciar a nuestro trabajo o cortar nuestras relaciones comerciales, o que debemos alejarnos de puestos atractivos. Jesús llama a Sus discípulos a que mejor se saquen el ojo derecho y se corten la mano derecha (Mateo 5:29–30). Él está hablando de eventos, posiciones o tentaciones pecaminosas que pueden llevarnos por mal camino y eso no solo se aplica al séptimo mandamiento. Eso también se aplica al octavo mandamiento. Cualquier cosa que nos lleve del camino angosto al camino ancho, necesitamos cortarla. Por lo tanto, si hay casos en que nuestra posición económica o nuestra actividad financiera nos pondría en conflicto con la Ley de Dios, entonces claramente el llamado de Cristo es que necesitamos separarnos de eso.

Pero, recordemos algo, para aquellos de nosotros que hemos sentido este pellizco, también financieramente y, la tentación de ser deshonestos o tomar atajos, recordemos la promesa que Jesús nos da en Mateo 19:29: ‘Y cualquiera que haya dejado casas, familia o tierras’, ¿Puedo agregar?, Trabajos, posiciones u oportunidades para ser ricos, “recibirá cien veces más, y heredará la vida eterna”. Moisés se presenta ante nosotros como el héroe de la fe, cuando despreció las riquezas de Egipto como inútiles y prefirió asociarse con el pueblo de Dios y Dios nos recordó que “tenía puesta la mirada en el galardón” (Hebreos 11:26). Moisés sabía que aquello a lo que había renunciado sería más que compensado por lo que había recibido.

Entonces, Dios prohíbe en el octavo mandamiento cualquier medio ilegal para adquirir lo que no es tuyo. Obviamente, “no hurtarás” significa que no tomemos lo que no nos pertenece. Reconoces aquí la devoción amorosa de Dios. Las cosas que poseo, las cosas que administro, las cosas que he construido en mi negocio o en mi granja, comenzamos a admirarlas o apreciarlas de alguna manera. Es parte de nosotros y, hay un cierto orgullo en eso también y el Señor lo protege. “No hurtarás”. No pongas tus manos sobre lo que otros han estado recibiendo o lo que otros han recibido. Él construye una cerca de protección alrededor del pequeño reino que nos ha dado para manejar o administrar en Su nombre.

Pero, Dios también prohíbe en el octavo mandamiento cualquier medio ilegal para tomar posesión de cosas, títulos o posiciones. Aquellos en ventas quebrantan el octavo mandamiento cuando engañan acerca de sus productos para venderlos a un precio mayor de lo que cuestan o para ocultar algunas de sus debilidades o fallas. Al aprovecharse de la ignorancia del comprador quebrantan el octavo mandamiento. Ese no es un trato justo, es un robo desagradable ante los ojos de Dios. Usar medidas falsas, cálculos falsos, manipulando los números estadísticos para proporcionar una imagen incorrecta es parte de la transgresión del octavo mandamiento. En el trabajo, si estamos trabajando para un empleador y perdemos nuestro tiempo pagado permitiendo que éste se interrumpa con llamadas telefónicas innecesarias o si registramos un número deshonesto de horas de trabajo, estamos incumpliendo el octavo mandamiento.

Si estamos en el mercado mundial de inversiones, nuestro método no debe ser la especulación o aprovechar rápidamente algunos datos internos para obtener grandes ganancias a expensas de la pérdida de otros. Eso no es amar a tu prójimo como te gustaría ser amado. La inversión en acciones de una empresa es un negocio legítimo, pero usar el conocimiento interno para obtener ganancias excesivas a expensas de otros sería una transgresión del espíritu del octavo mandamiento. En el mundo de la escritura, robar las palabras de otra persona es un hurto si esas palabras no son reconocidas. En el mundo de la música o la fabricación, robar las ideas de alguien más y luego usarlas para hacer su propio producto es un robo ante los ojos de Dios. En el mundo de los seguros, robamos cuando inflamamos un reclamo u ocultamos la historia real acerca cómo la abolladura se produjo en nuestro automóvil para beneficiarnos del negocio de los seguros y cubrir nuestro propio error. Eso es robar.

Y robamos cuando por deshonestidad o calumnia obtenemos un puesto o un ascenso. Eso es robar de nuevo. Robamos cuando evadimos los impuestos de nuestro país. Dios claramente habla de eso en Romanos 13:7: “Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto”. Si somos empleadores, también robamos cuando no damos a nuestros trabajadores su salario adecuado, cuando no les pagamos lo suficiente, para que ellos y sus familias tengan suficientes provisiones. Eso es robar, Santiago se manifestó contra esta forma de robo

en Santiago 5 cuando realmente acusa a los ricos del pecado de robar a sus trabajadores. Así que amigos, “No hurtarás”.

Dios también hace esa aplicación espiritualmente. Tú y yo no somos nuestros propios creadores. Tal vez, Dios nos ha hecho más talentosos que otros, pero esos son Sus talentos. Son Sus dones y debemos usarlos para Su gloria y usarlos para el bienestar de nuestro prójimo. Por lo tanto, cuidate de los elogios indebidos hacia ti mismo por lo que realmente pertenece a Tu Creador, al Autor u Originador y Capacitador. El apóstol Pablo preguntó en 1ª de Corintios 4:7 cuando ve toda esta competencia y alabanza entre los cristianos, dice: “Porque ¿quién te distingue? ¿o qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué te glorías como si no lo hubieras recibido?”. No creamos nuestros cuerpos ni nuestras mentes. Todos fueron formados por nuestro Creador para ser el templo del Espíritu Santo. Qué hurto, contra Dios, cuando usamos todo eso para nuestra propia gloria, nuestro propio nombre, nuestra propia comodidad, nuestro propio engrandecimiento.

No permitas que omita recordarte que Dios nos ha dado un mandamiento para recordarnos continuamente que todos somos mayordomos de Sus recursos y ese es el mandato de diezmar. Una décima parte de nuestros ingresos le pertenece a Dios. Malaquías habló en nombre de Dios cuando escribe en Malaquías 3: “¿Robará el hombre a Dios? Pues vosotros me habéis robado. Y dijisteis: ¿En qué te hemos robado? En vuestros diezmos y ofrendas” (versículo 8). Sí, dar el diezmo es una prueba de fe, especialmente cuando tu presupuesto es escaso y tus facturas son muchas, pero no olvides la promesa de Dios a quienes lo honran fielmente al devolverle lo que es suyo. Escucha la promesa que hizo. Él dice: “Probadme ahora en esto, dice Jehová de los ejércitos, si no os abriré las ventanas de los cielos, y derramaré sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde” (versículo 10).

Desde luego, el mandato de Dios de diezmar no es solo una prueba espiritual. También es una forma práctica de satisfacer las necesidades financieras de Su iglesia y Su reino, el trabajo misionero y todas las demás actividades que se realizan en Su nombre y a través de Su iglesia. De hecho, es una prueba espiritual, recordarnos nuevamente que no poseemos nada. Solo somos mayordomos de lo que es del Señor. Esa es una prueba espiritual, es el diezmo, para hacernos enfrentar la codicia innata que todos tenemos en lo profundo de nuestro corazón. Pero amigos, cuánto más dulce es una vida en la que nuestras posesiones no nos pertenecen o en la que no pertenecemos a nuestro impulso de enriquecernos, sino que somos dueños de nuestras posesiones para enriquecer a otros y servir a nuestro Creador.

Entonces, por último, ¿cómo puedo ser un buen administrador de los recursos de Dios? Bueno, eso es lo contrario a “no hurtarás”. Es decir, “Darás, harás una donación, compartirás”. El Catecismo de Heidelberg resume nuevamente este deber del octavo mandamiento en una bella oración. Dice: “Buscar en la medida de mis fuerzas, aquello que sea útil a mi prójimo, de hacer con él lo que yo quisiera que él hiciese conmigo, y trabajar fielmente”, ¿Por qué? “a fin de poder asistir a los necesitados en su pobreza” y, por lo tanto, no ser abusador ni desperdiciar Sus dones. Así que, de nuevo, “no hurtarás”, más bien “darás”. Escucha a Juan el Bautista cuando nos da instrucciones muy prácticas. Él les dice a sus oyentes que, si tienen dos abrigo, entonces compartan uno de ellos con un prójimo que tenga frío (Lucas 3:11). ¿No es eso lo que nos gustaría recibir cuando tenemos frío?

El pasaje de Santiago en Santiago 5 es bastante instructivo. Solo 40 años después del gran comienzo pentecostal de la iglesia, necesita escribir a miembros ricos de la iglesia acerca del robo. ¿Y cómo robaron? Bueno, escucha esto. Santiago predicó sobre el oro y la plata que se destruyen con el óxido. La palabra es enmohecido, oxidado. En otras palabras, el oro y la plata no se usan. Se recogen. Se atesoran. Se hacen demasiado. Se oxidan. No sirve de nada a las personas que lo poseen. Pero, mientras tanto, pudo haberse usado para ayudar a aquellos que lo necesitan. Y Santiago dice que el oro y la plata oxidados serán un testimonio contra nosotros en el Día del Juicio. Luego, va a la prenda, al armario, y habla de las prendas que se comen las polillas. En otras palabras, están colgadas en armarios, sin usar, en lugar de estar colgadas en los hombros de sus semejantes. El punto que Santiago está señalando es que estamos robando cuando tenemos todas nuestras sobras y nuestros extras y los almacenamos, en lugar de distribuirlos o compartirlos con aquellos que realmente los necesitan.

El apóstol Pablo concluye la primera carta a Timoteo exhortando a los ricos no solo a que estén atentos a no depositar su confianza en las riquezas inciertas, sino también, nuevamente, a ser buenos, listos para distribuir, dispuestos a comunicarse, a compartir (1ª de Timoteo 6:17 –19). Entonces, “no hurtarás”. ¿Sabías que ningún tema terrenal recibe tanta atención en las Sagradas Escrituras de Dios como el tema del dinero? Dios sabe dónde se encuentran nuestros principales peligros y, por lo tanto, recalca los detalles del octavo mandamiento. Una

parábola puntual acerca de cómo los ricos difícilmente entran en el reino de Dios, muestra los peligros del dinero (Mateo 19:24).

Hace algunos años, hubo una competencia sobre la mejor definición de dinero y la mejor definición elegida fue esta, con la cual terminaré esta lección. Dice: “El dinero es un artículo que puede usarse como pasaporte universal para llegar a todas partes, excepto al cielo y, el dinero es un proveedor universal de todo, excepto la felicidad”. Con eso, concluimos este tema del octavo mandamiento. Que el Señor los bendiga. Gracias.

## *Lección 16*

---

# EL NOVENO MANDAMIENTO

Testificar es una gran responsabilidad. Puede hacer la diferencia entre la vida y la muerte. Ha salvado a las naciones de la destrucción y a individuos de sentencias injustas. Puede prevenir accidentes y resolver crímenes. Pero también puede desviar a las personas del camino correcto e incluso de Dios. Por lo tanto, Dios nos dirige cómo testificar o compartir información. Por lo tanto, limitar el noveno mandamiento a solo decir mentiras en un tribunal es superficial. El noveno mandamiento trata con algo que hacemos todos los días, es decir, ¡cómo usamos nuestra lengua! Las palabras son vehículos, no solo de pensamientos, ideas o verdades, sino mayormente de amor.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 16

Bienvenidos, amigos míos, a la lección sobre el noveno mandamiento: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”. Juntos queremos ver este tema titulado Comunicación saludable y reconciliadora. Como veremos, el noveno mandamiento no es solo sobre mentiras y deshonestidad. Es sobre las palabras, sobre cómo nos comunicamos. Antes de que veamos en detalle, consideremos el noveno principio, y este dice que el pecado nunca es un pecado individual, sino que un pecado siempre lleva a y se entrelaza con otras transgresiones de otros mandamientos.

La mejor manera de ilustrar eso es con el caso del pecado de David con Betsabé. En primer lugar, cuando vio a Betsabé, la deseó en su corazón. Codició la esposa de su prójimo, el décimo. Al mismo tiempo, sin duda está cometiendo adulterio en su corazón, así que se entrelaza con el séptimo mandamiento. Luego, abusa de su poder real al mandar a traerla a su palacio. Ese es el quinto mandamiento. Luego del acto de adulterio, el séptimo mandamiento, añadió mentiras para ocultar sus huellas y engaño. Cuando todo esto falla, recurre a quebrantar el sexto mandamiento y añade el asesinato. Y continuó ocultando sus terribles hechos por un tiempo, que es otra vez el noveno mandamiento.

Verás, todos los mandamientos de la segunda tabla están entrelazados con un mandamiento. Un pecado que él cometió [dio inicio a otros pecados]. Aun así, cuando David reflexiona en su confesión en el salmo 51 dice: “Contra ti, contra ti solo he pecado”. Para él, principalmente, la culpa era contra la primera tabla de la Ley. Así que, de hecho, sintió que el pecado también se había entrelazado con la primera tabla de los mandamientos de Dios, particularmente el tercero. Había tomado el nombre de Dios en vano, como representante del nombre de Dios actuó de una manera horrenda. Por lo tanto, dice en el salmo 51: “Edifica los muros de Jerusalén”. Los destruyó de una manera peor de lo que sus enemigos alguna vez podrían hacerlo, pero allí no termina el rastro del pecado.

El pecado de David también incluye el pecado de Betsabé. Incluye el pecado de Joab, puesto que cometió asesinato al seguir las instrucciones de David en su complot traicionero contra Urías. Llevó a sus propios hijos como Absalón y luego también a Amnón a caer en pecados lamentables [probablemente] inspirados por el terrible ejemplo de David. Así que, el principio es este: un pecado a menudo se entrelaza con o lleva a otros pecados. Hace que el apóstol Santiago escriba esta orientación positiva en el último versículo de su libro, donde dice: “Sepa que el que haga volver al pecador del error de su camino”, el error de su camino, “salvará de muerte un alma, y cubrirá multitud de pecados”. Un error lleva a una multitud; que esto sea un incentivo para nosotros para que hagamos todo lo posible por alcanzar a nuestro prójimo que está camino al error, a un pecado, para que no se convierta en más pecados en él u otros a su alrededor.

Eso nos lleva al noveno mandamiento en este día: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”. Veamos el noveno pensando en las siguientes preguntas. En primer lugar, ¿cuánto valora Dios la comunicación? En segundo lugar, ¿cómo debemos expresar nuestro amor en la manera en la que nos comunicamos? Y, en tercer lugar, ¿cuáles son Sus instrucciones para preservar el bienestar de nuestro prójimo por medio de nuestra comunicación?

¿Cuánto valora Dios la comunicación? Y, antes de ver eso, pensemos por un momento en el noveno. Parece que solo hablara sobre mentir: “No hablarás...falso testimonio”. Ese es uno de los niveles. A estas alturas, deberíamos habernos acostumbrado a entender que hay muchos niveles en estos mandamientos. Cuando Dios dice: “No tomarás mi nombre en vano, ni lo usarás de una manera trivial e irreverente”, ese es el abuso más bajo del nombre, pero eso no excluye maldecir o blasfemar. Por lo tanto, así también sucede con el noveno. Aunque menciona un nivel y quizá uno de los niveles más importantes, no excluye el resto de las maneras en las que usamos nuestras palabras, o más bien, la manera en la que nos comunicamos.

Ahora bien, la comunicación es importante para Dios. Mira lo que Jesús dijo en Mateo 12:36: “Mas yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio”; cada palabra ociosa. La comunicación es importante para Dios. Por lo tanto, efectivamente en las Escrituras la lengua y la boca tienen una atención muy importante en las enseñanzas de Dios para nosotros. Uno de los versículos que escucharás repetirse en esta lección es el de Efesios 4:29: “Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes”. Eso se une a un versículo de Proverbios, que compara nuestra lengua, una lengua saludable, a un árbol de vida, mientras que una lengua perversa es quebrantamiento de espíritu (Proverbios 15:4).

Ahora bien, Dios valora la comunicación por tres razones. La primera es que la comunicación y nuestra habilidad para hablar es parte de la imagen de Dios en nosotros. Él nos creó con la habilidad de poner nuestros pensamientos y nuestras ideas en palabras. Mira el primer libro de la Biblia; en Génesis 1, observa cómo Dios comienza las Escrituras con ‘Y dijo Dios’. Palabras, palabras que crearon, palabras que comunicaron vida, belleza y orden en un mundo caótico y vacío. Ahora, ese uso de las palabras de Dios muestra un modelo a seguir para nosotros. No debemos usar nuestras palabras como armas para luchar, demoler y destruir. Debemos usarlas como vehículos para dar gracia a nuestros oyentes, a quienes hablamos. Ese es el tema con el que tratamos en el noveno mandamiento.

La segunda razón por la que Dios valora la comunicación, amigos míos, es porque Dios sabe que las palabras hieren más que las piedras y los palos. Las palabras pueden ser puñales. Las palabras destrozan a las personas hasta su ser más interior. Incluso si esas feas palabras, palabras insinceras son puestas sobre la mesa y confesadas como errores, no quitan la herida. Por lo tanto, Dios muestra un interés tierno en este noveno mandamiento de que usemos el don de la comunicación no de la manera en la que el diablo lo usa, para destruir y para herir, sino usarlo como Él lo usa, como el árbol de la vida para traer gracia y sanidad, gozo y satisfacción. “Manzana de oro con figuras de plata”, dice Salomón, “es la palabra dicha como conviene” (Proverbios 25:11), que imagen tan hermosa. De esa manera debemos usar el don de la comunicación.

La tercera razón por la cual Dios valora la comunicación [es que] Él sabe cuán importante es en nuestras relaciones los unos con los otros. El gozo profundo, las relaciones íntimas cercanas, solo pueden alcanzarse a través del don de la comunicación. Cuando digo lo que pienso y lo comparto con alguien más, estrechamos nuestra relación a una intimidad mayor, una belleza mayor y una profundidad mayor. Somos diferentes a los animales. Ellos también se comunican, ladran, aúllan o cantan. No comparten sus ideas. No comparten sus

pensamientos, las cosas secretas, los unos con los otros. No crean una poesía hermosa o cartas hermosas en las que pueden hablar a alguien o ministrarlo en las áreas más profundas de su vida.

Los lazos de las relaciones se hacen cada vez más cercanos cuando descubrimos y compartimos cada vez más los unos con los otros en y a través del don de la comunicación. El fruto de eso es armonía, es la belleza del amor y la belleza de la confianza. Una y otra vez, debemos recordar que la intención de cada uno de los mandamientos de Dios es traernos a la felicidad que viene de dedicarnos el uno al otro en amor santo y puro. Así que, lo repito, amigos míos, el noveno mandamiento no es solo sobre mentir. Es sobre la instrucción de Dios de cómo usar nuestras palabras como un don para mantener, profundizar y enriquecer nuestras relaciones los unos con los otros.

Nuevamente, permíteme usar las palabras del Catecismo de Heidelberg. Apoyan la exposición de este noveno mandamiento, que usemos la comunicación para “que procure con todas mis fuerzas defender la honra y reputación de mi prójimo”. Eso es la parte del mandamiento que exige, y qué hermoso ejemplo tenemos de eso en las Personas de la Santa Trinidad. La forma en la que hablan la Una de la Otra, se honran la Una a la Otra, también en la revelación de las Escrituras, es hermoso. Nunca calumnian. Nunca murmuran. Nunca dicen cosas malas las Unas de las OTRAS, sino que exaltan, comunican el amor, profundizan, por así decirlo, la belleza de Su relación a través de Su comunicación. Aunque reconozco que no se profundiza de ningún modo en un Dios perfecto.

Ahora, entonces, ¿cómo debemos expresar nuestro amor en la comunicación según el noveno mandamiento? En primer lugar, desde luego, que no debo decir una falsedad sobre mi prójimo, quiere decir que debo decir la verdad, dar un testimonio verdadero sobre mi prójimo en un tribunal. Eso es muy importante para Dios. Dios exige la muerte de un falso testigo en un tribunal porque conoce el daño que hace traer falso testimonio. Podría costar la vida de alguien o librarlo de la muerte. Podría ponerlo en libertad o podría llevarlo a prisión. Así que, debemos decir la verdad. Además, cuando no se nos pregunta y sabemos la verdad, tenemos la responsabilidad de testificar la verdad. Al fin y al cabo, ¿no es eso lo que está incluido en la suma de los mandamientos como dice Jesús? “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos; porque esto es la ley y los profetas”. Cuando las acusaciones contra ti son falsas y alguien sabe la verdad, te gustaría que él o ella se presentara y testificara la verdad en esa situación.

Testificar o no hablar falso testimonio también quiere decir que debo decir la verdad en todas las ocasiones fuera del tribunal. Nuestro Señor enseñó en el Sermón del Monte que tu sí sea sí y tu no sea no. Debemos ser contra-culturales. Mentir es muy común en nuestra cultura, dondequiera que estemos o vivamos, pero con cuánta frecuencia no somos culpables de eso también. Hacemos una promesa y no la cumplimos, quizá nunca tuvimos la intención de cumplirla. Es una mentira. Cuando torcemos los hechos para hacer la historia más bonita, es una mentira. Cuando exageramos solo para impresionar a alguien o hacer que las cosas salgan a nuestra manera, es una mentira. Debemos luchar por decir la verdad, por amar la verdad, pero también para tratar en verdad a los demás.

En el contexto de Efesios 4, el capítulo sobre la comunicación, Pablo escribe a la congregación de Éfeso: “Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros” (versículo 25). Ahora bien, aquí el Apóstol se está refiriendo a las luchas y conflictos que están ocurriendo dentro de esta congregación, y les instruye a que desechen la mentira en el sentido de: ‘hermanos, no mantengan estas cosas encubiertas. No ignoren estos problemas con el pecado. Traten con las cosas que están destruyendo sus relaciones y los están dividiendo. Traten con ellas. Hablen la verdad en amor. No la escondan bajo la alfombra. No la ignoren, sino hablen lo que es verdad y edifiquen las relaciones los unos con los otros’. Por lo tanto, el noveno no es solo sobre decir una mentira.

El noveno también quiere decir que debo hacer lo opuesto; debo promover la importancia y la buena reputación y el carácter de mi prójimo. Oh, la mentira es la obra del diablo. Ensombrece el carácter de alguien. Puede destruir o herir mi reputación y puede terminar con relaciones hermosas entre amigos, cónyuges o un ministro de la congregación, entre un líder y sus seguidores. Así que nuevamente, amigos míos, volvamos a Efesios 4:29. Dios nos llama a que no dejemos que ninguna palabra corrompida salga de nuestra boca, sino la que es buena a fin de dar gracia a los oyentes. Ahora, al examinar esto, y hagámoslo con atención, cómo usamos nuestras palabras, ¿están corrompiendo los sentimientos de otra persona? ¿Promueven la ira? ¿Hierden los corazones?

¿Dividen a los amigos? ¿Difaman el carácter de otro? ¿Crean tensión en las relaciones? O, ¿estoy dando gracia, unidad, cercanía, honor, respeto y enriquecimiento a los que me oyen? La intención de la comunicación a la que Dios nos llama incluye todo esto.

Por lo tanto, concluyamos con el tercer punto. ¿Qué nos enseña Dios sobre preservar a nuestro prójimo a través de la manera en la que nos comunicamos? Alejémonos del ejemplo de Satanás de la comunicación. Este padre de mentira, como lo llamó Jesús (Juan 8:44), comenzó todo el problema en esta tierra con mentiras, pero, considera Génesis 3, no fue con mentiras directas y obvias. Fue astuto en su manera de torcer la verdad. Así que, cuando nos toca preservar el bienestar de nuestro prójimo y honrar el noveno mandamiento: “No hablarás contra tu prójimo falso testimonio”, veamos algunos detalles sobre cómo hacerlo.

No debemos torcer la verdad. La verdad puede torcerse de una manera en la que puedo estar promoviendo el engaño. Satanás lo hizo muy astutamente cuando se acercó a Eva. Hizo que Dios pareciera malo. Hizo que Dios pareciera estar reteniendo algo en lugar de darlo. Solo escucha cómo dice estas palabras a Eva cuando se acercó a ella y dijo: ‘¿Conque Dios os ha dicho: no comáis de todo árbol del huerto?’ Pero eso no fue lo que Dios dijo. Dios dijo: ‘De todo árbol del huerto podrás comer; excepto este’.

La revelación de Dios es generosa. ‘Puedes comer de todo lo que quieras y cuando quieras de todos estos árboles que he creado. Con la excepción de uno del que no quiero que comas’. Satanás torció eso, ¿no es así?, torciendo la verdad y haciéndolo ver como si Dios te estuviera restringiendo: ‘¿No puedes comer de todos los árboles del jardín?’ Ahora, ¿qué logró esta distorsión de la verdad? Tomó a Eva por sorpresa e hizo que se desviara. Rompió la relación entre Dios y ella, entre ella y su esposo. Eso es lo que hacen las mentiras, lo que sucede al torcer la verdad.

Ahora, la segunda estrategia astuta de Satanás que es contraria al noveno mandamiento es que exageró la verdad, por supuesto, además de mentir. Dijo directamente: “no moriréis”. Hizo a Dios mentiroso, pero también exageró la verdad. Escucha lo que dice. Además de una mentira directa: “no moriréis”, también dijo: “seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal”. En efecto, Adán y Eva conocerían lo bueno y lo malo. Sabrían la diferencia, pero no serían como Dios, pues se convertirían en aborrecedores de lo bueno y amantes de lo malo.

Así que, la exageración sucede cuando engrandezco los hechos sobre lo que hice o lo que alguien más hizo o lo que pudiera suceder para desviar a alguien. Existen muchas razones por las que la gente exagera, pero todas son malvadas y todas son para herir a nuestro prójimo o conseguir lo que queremos. Puede ser para ganar el favor y la confianza de alguien. Puedo exagerar para dar una mejor impresión de mí mismo o hacer que otra persona se sienta mal sobre su éxito al exagerar mi propio éxito. Todo es negativo y dañino. Destruye la belleza de las relaciones, lo cual está en el centro del gozo. Recordemos una y otra vez que todas estas instrucciones que Dios nos ha dado en el resumen de Su Ley original están allí porque Él se interesa en nosotros y en nuestra felicidad.

Por lo tanto, la tercera forma en la que debemos preservar el bienestar de nuestro prójimo es no chismear de la verdad. El chisme usualmente se trata de dos cosas. Algo puede ser verdad, pero puede que no sea agradable ni necesario compartirlo con otra persona. El chisme consiste en hacer eso a propósito. Los chismosos no defienden o promueven a la persona, sino que la destruyen al compartir o magnificar las faltas o fallas de otros. Ese es un pecado común que incluso se ve entre los cristianos, al esconder nuestros cuentos detrás de una apariencia de preocupación. “Me gustaría que ores por fulano y mengano porque él o ella hizo esto y aquello”. Examina tus motivos. ¿Es la historia lo que quieres compartir y quieres esconderlo detrás de un velo religioso? Amigos míos, el chisme hiere profundamente la reputación de los demás y lleva a otros a condenar a los demás injustamente o sin haber oído primero.

Dios también prohíbe la calumnia y esparcir rumores, que usualmente son falsedades. Esto va más allá del chisme. En la calumnia, estoy esparciendo hechos que ni siquiera sé si son hechos. No están verificados, quizá son solo rumores. No solo es un pecado que ocurre en la vida política, sino que también ocurre en la vida cristiana. Nuestro Señor Jesús fue muy calumniado. Los líderes religiosos difundieron historias sobre Él y Lo calumniaron. ‘Profana el sábado. Es amigo de pecadores y publicanos en el sentido de que [se asocia] con ellos. Es un borracho’.

Lo destructiva que es la calumnia se ilustra muy bien en la conocida historia del ministro que dijo a uno de sus miembros, que constantemente calumniaba el nombre y la vida de otras personas, que tomara una almohada de plumas y que fuera a una torre a esparcir todas las plumas en el pueblo. Lo hizo y volvió a él diciendo: “Ya lo hice”. Y entonces él le respondió: “Ahora ve y recoge las plumas que has esparcido”. Él dijo: “¡Eso es imposible!”.

y así le hizo entender el pecado en su vida. “Todas las historias que compartes sobre otros que no son verdad son como esas plumas de la almohada”. Evitemos y odiamos el pecado de la calumnia.

Ahora, por último, Dios también prohíbe la adulación. La adulación puede hacerse con la verdad o con la falsedad. Puede ser la exageración de algo o puede ser no contar los hechos reales. La adulación es dar una alabanza insincera a alguien solo para sacar ventaja. Quieres estar entre los favoritos de tu jefe y lo llenas de alabanzas a pesar de que su desempeño fue mediocre. O, puede que le digas a alguien que es hermosa, agradable y maravillosa para adularla y obtener favores. Bien se ha dicho que el chisme es decir algo sobre alguien a sus espaldas que nunca diríamos en su cara y la adulación es decir algo en la cara de alguien que nunca diríamos a sus espaldas. Así que, recuerda siempre lo que hace la comunicación. Edifica. Destruye. Da gracia o imparte dolor. Corrompe o construye. Así que, todo lo que he mencionado no es más que el comienzo del amplio tema de la comunicación.

Permíteme advertirte con estas últimas palabras que también hay una comunicación sin palabras que también está bajo el noveno mandamiento. Podemos hablar negativamente sin decir una palabra. Mi lenguaje corporal puede ser un comunicador poderoso, pero puede que no dé gracia a la persona con la que estoy. Algunos dejan de hablar a sus cónyuges. Algunos ignoran o ponen de lado a alguien con indiferencia o volteando su rostro. Eso no es comunicar la gracia. Eso va en contra del espíritu del propósito de la comunicación, que es ministrar. Un guiño, una mueca, son todos negativos. Mientras que una sonrisa o una palabra amable, asentir o una mirada cálida pueden comunicar gracia a quienes las reciben. ¿Sabías que los estudios dicen que lo que decimos y las palabras son solo el 10% de la comunicación? Algunos dicen que el tono de nuestra voz constituye el 40%. El lenguaje no verbal de nuestro cuerpo constituye el 50%. Por lo tanto, todo eso debe incluirse cuando pensamos en el noveno mandamiento: la comunicación saludable y sanadora.

David escribió en su apresuramiento: “Todo hombre es mentiroso”. Sabemos que hubo una excepción, pero tenía razón en cuanto a eso: todo hombre lo es. Jesucristo no era un mentiroso. Su boca siempre habló la verdad en amor, procurando dar gracia a los oyentes en Sus presentaciones públicas, en Sus conversaciones privadas y sin duda en Sus pensamientos personales. Por lo tanto, amigos míos, cuando Pedro, uno de los apóstoles más cercanos a Jesús, escribe sobre los pecados contra el noveno mandamiento en su primer libro, segundo capítulo, primer versículo, diciendo: “Desechando, pues, toda malicia, todo engaño, hipocresía, envidias, y todas las detracciones”, considera como muchas de estas palabras están unidas al noveno mandamiento.

En ese mismo capítulo, atrae la atención a su gran Maestro. Él oyó las calumnias contra su Maestro. Sintió hasta cierto punto el sufrimiento que Él experimentó al oír esas mentiras sobre su Maestro. Pero escribe, al recordar el ejemplo de su Maestro: “El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca; quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente” (1ª de Pedro 2:22-23). Algunos de ustedes puede que sientan el dolor de la calumnia, las mentiras, las injusticias de testigos falsos, la destrucción diabólica de las lenguas venenosas, el chisme o la alabanza hipócrita. Hagan como Jesús. Encomiéndese al Padre, quien juzga justamente.

Eso nos trae al final del noveno y nos lleva a retomar la décima lección en nuestra próxima oportunidad. Que Dios bendiga estas palabras. Gracias.

## *Lección 17*

---

# EL DÉCIMO MANDAMIENTO

El joven Saulo era religioso. Era celoso para Dios. Era uno de los que pensaba que guardaba la Ley de Dios a la perfección. Decía que era intachable en obediencia. Hasta que Dios lo inscribió en la escuela divina de la Ley. Entonces, Dios hizo que enfrentara el décimo mandamiento. Por primera vez, Saulo entendió que el décimo no era solo el décimo. Este mandamiento era pertinente a los otros nueve. Al entender esto, Saulo admitió que murió. Murió a su auto estima y a su falsa esperanza. Sin embargo, ese descubrimiento fue el comienzo de una nueva vida.

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 17

Bienvenido al estudio del décimo mandamiento. He titulado esta lección El mandamiento de ser perfecto en la obediencia de cada mandamiento. Las palabras del décimo son de la siguiente manera, según lo que dice Éxodo 20: “No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo”. Ahora bien, cualquiera de ustedes que haya escalado una montaña alguna vez sabe lo que se siente llegar a la cima. [Existe] un sentido de alivio al alcanzar la cima y ver la belleza para la cual has escalado, pero debo desilusionarte diciéndote que ese no será el sentimiento cuando hayamos llegado al décimo mandamiento. Aunque es el último mandamiento, no es para nada el menor de ellos.

¿Recuerdas que en nuestra primera lección, cuando dimos un vistazo general de este curso, describí que nuestro viaje sería como subir al monte Sinaí? Vimos varios aspectos, y luego cuando comenzamos a ver la Ley de Dios, usé la analogía de un edificio, un edificio de diez pisos, pero como descubrirás hoy, el décimo piso realmente no es un piso separado. Es mejor pensar en el décimo como la estructura interna y el cableado de todo el edificio. De esta manera, el décimo no es la cima de la Ley, sino más bien, un corazón espiritual de cada mandamiento que Dios ha dado en los nueve anteriores. Por lo tanto, amigos míos, prepárense. Analizar el décimo mandamiento será lo más revelador y lo más devastador para la imagen errónea que tenemos de nosotros mismos en lo que respecta a nuestra obediencia a los mandamientos de Dios.

Nadie describió ese descubrimiento mejor que un hombre llamado Saulo de Tarso, que más adelante fue el apóstol Pablo. Por un periodo de tiempo, Saulo de Tarso era la estrella de su clase y también pensaba de sí mismo que era la estrella de la clase. Escribió que pensaba que era el siervo más intachable entre todos los fariseos, hasta que Dios le dejó claro el décimo mandamiento, “No codiciarás”. Saulo vio que incluso su vida, que brillaba con la religión, era una vida pecaminosa completamente sucia y compartió que murió a su vieja imagen de sí mismo. Puedes leerlo en Romanos capítulo 7. Fue el décimo mandamiento que hizo al apóstol, que antes era Saulo y después fue Pablo, ver la profundidad de sus pecados.

Por lo tanto, me gustaría comparar el décimo mandamiento y de alguna manera, todos los mandamientos a la tecnología médica de la imagen de resonancia magnética. Anteriormente, teníamos radiografías que te daban una vista frontal o lateral de ciertas partes de tu cuerpo, mayormente tus huesos. Pero la resonancia magnética nos da capa por capa una imagen de cada parte de nuestro cuerpo interior: nuestro cerebro, nuestro corazón, nuestras venas. No como la vieja radiografía, de un solo ángulo, sino que el médico puede ver cada ángulo de nosotros con la resonancia magnética. Ese es, en algunos sentidos, a lo que quiero comparar el décimo mandamiento. Es como una resonancia magnética: cómo guardamos todos los nueve mandamientos.

Recordamos que he comenzado cada lección con un principio antes de indagar en el mandamiento. En este último no haré eso. La razón es que el décimo mandamiento es nuestro décimo principio, y eso está reflejado en el título, El mandamiento de ser perfecto en la obediencia de cada mandamiento. Así que, veamos juntos realmente qué prohíbe Dios en el décimo y que manda. Dios no nos prohíbe codiciar, sino que Dios nos prohíbe codiciar lo que es de nuestro prójimo.

La palabra codiciar tiene un significado muy positivo. Se refiere a desear algo con mucha fuerza. Es ansiar, querer o anhelar algo. Aunque usualmente pensamos en la palabra codiciar en un contexto negativo, también es una palabra positiva usada en las Escrituras como dirección, como un comportamiento aprobado. Déjame darte algunos ejemplos del Nuevo Testamento. En 1ª de Corintios 12:31, el Espíritu Santo inspiró a Pablo a que escribiera: “Procurad, pues, los dones mejores”. Y ¿qué es el mejor don? El amor, el amor según Dios. Debemos codiciar eso. Eso no solo está permitido, es un mandato.

En 1ª de Corintios 14:39, el apóstol Pablo ha estado enseñando sobre los dones espirituales que fueron dados a la iglesia del Nuevo Testamento, y en conexión con eso escribe: “Así que, hermanos, procurad profetizar”. El mejor don en todos estos dones era que pudiéramos enseñar a las personas a partir de la Palabra, explicar la Palabra de Dios. A eso se refiere con profecía. Pablo dice, codicien eso. Qué bueno sería si mucho más de este tipo de codicia se hallara en nuestras vidas, codiciar ser piadosos, codiciar ser humildes, codiciar ser usados en el reino de Dios como instrumentos en Su mano, codiciar aumentar en el conocimiento de Dios en nuestras vidas. Esos son [ejemplos] positivos de codiciar.

1ª de Timoteo 3:1 no usa la palabra codiciar, pero el apóstol Pablo habla favorablemente del varón que anhela el obispado. Anhela ser usado en una posición de liderazgo. No se desaprueba. Es una codicia buena. Proverbios 18:22 dice que encontrar esposa es bueno. Ahora bien, antes de encontrar una esposa, existe un anhelo de encontrar una esposa. Eso es codiciar, un deseo sincero, un anhelo. Eso no es malo. Eso no es pecaminoso. Así que, por lo tanto, el décimo mandamiento no está prohibiendo la codicia. Nos prohíbe codiciar pecaminosamente, y la codicia se vuelve pecaminosa, cuando deseo poseer lo que pertenece a otra persona o algo a lo que no tengo derecho.

En Habacuc 2:9, el profeta se refiere al que codicia diciendo: “¡Ay del que codicia injusta ganancia para su casa...!” Esa palabra codicia injusta sucede cuando quiero tener con muchas ganas la casa de mi prójimo, la esposa de mi prójimo o si quiero sus hijos, sus siervos, sus negocios o quizá su título, posición o estatus. Cualquier cosa que desee de mi prójimo de una manera pecaminosa es codicia, y codiciarlas quiere decir que estoy consumido con el deseo. Debo tenerlo. Quizá incluso los medios que usaría para obtenerlo pudieran ser erróneos y pecaminosos. Eso es codiciar. Desde luego, todos debemos estar atentos de que un deseo legítimo a menudo puede convertirse en un deseo ilegítimo o convertirse en una codicia mala.

Los hijos son un regalo de Dios, y es normal que cada pareja codicie o desee con sinceridad el regalo de los niños en el matrimonio. Eso es legítimo, pero un deseo que me haga celoso de ver a otros teniendo hijos se convierte en una codicia mala, o me haría usar medios ilegítimos para generar hijos, o me haría robar un niño. Ahora bien, un deseo legítimo se convierte en una codicia mala, incluso si me hace gozarme de la pérdida de mi prójimo, eso es una codicia mala. La codicia mala es un asesino silencioso y un camino engañoso. No solo nos ciega a lo que tenemos, sino que también hace que nos desviemos a acciones pecaminosas. Así que, esa es la superficie del décimo mandamiento: “no codiciaras”. Pero, amigos míos, hay mucho más en el décimo mandamiento que estas pocas palabras que he dicho.

Leámoslo otra vez; el décimo no dice: “No serás codicioso”. Dice: “No codiciarás”. Eso va mucho más allá. Volvamos a recordar y retrocedamos por un momento, ¿qué es la Ley? ¿Qué aprendimos sobre la Ley de Dios en estas lecciones? La Ley es el reflejo de nuestro Hacedor, el reflejo del corazón del ser de Dios. Fuimos hechos a Su

imagen. Fuimos hechos para reflejar Su semejanza en cómo vivimos y en cómo amamos, no solo en los diferentes atributos sino en ser perfecto, en ser sin pecado. Eso se refleja en cómo vivimos delante de Dios y en cómo vivimos delante de nuestro prójimo. Eso es lo que Dios quiso que fuéramos.

Y ahora, Dios nos manda en el décimo mandamiento, 'se perfecto guardando cada uno de los nueve mandamientos'. Dios exige semejanza plena a Su propio ser en cuanto a cada mandamiento. A partir las mismas raíces de nuestra existencia, a partir del ser interior, Él quiere que reflejemos Su perfección siempre, en todo momento, en todas las circunstancias: "no codiciarás". La pregunta 113 del Catecismo de Heidelberg, y su respuesta, nos da esta exposición tan apropiada sobre el décimo mandamiento. Primero, permíteme leer la exposición entera. Dice: "Que ni por deseo o pensamiento nuestros corazones se rebelen jamás contra alguno de los mandamientos de Dios", toma en cuenta cualquiera de los nueve, "sino que en todo tiempo aborrezcamos el pecado de todo corazón y nos deleitemos en toda justicia". Ese es el centro del décimo mandamiento.

Podría asemejarlo a las leyes de los leprosos. Una pequeña mancha, un cabello blanco, declaraba a alguien completamente inmundo, como leproso. Así es con el décimo mandamiento. En el décimo, Dios declara que cualquier deseo o cualquier pensamiento contra cualquiera de Sus nueve mandamientos que nos ha dado está prohibido. No, no debería estar solo en nuestros corazones. No debería vivir o ser permitido solo en nuestros corazones. No, como lo explica nuestro catecismo, nunca debería entrar en nuestros corazones. Dije que "no codiciarás" es diferente a "no serás codicioso". No, ni siquiera el deseo más pequeño contra ninguno de los nueve mandamientos debería surgir en nuestro corazón.

La estocada del décimo mandamiento es muy profunda. Va a las capas más profundas del corazón en nuestra existencia diaria. Solo pensemos en cuando estamos cansados, en estrés y agotados, y en esa condición somos provocados, ahora, ¿qué me dice el décimo? Que ni siquiera debe surgir en mi corazón el deseo de gritar, vengarme o darle su merecido. En el momento en el que surge, quebranto el sexto o el octavo mandamiento. Eso ya es malo de por sí, pero no debería surgir en mi corazón. "No codiciarás". Nada. Cuando otros prosperan a mi alrededor, pongámoslo así, cuando otros a mi alrededor tienen más de lo que podrían desear, mientras yo estoy pasando trabajo, cuando otros están gozosos, mientras yo sufro revés tras revés, no codiciarás quiere decir que envidiar su prosperidad nunca debería aparecer en mi corazón, ni debería surgir en mi corazón celos en los que deseo tomar un poco de lo suyo, ni una celebración secreta cuando la pérdida finalmente los visita. "No codiciarás". Eso no debe surgir.

Toma como ejemplo un granjero que está honrando el sábado. El sol brilla. La cosecha está madura, o hay paja en el campo y el pronóstico dice que mañana lloverá. "No codiciarás". ¿Qué? No deseemos que se acabe el domingo para que podamos cosechar. Eso sería una transgresión contra el cuarto. O, no dejemos que surjan en nuestros corazones celos de nuestros vecinos que se pusieron a cosechar. ¿Puedes sentir la profundidad a la que llega este décimo mandamiento? En el décimo, Dios manda que guardemos los otros nueve mandamientos a la perfección. Dios nos manda a ser santos, no solo a hacer cosas santas. Ser santos va al centro de nuestro ser.

En el décimo mandamiento, amigos, Dios establece las bases para los otros nueve. Viene antes de tus acciones, antes de tus palabras y antes de tus pensamientos. Nuestro corazón debe ser, únicamente, una fuente de cristal que fluye hacia lo que sea que pensamos, hacemos, deseamos o imaginamos. Por lo tanto, en el décimo mandamiento, Dios llega a lo que llamamos el pecado original. Esa fuente turbia y sucia de nuestros corazones no debería estar ahí y ni obrar, pero esa es nuestra mayor necesidad.

Ahora bien, la realidad del pecado original es gravemente negada e ignorada cada vez más en nuestra sociedad actual. El mundo secular no quiere oír sobre la pecaminosidad de nuestro corazón. Las tendencias y deseos naturales de nuestro corazón deben tener un lugar para ser expresadas. El hombre necesita libertad, es lo que oímos. Necesita la libertad de vivir según los deseos del corazón, desde luego, siempre y cuando no hagan daño a otros. Pero, si ofende a Dios o contradice la voluntad ordenada de Dios en cuanto al matrimonio o la sexualidad de la sociedad o la iglesia, no importa, siempre y cuando tengamos la libertad de ser nosotros mismos. Eso es contrario al décimo mandamiento. La voluntad de Dios es: no codiciarás nada en contra de la Ley pura y perfecta de amor a Dios y a nuestro prójimo, ni en pensamiento, ni en palabras, ni en hechos, pero tampoco en la fuente misma de nuestro corazón.

Ahora, si sientes que la resonancia magnética espiritual de nuestra alma le da un golpe mortal a la imagen que tienes de ti mismo, entonces has sentido bien. ¿No es eso lo que el apóstol Pablo escribió en Romanos

7, cuando experimentó que Dios vino a él con “no codiciarás”? Murió a su propia imagen. Así que, eso es lo que Dios prohibió en el décimo mandamiento, pero ahora, ¿qué exige Dios en el décimo mandamiento? Eso es incluso más difícil de lo que prohibió. Amigos míos, la única manera de entender realmente la profundidad del décimo mandamiento, es tomar como punto de partida a Dios, a quien debemos reflejar en nuestra vida según fuimos creados para hacerlo.

Jesús nos manda en Mateo 5: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto”. ¿Qué significa perfecto? Quiere decir que odiamos todo pecado con todo nuestro corazón. “Odio” es una palabra intensa. No es solo un sentimiento; también es una acción. Ser perfectos quiere decir que odiamos todo pecado con todo nuestro corazón. Todos tenemos nuestros pecados que nos asedian, nuestra pecaminosidad personal, ya sea orgullo, poder, deseos sexuales, amor al dinero, el prestigio, el control o el placer. Ahora bien, ser perfectos quiere decir que no solo luchamos y resistimos estos pecados eliminándolos, sino también debemos odiarlos. Ninguno de estos pecados debe surgir en nuestro corazón jamás. Debemos ser reflejos de Dios. Debemos ser como Él. No está en el corazón de Dios. Ninguno de estos pecados está en Su corazón. No deben estar en nuestro corazón.

Ser perfectos quiere decir que debemos odiar en todo momento todo pecado con todo nuestro corazón. Todos tenemos momentos en los que sentimos ganas de permitir nuestro orgullo, nuestros malos deseos y nuestras sugerencias. [Es] en esos momentos especialmente, en los que estamos solos o cuando estamos en privado, que Satanás doblará sus esfuerzos como lo hizo con Jesús en el desierto. Pero aquí está la estocada de toda religión verdadera, no solo en decir no a Satanás y a sus mentiras, sino siempre tener un corazón perfecto contra todo lo que sugiere en todo momento, en todas las circunstancias. ¿Es ese el fin y el alcance de ‘sed perfectos’? No, el Catecismo de Heidelberg tiene algo más que decir. Dice: “...y nos deleitemos en toda justicia”.

Ahora, considera la palabra “deleite”. Dios se deleita en la justicia. Debemos deleitarnos, complacernos y disfrutar, no solo las cosas buenas de la vida, sino también en la justicia. ¿Qué significa justicia? Quiere decir ser recto y hacer lo correcto. Amigos míos, justicia significa deleitarse en poner la otra mejilla y deleitarse en hacerlo. La justicia se deleita en caminar la otra milla y deleitarse en hacerlo. Eso es justicia. Debemos deleitarnos en ser perdonadores de los que nos han ofendido y hacerlo rápidamente, con gozo y con deleite. Eso es justicia.

¿Puedes ver cuán profundo es el alcance de este último mandamiento dado en el monte Sinaí? En el décimo, Dios manda o dirige nuestra atención a nuestro corazón en relación con cada mandamiento. Por eso dije que no es como un décimo piso. Es como la estructura y el cableado interno de los nueve pisos. Fluye a través de todos ellos. Dios dice que en cada mandamiento debemos exhibir el reflejo del corazón de nuestro Creador. ¿Quién no se sentiría abrumado por la profundidad de este mandamiento? Pero ¿puedes ver por qué es tan vital y por qué está en el centro del gozo, la felicidad y la belleza de nuestra vida con Dios y con los demás? La intención de Dios en este décimo mandamiento solo es que nos sintamos abrumados. Su intención es convencernos de pecado, penetrar hasta el centro, hacernos entender la verdad de que necesitamos un Salvador.

Amigos míos, esa verdad se entiende aún más cuando nos recordamos a nosotros mismos de que desde nuestro lado no podemos borrar ninguno de los pecados contra todos los mandamientos. Los medios humanos son inadecuados para tratar con el pecado. Estos pecados que están en lo profundo de nuestro ser, como lo presenté aquí en el décimo, a menudo se escapan de nuestra atención. La verdad, todo lo que hemos hecho en estas nueve lecciones viendo la Ley, incluyendo esta, es ver la punta del iceberg. Solo estamos tocando la superficie de lo que significa amar a Dios con todo nuestro corazón, mente, fuerza y alma y amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos en el nivel en el que Jesús amó. Dios ha quitado un poco de la ignorancia acerca de nuestro estado de culpa. Seamos sinceros; nos encontramos con una condición terrible cuando comenzamos a mirar el espejo de la Ley de Dios y vemos nuestro reflejo.

Así que, concluyamos esta lección sobre la Ley de Dios no solo en este sentido. Como se ha dicho a menudo, la Ley de Dios es Su forma de revelar el pecado, pero no la de removerlo. Es el espejo para mostrarnos cuán culpables e inmundos somos, y hemos visto eso incluso en este mandamiento. Dios usará la Ley como un martillo para romper nuestro orgullo y humillar nuestro ego, y mientras más oímos la voz de la Ley diciéndonos: “haz”, más nos damos cuenta de que la intención de Dios al hacernos entender eso es llamar nuestra atención a la voz del evangelio que proclama: “Hecho”. Por lo tanto, quiero concluir este décimo mandamiento dirigiendo nuestra

atención a lo que dijo Juan el Bautista cuando estuvo en el río Jordán: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”.

El postrer Adán vino a entregarse por los pecadores, pecadores que son culpables ante su Juez justo, pecadores que han pecado contra un Dios majestuoso y santo y pecadores que no tienen con qué apaciguar a Aquel que es fuego consumidor contra todo lo impío. Juan dirigió todos los ojos a Jesucristo, el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo. ¿Cómo lo hizo? Vino a cumplir la Ley. Recuerda Mateo 5: “no he venido para abrogar, sino para cumplir”. Su manera de vivir y de amar a Dios y a Su prójimo no fue el único cumplimiento de la profundidad de las demandas de la Ley, sino también [fue el cumplimiento de la Ley] Su manera de sacrificarse por los pecadores como el regalo máximo de amor cuando murió en la cruz.

Por lo tanto, permítanme recordarles el dicho de un viejo predicador ‘nuestra esperanza como pecadores caídos está en la obra y la muerte del Señor Jesucristo’. Él es la puerta, la única puerta, para que un transgresor pueda volver a Dios. Dios no puede y no bajará el estándar de Sus Diez Mandamientos. No estará satisfecho con algo inferior a la perfección. Pero ahora, en Jesucristo, Él nos ha provisto una obediencia a la Ley que Lo honra al máximo. No dudes de volverte al Señor Jesucristo, ese gran Sumo Sacerdote, pues Él puede salvar perpetuamente a los que por Él se acercan a Dios. Por lo tanto, escucha Su urgente llamado.

Después de ver estos Diez Mandamientos, ¿quién no siente pesar en el corazón al no hacer en cada momento lo que nuestro Dios de gracia nos llama a hacer y lo que nuestro Dios santo exige que hagamos? Por lo tanto, Jesús está delante de nosotros en este día, diciendo: “Venid a mí todos los que estáis trabajados, tratando de guardar la ley, de honrarla, de quitar la culpa... y cargados, y yo os haré descansar”. ¿Cuál es el descanso? Ese descanso está en Su sacrificio como el pago por el pecado. Es en Su descanso en Su obediencia como la almohada de la paz y también es el descanso en Su habilidad y poder para hacernos caminar en el camino de la santidad.

Gracias. Que Dios bendiga estas palabras. Tenemos una lección más que considerar juntos sobre la Ley de Dios y la eternidad.

## *Lección 18*

---

# LA LEY EN LA ETERNIDAD

Y Dios habló todas estas palabras, diciendo...Así es como comienzan los Diez Mandamientos según lo registrado por Moisés. Después de la proclamación majestuosa, desde la cima de una montaña humeante, Dios mismo escribió los Diez Mandamientos sobre dos tablas de piedra. Aunque hoy las tabletas de piedra están perdidas, su significado no debe ser perdido en nosotros. Estaban destinadas a ser permanentes. Siguen siendo el reflejo de la perfecta voluntad y el Ser de Dios. Declaran cómo es realmente el amor en nuestra devoción a Dios y a nuestro prójimo. Pero ¿cuál será el lugar y el contenido de la Ley cuando Jesús abra paso al nuevo mundo bajo un nuevo cielo? ¿Pasará la Ley del monte Sinaí a la historia?

### TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 18

Bienvenidos, queridos amigos, a la última lección de nuestra serie sobre la Ley de Dios. Llevará el título: La Ley de Dios en la eternidad. En nuestra travesía para estudiar la Ley de Dios, espero que recuerdes que comenzamos observando y considerando la gloria del Legislador y Su relación con la Ley. Descubrimos que la gloria de Dios nos es revelada no solo a través de la creación, el mundo material, sino también de manera moral en la belleza de Su santa Ley, en las Escrituras a menudo celebradas como la hermosura de Su santidad (1ª Crónicas 16:29, Salmo 96:9).

Cuando finalmente llegamos a considerar la Ley en sí, notamos que incluso en el libro de la Ley, algo poco común para los libros de leyes, la gloria de Dios brillaba en varios puntos. Comienza desde el preámbulo, cuando el Señor nos recuerda el contexto de gracia en el que nos ha dado la Ley. En el segundo mandamiento aparece a través de la palabra misericordia, en la cual Él promete misericordia, aunque no cumplamos perfectamente la Ley. Nadie la cumple. En el quinto mandamiento hablaba de la promesa de una vida prolongada y bendecida cuando honramos el quinto mandamiento.

Entonces, de eso aprendimos a ver que la Ley de Dios no es solo un rígido libro de reglas de lo que se debe y no se debe hacer de un Rey soberano que nos dice: “Así es como quiero que vivan”. No, hemos visto que la Ley es el libro de reglas para proteger la relación entre Dios y nosotros y entre nosotros y los demás. Esa fue la intención original de la santa Ley de Dios. También está para definir la relación que tenemos entre nosotros. Las Leyes de Dios, por lo tanto, no son simplemente para ser obedecidas en aras de la obediencia o la sumisión. En la Ley, Dios declaró Su amor y preocupación y, además, revela cómo podemos vivir en esta tierra, disfrutando de la belleza de la vida y la belleza de nuestra existencia dentro de Su universo. Jesús lo expresó muy brevemente en una corta declaración en Juan 13, cuando después de uno de Sus hermosos ejemplos de Su amor devocional, escribe: “Si sabéis estas cosas, bienaventurados seréis si las hicieris” (versículo 17).

Estas cosas de las que habla Jesús eran el amor devocional que mostró a Sus discípulos cuando les lavó los pies, no solo a Sus devotos discípulos, sino también los pies de Judas Iscariote. Bienaventurados si hacemos estas cosas. Y eso se relaciona con lo que aprendimos sobre la santidad de Dios, no solo para definirla como sin pecado, aunque esa es una buena definición. La santidad es más que eso. Es la palabra para describir el amor devocional de Dios que es puro y exclusivo y que es intenso y permanente. Y este carácter del amor devocional de Dios es la esencia de Su ser y también es, en cierto sentido, la esencia de la Ley. Como Jesús nos enseñó, la Ley, los Diez Mandamientos, se resumen en una palabra: amor.

Ahora, nadie amó tan perfecta o devocionalmente como el Señor Jesucristo. Pero allí vemos el alcance de lo que significa el amor. Amar a Dios devocionalmente significó que Él tomó la copa de Su Padre y la bebió hasta el fondo, y amar a tu prójimo como a ti mismo significó que entregó Su vida y eligió el infierno sobre el cielo para mostrar el alcance de la devoción. Entonces, recordemos una y otra vez que lo que aprendimos es que el amor es la esencia. Jesús le recordó eso a los fariseos y, lo aprendimos en una de nuestras lecciones, cuando implicó que amar a nuestro prójimo y amar a Dios es más que todas las ofrendas quemadas y sacrificios, como uno de los escribas dedujo de Sus anteriores enseñanzas (Marcos 12:33), más que cualquier expresión religiosa.

Entonces, después de estudiar con cierta profundidad al Legislador, hemos pensado en los primeros humanos en el Paraíso. Vimos que conocían la Ley de Dios, la original, tal como se encontraba escrita en sus corazones. Y concluimos eso a partir de lo que leemos en Romanos capítulo 2, donde Pablo escribe sobre el hombre. El hombre caído, incluso en estas condiciones caídas y sin el conocimiento de la Ley de las Escrituras, la humanidad revela las marcas o los relucientes restos de lo que anteriormente estaba allí. Podemos leerlo en Romanos 2:14, cuando Pablo se refiere a los gentiles que, a pesar de no tener la Ley, hacen las cosas que están escritas en la Ley hasta cierto punto, mostrando así la obra de la Ley escrita en sus corazones. Incluso sus conciencias los están molestando por las cosas que hacen o no hacen.

Esa primera lección sobre el primer Adán nos llevó a considerar al postrer Adán, Jesucristo. Vino al mundo como un ser sin pecado y enseñó que no vino a destruir, cancelar, cambiar o reescribir la Ley, sino que vino a cumplirla. Así que estudiamos, al mirar la vida de Jesús, cómo se veía cumplir la Ley. Hay varios aspectos de esa palabra, pero lo que es más relevante para el tema de hoy, es el aspecto de que cumplió la Ley al vivir los detalles en la obediencia y el servicio a Su Padre y a Su prójimo. Esa conexión para tus propias devociones personales, si vas a 1ª Corintios 13, el gran capítulo sobre el amor, lo lees una vez y sustituyes la palabra amor por la palabra Jesús y obtienes el retrato más completo del amor; como era Jesús y como deberíamos ser nosotros.

Ahora, en esta última lección, quiero explorar qué significa esa Ley en la eternidad. ¿Cuál será el estado de la Ley de Dios cuando haya reunido a Sus escogidos en un cielo nuevo y una tierra nueva? ¿Dios reemplazará entonces la Ley? ¿Será reescrita o ajustada a un mundo nuevo, o la Ley original seguirá vigente? Mi conclusión es, después de estudiar la Palabra de Dios en relación a este tema, que la Ley original que fue escrita en el corazón de Adán y Eva y que vivió brevemente en el tiempo de la perfección en el Paraíso seguirá siendo la Ley que regirá a la humanidad redimida y renovada en una tierra nueva. Esa Ley que fue reescrita, al menos en sus etapas iniciales en el corazón de los hijos de Dios en la regeneración y santificación, será la Ley en perfección cuando Dios traiga a Su pueblo al nuevo mundo. Así, en mi conclusión, quiero apoyar con siete evidencias esta Ley en la eternidad como la Ley permanente y eterna para el pueblo redimido de Dios. ¿Cuáles son estas evidencias?

Tengo siete, la primera se remonta a esa simple declaración de que Dios escribió con Su propio dedo la Ley en dos tablas de piedra. Amigos, ninguna parte de la Escritura ha sido escrita con el dedo de Dios en dos tablas de piedra. No lo delegó. No permitió que nadie más hiciera eso. Él mismo lo hizo para declarar la importancia e, indudablemente, para declarar simbólicamente la permanencia de la Ley de Dios. Moisés falleció; Aarón falleció y los israelitas que estaban alrededor del monte Sinaí fallecieron, pero la Ley de Dios hoy permanece para siempre. Creo que, no sin una razón, encontramos en las Sagradas Escrituras siete veces registrado que Dios escribió los Diez Mandamientos con Sus propios dedos en dos tablas de piedra. Ese es mi primer argumento.

Mi segunda evidencia de esta esperanza o de esta convicción de que la Ley en la eternidad será la misma es que la Palabra de Dios registra Su promesa de pacto a Su iglesia escogida en Jeremías 31:31-34. Sin leer todo el pasaje, permítanme sacar al menos algunas declaraciones. Dios dice: “He aquí que vienen días, dice Jehová, en los cuales haré nuevo pacto con la casa de Israel y con la casa de Judá. No como el pacto que hice con sus padres; porque ellos invalidaron mi pacto. Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días,

dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón. Y no enseñaré más ninguno a su prójimo, ni ninguno a su hermano porque todos me conocerán, desde el más pequeño de ellos hasta el más grande”.

¿Qué ley sería esa? ¿Qué ley escribirá Dios en los últimos días en los corazones de Su pueblo? ¿Será una ley diferente a la que escribió sobre el corazón de Adán y Eva? Ya consideramos eso cuando miramos la Ley de Dios y el santo. Ahora amigos, ¿escribiría Dios la Ley de los Diez Mandamientos para reescribirla o cambiarla en Su pueblo cuando estén en la gloria y realmente deshacer lo que había escrito en sus corazones cuando hayan llegado a la habitación eterna? No. Las Escrituras registran que la fe pasará y que la esperanza terminará, ya no será necesaria, pero el amor permanece para siempre, y el amor es la suma y sustancia de la Ley de Dios.

El tercer apoyo es que la Palabra de Dios registra la enfática enseñanza de Jesús sobre la permanencia de la Ley de Dios en Mateo 5:18. Él dice allí: “Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido”. Qué irrazonable seríamos si concluyéramos que después de que el cielo y la tierra presentes hayan pasado literalmente, entonces también la Ley de Dios pasará. Eso implica un cambio en el carácter de Dios. Eso implica un cambio en el reflejo de la Ley de Dios y eso no es necesario ni posible. Por lo tanto, solo podemos concluir que esa misma Ley también estará más allá de este cielo y tierra. Eso me lleva a mi cuarta evidencia de apoyo: la Palabra de Dios profetiza la venida de un cielo nuevo y una tierra nueva.

En 2ª Pedro y en el libro de Apocalipsis, se dieron profecías sobre un cielo nuevo y una tierra nueva. Ahora, la palabra nueva en griego tiene el significado de algo renovador, algo que está deteriorado o débil o viejo hecho nuevo, no completamente nuevo y reemplazado por algo totalmente diferente, sino algo que ya estaba allí y que es renovado. Una ilustración para comprender esa palabra es referirnos a nuestra regeneración cuando Dios nos da un nuevo corazón. Ese nuevo corazón no es una persona totalmente nueva. Es un corazón y una persona que Él regenera y renueva. Él elimina el pecado, elimina los resultados de la caída, y seremos la misma persona sin pecado. Y esa es la palabra nueva que se refiere a la nueva tierra y al nuevo cielo.

Pedro agrega que en esa tierra nueva y cielo nuevo, que es este lugar renovado, habita la justicia. Ahora, justicia es una palabra clave en el Antiguo y Nuevo Testamento. Significa tener razón y hacer lo correcto. Es estar conformado a un estándar de justicia, y esa justicia no es más que la Ley de Dios. Esa fue la justicia de Jesucristo que obedeció la Ley en todo lo que era y todo lo que hacía. ¿Es razonable concluir que la palabra justicia que habitará allí será el entorno del cielo nuevo y una tierra nueva para ser una justicia diferente de la que estamos leyendo en las enseñanzas del Nuevo Testamento sobre la obra de la gracia?

La Palabra de Dios, en quinto lugar, nos da más información sobre la condición de la tierra nueva y el mundo nuevo en una hermosa y conmovedora profecía en Isaías 11:6–9. Déjame tomar un momento para leer estas conocidas palabras sobre el lobo que habitará con el cordero. Eso es inusual. “El leopardo con el cabrito se acostará”. No está sucediendo hoy. “El becerro y el león y la bestia doméstica andarán juntos, y un niño los pastoreará. La vaca y la osa pacerán, sus crías se echarán juntas; y el león como el buey comerá paja. Y el niño de pecho jugará sobre la cueva del áspid, y el recién destetado extenderá su mano sobre la caverna de la víbora. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte; porque la tierra será llena del conocimiento de Jehová, como las aguas cubren el mar”.

Ahora, esta hermosa profecía no está hablando de un zoológico celestial, sino que está hablando de la condición que prevalecerá allí cuando Dios haya renovado la tierra. Los animales deben considerarse como imágenes de diferentes personajes, diferentes personas, diferentes personalidades. Las diferencias de hoy son a menudo la causa de la fricción en nuestro mundo pecaminoso. Los fuertes dominan a los más débiles. Los audaces amedrentan a los tímidos. Hay un comportamiento destructivo, competencia sucia, murmuración punzante. Duele y destruye. En la gloria celestial no habrá nada de eso.

Nadie se quejará de tener muy poco o ser muy pequeño. Habrá una satisfacción. Habrá una unión. No harán mal ni dañarán en todo mi santo monte. Lo que hoy lamentablemente desfigura en ocasiones al pueblo de Dios en la iglesia, cuando los hermanos no pueden convivir juntos, no será el caso allá. Y el lobo y el cordero habitarán juntos. ¿Y por qué? Porque el conocimiento de Dios llenará a todos como las aguas cubren el mar. ¿Y qué conocimiento es ese? Ese no es solo el conocimiento acerca de Dios, el conocimiento de Su Persona o de Su gloria, sino también el conocimiento de Su Ley reflejada en el amor devocional mutuo.

Y eso me lleva a mi sexta evidencia. La Palabra de Dios define que el propósito final de la salvación es la santidad completa. En 1ª Pedro 1:15–16, los santos de Dios reciben la dirección: “Sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir”. Jesús ordena a Sus discípulos: “Sed perfectos”, no solo actúen de manera perfecta, sino también sean perfectos, en su ser interior como vimos antes en el décimo mandamiento. Bueno, eso es inalcanzable en esta vida, pero no es inalcanzable en la vida venidera. ¿Por qué no? Porque Dios prometió que finalmente logrará el propósito completo de la obra de salvación.

¿Y qué es eso? Romanos 8 nos dice: “Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo” (versículo 29). El propósito final de la obra restauradora de Dios es restituir lo que había en el Paraíso en perfecta conformidad y reflejo de Dios y Dios renovará a Sus hijos en la total conformidad con el Hijo de Dios como se ve en Jesucristo. Nuevamente, Efesios 1:4 apoya esto cuando dice: “Según nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él, en amor”. Ahí está otra vez la palabra amor, el reflejo devocional de la gloria de Dios.

Mi última evidencia, amigos, es que la Palabra de Dios registra que Jesús es exaltado hoy como la Cabeza de su Iglesia. Pablo escribe que Su iglesia “es su cuerpo, la plenitud de Aquel que todo lo llena en todo” (Efesios 1:23). Toda la iglesia está unida a la Cabeza, Jesucristo. Esta Cabeza, que cumplió la Ley de Dios en la tierra, ¿no la cumplirá en la gloria celestial? Sugerir lo contrario a eso es blasfemo. Pero si Él es la Cabeza, ¿se unirá a un cuerpo que tampoco es perfecto en el reflejo de la gloria de Dios? ¿Habrá desunión entre la cabeza y el cuerpo? Escucha las palabras de Cristo en la oración de Juan 17 cuando dice: “Y por ellos yo me santifico a mí mismo, para que también ellos sean santificados en la verdad... para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros” (versículos 19 y 21). ¿Se puede percibir eso sin ser uno en el reflejo de la gloria de Dios como se ve en la Ley?

Amigos, cuando lleguen a la gloria, todos los santos de Dios habrán alcanzado la perfección que el apóstol Pablo anhelaba tan fervientemente cuando dice: “Mas nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo; el cual transformará el cuerpo de la humillación nuestra, para que sea semejante al cuerpo de la gloria suya” (Filipenses 3:20–21). ¿Y cómo se logrará eso? Según Su poder, mediante el cual puede someter todas las cosas a Sí mismo. Entonces Pablo nunca tendrá que volver a decir: ¡Miserable de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte? (Romanos 7:24).

Bueno, estas siete evidencias respaldan la opinión de que la Ley de Dios permanecerá para siempre para ser la Ley en el nuevo mundo. Los redimidos en este nuevo mundo mostrarán para siempre la verdad y la revelación de la belleza de la santidad de Dios. El cielo comienza donde termine el pecado y el pecado termina cuando seamos conformados a la imagen de Dios, el Legislador. La gracia es la gloria iniciada, y la gloria es la gracia perfeccionada. O para decirlo de otra manera, la gracia es el grado más bajo de gloria y la gloria es el grado más alto de gracia.

Y eso nos lleva a un cierre, no solo a esta lección, sino a todas nuestras lecciones sobre la Ley de Dios. Mi oración ha sido que estas lecciones se puedan usar en ti como Dios las ha usado en mí; ha aumentado mi admiración y mi adoración a Dios al revelar Su hermosura, Su belleza de santidad en Su Ley. También ha profundizado mi comprensión de la intención principal de obediencia a la que Dios nos llama y que es, amar como Él, como Jesús. También me ha convencido, más que nunca, de lo imposible que es para nosotros ser salvados por nuestra propia cuenta. Necesitamos al Señor Jesucristo.

Ahora, déjame concluir dirigiéndote a dos respuestas en el Catecismo de Heidelberg. Y la primera es la Respuesta 114 que plantea: ¿Pueden guardar perfectamente estos mandamientos los que son convertidos a Dios?” La respuesta es pastoral y bíblica. Dice: “No, porque incluso los más santos, en tanto estén en esta vida, no cumplen más que con un pequeño principio de esta obediencia. Sin embargo, empiezan a vivir firmemente no sólo según algunos, sino todos los mandamientos de Dios”. Esa es una respuesta pastoral y bíblica. “Entonces, ¿por qué, (esa es la siguiente pregunta), debemos estudiar los mandamientos?” ¿Por qué debemos profundizar nuestro conocimiento de la Ley como lo hemos hecho en estas últimas lecciones sobre la Ley de Dios y las anteriores que condujeron a ella? Aquí está la respuesta 115 del Catecismo de Heidelberg. El motivo de estudiar y buscar, aunque no podamos guardarlos, es “primeramente, para que durante toda nuestra vida conozcamos más y más, cuán grande es la inclinación de nuestra naturaleza a pecar, y así busquemos con más fervor la remisión de nuestros pecados y la justicia de Cristo. Después, que nos apliquemos sin descanso a suplicar a Dios la gracia de su Espíritu

Santo, para que cada día seamos más renovados a su imagen, hasta que, después de esta vida, alcancemos la perfección que nos es prometida”.

Y todo lo que deseo decir, amigos, sobre estas palabras del resumen de la enseñanza sobre el Catecismo de Heidelberg y sobre todas las enseñanzas anteriores de esta lección, es amén y amén. Que Dios los bendiga.